

JORGE ENEA, SPILIMBERGO

NACIONALISMO
OLIGARQUICO

Y

NACIONALISMO
REVOLUCIONARIO

EDICIONES AMERINDIA

Nacionalismo oligárquico y nacionalismo revolucionario

Por Jorge Enea Spilimbergo

Editorial Amerindia, 1956

Índice

PRÓLOGO.....	3
DOS TACTICAS DE LA CONTRARREVOLUCION OLIGARQUICA. LA HERENCIA DEL PERONISMO.....	8
EL NACIONALISMO OLIGARQUICO MUDA DE PELAJE. ¿FUE FASCISTA EN SUS ORIGENES?.....	9
TERRORISMO ANTIOBRERO.....	11
LA CONSPIRACION CONTRA EL GOBIERNO POPULAR. ¿CRISIS DE AUTORIDAD?.....	12
SEIS DE SEPTIEMBRE. NACIONALISMO OLIGARQUICO y ENAJENACION NACIONAL.....	13
DECADA INFAME. LA GENERACIÓN NACIONALISTA.....	15
JUNIO y OCTUBRE.....	17
TRASCENDENCIA y FUTURO DEL PERONISMO.....	20
EL 16 DE SEPTIEMBRE.....	23
NI VENCEDORES NI VENCIDOS.....	25
¿EQUILIBRAR LAS CLASES O SUPRIMIR LA EXPLOTACIÓN?.....	26
QUI RESISTIT POTESTATI, DEI ORDINATIONI RESISTIT.....	28
LA CRISIS DEL CAPITALISMO.....	30
DEMOCRACIA Y ANTIIMPERIALISMO.....	31
UN PRESIDENTE MILITAR.....	33
AUTOCRÍTICA DE LA REVOLUCIÓN POPULAR.....	54
YRIGOYEN: IMPOTENCIA DE LA PEQUEÑO-BURGUESIA PARA ACAUDILLAR LA REVOLUCIÓN NACIONAL.....	54
LA "IZQUIERDA CIPAYA", PEON DEL FRENTE OLIGÁRQUICO.....	54
LA CRISIS DEL YRIGOYENISMO.....	55
NATURALEZA SOCIAL DEL PERONISMO.....	55
LA BURGUESIA MILITAR CONTRA SI MISMA.....	55
BONAPARTISMO BURGUES CON BASES OBRERAS.....	56
EL FRENO BUROCRATICO.....	56
LA BUROCRACIA ESTRANGULA A LA REVOLUCION POPULAR.....	57
LA IDEOLOGIA NACIONAL-DEMOCRATICA.....	57
LA PROPIEDAD TERRATENIENTE.....	57
EL CONTROL OBRERO DE LA PRODUCCIÓN.....	58
CONTROL EFECTIVO DE LA SOBERANIA POPULAR.....	58
CONCLUSIÓN.....	59
EL MORALISMO: Utilización oligárquica de la clase media.....	60
1. LA MORAL OLIGARQUICA VISTA POR DENTRO.....	61
El saqueo de las tierras públicas.....	61
La «década infame».....	61
2. LA INCONSISTENCIA DEL MORALISMO.....	62
Nacionalización del robo.....	62
La tragedia del importador de autos.....	63
La corrupción es inherente al sistema capitalista.....	63
El moralismo transforma al hombre en chivo emisario de la burguesía, a la que absuelve.....	64
3. BASES SOCIOLOGICAS DEL MORALISMO PEQUEÑO-BURGUES.....	65
Subjetivismo idealista.....	65
Inflación.....	65
Resentimiento.....	66
CONCLUSION.....	67

PRÓLOGO

Este folleto fue escrito en la primavera de 1956 y concluido, tras algunas interrupciones, a principio de noviembre. Dificultades de diversa naturaleza retrasaron su impresión hasta este momento. Su relectura nos ha convencido de que faltan desarrollar algunos temas de importancia, pero ya es tarde para la empresa. Va, pues, como quedó entonces, salvo agregados secundarios, reajustes y algunas notas. Reservamos para un próximo trabajo el análisis histórico de la Iglesia en relación con los movimientos nacionales. Todo lo que a la Iglesia se refiere es objeto de intrincadas confusiones, que la jerarquía pontificia crea y explota para confundir el aspecto "espiritual" de la religión con su aspecto político concreto, o -dicho más claramente- con los objetivos y tácticas empleados por el papado romano, con fines exclusivamente terrenales, bien que se los enmascare bajo fórmulas de santidad.

Aquí hemos esbozado la crítica de tales fórmulas en lo que respecta a la divinización de la propiedad privada, eje del sistema capitalista. Históricamente y en nuestro país, hay una tendencia católica que anhela vincularse a las masas y asumir su defensa. No nos referimos por ahora a los engatusadores: hablamos de la gente sincera. Nuestro propósito es demostrar cómo la Iglesia contradice tales anhelos al basar su doctrina social en la defensa del privilegio capitalista. El asunto está teóricamente demostrado desde hace mucho, y nos hemos limitado a una divulgación somera.

Tanto o más importante es otro aspecto de la cuestión, que dejamos para ulterior desarrollo: La Argentina pertenece al área colonial del planeta, no por que carezca de soberanía política, sino por su dependencia económica frente a Estados Unidos y Gran Bretaña. La lucha contra esos vínculos está indisolublemente ligada a la de las masas populares contra sus opresores. Tiene como objetivo histórico fundamental la alianza entre los pueblos latinoamericanos y la constitución del Estado federativo que los agrupe en un inmenso frente capaz de neutralizar la ingerencia extranjera. Ahora bien: el papado romano y sus jerarquías adictas, siempre han militado contra los movimientos nacionales; se han opuesto en el pasado a la constitución del Estado moderno, que es la forma histórica de la sociedad burguesa; son hostiles hoy, en la era del imperialismo, a las reivindicaciones nacionales de los pueblos sometidos.

La Reforma protestante, en el siglo XVI, fue en Alemania, Holanda, Inglaterra y otros países, una formidable tentativa de romper los vínculos con la más importante institución feudal: el papado.. Pero antes de que ese conflicto hubiese estallado, los mismos Estados que permanecieron dentro de la órbita católica enfrentáronse con Roma, enemiga del moderno nacionalismo y defensora del Imperio cristiano - universal. Carlos I de España saqueó a sangre y fuego la capital del papado. Felipe el Hermoso, rey de la católica Francia, puso preso aun pontífice y provocó su muerte. La Iglesia se vengaría, dos siglos más tarde, haciendo quemar como hereje a Juana de Arco, la heroína del nacionalismo francés, lo que no le impidió, hace algunas décadas, canonizarla.

Enemigos de la Revolución Francesa, 106 papas condenaron las insurrecciones hispanoamericanas contra la metrópoli, en las cuales veían una consecuencia de aquel movimiento. Austria. Hija dilecta de Roma, encabezó con la Santa Alianza la ofensiva contra la democracia republicana del siglo

XIX. Contra Austria y contra los papas hubieron de luchar Italia y Alemania, países que tardíamente conquistaron su unidad nacional.

Todas las tentativas de constituir estados modernos fundados en los principios de soberanía y nacionalidad, chocaron con la cerrada oposición del papado romano, empeñado en subordinar el poder civil y en establecer un imperio unificado para toda la cristiandad. Bajo la abstracción del imperio se ocultaba la defensa del viejo orden feudal, cuyo principal beneficiario era la propia Iglesia, dueña en la Edad Media de un tercio de las tierras de Europa. Este internacionalismo católico se vinculaba, pues, a la defensa de privilegios caducos. Mientras la burguesía luchaba por el Estado nacional que englobase en una sola frontera a los pueblos que hablaban la misma lengua; mientras se movilizaba para obtener el mercado común, sin aduanas internas, con leyes, monedas, pesas y medidas unificados, y hacia de la reforma protestante primero y del racionalismo después, ariete contra el papado, éste ligaba su suerte al del antiguo orden, santificando sus empresas políticas y militares. Caído el feudalismo, supo la Iglesia amoldarse a la nueva época, al par que la burguesía, ayer atea, encontraba en aquella benemérita institución armas espirituales para aherrojar a los explotados con cadenas de docilidad mental.

Presenciamos la época del capitalismo en descomposición. El futuro pertenece a la clase trabajadora y a los pueblos coloniales en lucha por su efectiva soberanía. Frente al orden burgués que se derrumba, nuevamente el papado sale a la lucha para apuntalar el privilegio. A la alianza con Mussolini sucede la alianza con Estados Unidos e Inglaterra "protestantes", lo cual prueba que los abismos entre sectas nada significan ante la identidad fundada en el dinero. 'Wall Street reemplaza a los emperadores germánicos, mal que les pese a quienes buscan en el catolicismo apoyo ideológico para diferenciarse de los imperialismos sajones.

En realidad, Estados Unidos utiliza la jerarquía eclesiástica como instrumento de penetración espiritual en nuestro Continente. Por eso las tendencias nacionalistas que fincan su programa en el catolicismo, terminan, sin comprender lo que sucede, atadas al carro de la estrategia imperialista, a la que sin embargo deseaban combatir.

Hablo en el folleto de "nacionalismo católico". Simple concesión verbal. Porque catolicismo -en su acepción etimológica y en su acepción práctica- se contradice con nacionalismo, a menos que los católicos acepten romper con el papado. La revista "Mayoría" acaba de consignar, con objetividad plausible, el apoyo de la jerarquía eclesiástica argentina al sector "internacionalista" (corrijamos: antinacional) del catolicismo: al partido Demócrata Cristiano, por oposición a la Unión Federal de Amadeo. Falta decir que ese apoyo no podía dejar de prestarse, pues la internacional del dólar y la internacional papista, perdurables aliados, son puntales de la oligarquía en su agresión contra el pueblo argentino.

A quienes nos acusen de hacer propaganda antirreligiosa les respondemos: Como políticos, lo único que nos interesa es señalar que la Iglesia -no la religión católica- tiene un programa terrenal que consta de dos puntos: Defensa del capitalismo; Defensa del imperialismo contra los movimientos nacionales en los países sometidos. Ambos puntos de ese programa son esencialmente antipopulares. O se está con el pueblo o se está con la jerarquía papista. En buena hora aparezcan

los católicos que prefieran al pueblo.

La crisis del Nacionalismo comienza en 1945, cuando la clase trabajadora reinicia la revolución popular, cuyo anterior ciclo se había cerrado con la caída de Yrigoyen. Un sector militó en la oposición al nuevo gobierno; otro sector constituyó su ala derecha y acabó por romper y organizar el golpe oligárquico. Pero tampoco faltaron aquellos que supieron vincular su destino al de las masas y hoy enfrentan al régimen antipopular.

Al criticar la tendencia de Amadeo y "Azul y Blanco" -lo que hacemos sin distinguir, pues aún no se había producido la escisión- pretendemos señalar, en primer término, cuáles son los límites objetivos del nacionalismo oligárquico-burgués, y en qué forma su pasado determina su presente. Indirectamente nos dirigimos también a quienes, de una manera subjetiva, se colocan junto a los trabajadores, pero apoyándose en ideologías heredadas, que ni responden a los intereses obreros, ni ayudan a la posición que se pretende asumir. Es con estupor que leímos en "Consigna", hace ya varios meses, el poema de un "nacionalista" francés -o para decirlo con más elegancia: de un cipayo pro-nazi de Vichy- fusilado, con muy buen acuerdo, cuando los alemanes evacuaron Francia. Ahora bien, a ese señor -que en paz descanse- se lo pretendía comparar con nuestros muertos, cuya memoria honramos al punto de rechazar semejante identificación.

Será pues necesario, y quede también esto para más adelante, romper con un lamentable equívoco del sector nacionalista que busca, no sólo un camino democrático, sino la vinculación perdurable con la clase obrera y el estudio de la ideología que históricamente le corresponde: el marxismo.

Un curioso escritor francés, Thierry Maulnier, ofrece el asidero necesario para este pacto entre el ayer y el hoy. Para Thierry Maulnier, la comunidad nacional -"tribu, ciudad, pueblo o nación"- es una forma histórica que subordina a las restantes, incluso a las clases sociales y sus luchas. He puesto entre comillas lo que Maulnier entiende por comunidad nacional. La imprecisión de la fórmula la reduce a lugar común: el hombre es animal social. Pero los tipos de sociedad varían históricamente, y no hay Thierry Maulnier que demuestre, antes de la aparición de la burguesía, un solo caso de nación política y culturalmente constituida. Semejante intento de colocar a la nación fuera y por encima de la historia, sólo triunfa al precio de destruir el concepto científico que la define.

Con esto nos hemos colocado en el centro del problema: el nacionalismo jamás ha logrado dilucidar teóricamente su propia premisa, jamás ha logrado explicar qué es la nación. Y no lo ha logrado porque nada que se pretenda eterno puede ser definido, ya que el devenir es la esencia del ser. Puede el marxismo explicar las clases, pues basando su concepción histórica en la lucha que las enfrenta, considerándose ideología del proletariado, tiende a suprimir aquella lucha, a liquidar la existencia del proletariado como clase. No puede el nacionalismo explicar a la nación, porque la transforma en categoría eterna, antihistórica.

La polémica tiene implicaciones prácticas de primer orden. Es fácil demostrar, por un lado, que Marx y Lenin --los apóstoles del internacionalismo proletario-- fueron los primeros en elaborar una teoría satisfactoria de la cuestión nacional. Por el otro, que ellos señalaron, antes que nadie, la

importancia decisiva de las insurrecciones nacionales en la lucha mundial por el socialismo.

Pero ambos establecían una diferencia que pasan por alto los discípulos de Thierry Maulnier: la diferencia entre el nacionalismo imperialista y el nacionalismo colonial y semicolonial. Claro es que una concepción antihistórica del Estado nacional no puede comprender que el tránsito de una forma a la otra es el tránsito de la revolución a la reacción.

Que Thierry Maulnier sostenga que hay algo por encima de la lucha entre los obreros y los burgueses de Francia, no hace más que ratificar lo que diariamente manifiestan los representantes del monopolio imperialista cuando invitan a sus obreros a apoyarlos en la común cruzada de expropiación contra Argelia, Túnez, Indochina o cualquier otro país sometido. Que un nacionalista de estos países quiera inspirarse en Thierry Maulnier, ya se comprende menos, porque es un duro trago buscar mentores que nos liberen ideológicamente entre los artífices de la propia opresión.

Aquí, en América Latina, sufrimos principalmente por nuestra actual impotencia para constituirnos en Estado nacional. Francia y los demás países de Europa, sufren en cambio porque los marcos de ese Estado impiden el desarrollo de las fuerzas productivas. Pero tales marcos, que no dejan a la sociedad vivir, son el fundamento del privilegio burgués. La burguesía entonces, a través del imperialismo, pretende mantener un sistema estadual que ya se sobrevive mediante el saqueo de las cuatro quintas partes del mundo. El precio para mantener el nacionalismo político francés es impedir el triunfo del nacionalismo en los sectores periféricos.

Tan lógico como que en nuestros países la clase obrera asuma la bandera nacional -que es bandera de liberación- resulta que el proletariado revolucionario en Francia enarbole el estandarte del internacionalismo. También nosotros seremos internacionalistas a nuestra manera: solidaridad con los pueblos coloniales de todo el mundo, solidaridad latinoamericana. Es una perspectiva histórica cierta, que la alianza entre nuestros pueblos y el proletariado revolucionario de los países metropolitanos, mandará al museo de antigüedades a un régimen infame que ya no tiene justificación alguna de existencia.

Pero cuidado con las confusiones. La bandera nacional es el eje de nuestra revolución. Ello significa que no sólo los obreros se alinean en las barricadas del pueblo. ¿Ha desaparecido por eso la lucha de clases? De ninguna manera. El proletariado, que reconoce en el imperialismo y la oligarquía a sus principales opresores, no deja por eso de enfrentar un solo instante a la burguesía nacional. Distintos son los términos de la lucha que en un país desarrollado, pero no menos ásperos. La burguesía pretende subordinar la revolución nacional a sus fines: es decir, a sus capitulaciones frente al imperialismo, a su alianza o "statu quo" con la oligarquía comercial-terrateniente, a la explotación económica de la clase obrera.

No encuentra mejor táctica ahora que llamar a la constitución de un frente nacional donde todas las clases tendrán su partido menos la obrera; todas: las ideologías su lugar, menos el socialismo revolucionario. Busca, mediante alharacas demagógicas y concesiones, atenuar la necesidad, que ya germina en los mejores cuadros sindicales, de constituir el partido obrero revolucionario.

Semejante táctica es particularmente nociva por cuanto toda nuestra experiencia y la de otros países prueban hasta el hartazgo que ninguna batalla contra el imperialismo permitirá victorias perdurables si no es el sector más combativo del Frente Nacional, la clase trabajadora, quien asuma la dirección efectiva. ¿Y cómo sucederá así si carece de partido propio y se ve obligada a apoyar a sectores burgueses o pequeño-burgueses con plataforma "obrerista" (¡qué duda cabe!) ...precisamente porque no son obreros?.

En esa táctica coinciden los nacionalistas oligárquicos y Frondizi. Bien está que ambos convenzan a sectores de la clase media, enfangados hasta ayer en el frente reaccionario, de que la independencia económica, la soberanía y la justicia social son las banderas auténticas del pueblo argentino, y de que es necesario un reencuentro con el proletariado. En tal sentido, pese a todas las reservas, estrecheces y confusiones de sus respectivos programas, nos parece magnífico que encuentren apoyo... fuera de la clase obrera. Pero que pretendan inculcar a ésta la idea utópica de que repetirán el ciclo democrático-burgués del gobierno peronista -salvo sus "errores" y "demasías"- es de un reaccionarismo infantil: el peronismo cayó, no por sus errores, sino porque víctima de sus propias limitaciones históricas, -a saber: plantear la justicia social y la independencia económica, sin destruir hasta los cimientos las formas heredadas del Estado oligárquico-burgués y sin afectar el actual régimen de producción capitalista.

Por su parte, el sector burgués del peronismo tiende a acomodarse a la nueva situación creada, y busca un pacto de caballeros entre las clases dominantes para impedir lo que Jauretche denomina "el proceso dialéctico de la historia", es decir, que la clase trabajadora se organice políticamente y salga a la lucha vinculando sus propios objetivos a los del pueblo en su conjunto.

No faltan, por último, ciertos "ortodoxos" que combinan el ultimatismo práctico, el extremismo golpista -estéril, en cuanto impide la movilización de las masas- con los afanes clericales. Mientras la jerarquía obispal apoya el frente del gobierno -que no controla- los clericales copan la expresión legal del peronismo. ¿Olvidan que fue la Iglesia la que encabezó la lucha contra Perón? Allá ellos si su memoria es mala: no lograrán enceguecer al pueblo. La ruptura entre Perón y el clero era necesaria, en cuanto abría el camino a un esclarecimiento ideológico de la clase trabajadora; e inevitable, en cuanto -según lo demostramos- la Iglesia es instrumento antinacional, arma del privilegio, pilar del imperialismo. Pretender ahora insuflar de rondón una ideología que no corresponde al estadio actual de la conciencia de las masas y a sus necesidades de lucha, revela perfidia antes que sincera defensa de los trabajadores.

Que haya "marxistas" capaces de aceptar la situación, de clamar por un frente nacional al precio de arriar las banderas de la acción política independiente del proletariado, sólo demuestra que las masas están más adelantadas que los dirigentes. En lo que a nosotros respecta, primero nos delimitamos ideológica y organizativamente antes de hablar de alianza con los representantes de las otras clases. No es la línea del éxito, pero es la línea de la victoria.

* * * * *

Van como apéndice dos artículos « Autocrítica de la revolución popular» y «El moralismo: utilización oligárquica de la clase media», que fueron escritos respectivamente, en diciembre de 1955 y abril de 1956. Las tareas de redactar e imprimir «Lucha Obrera», órgano del disuelto Partido Socialista de la Revolución Nacional, y la mordaza policíaca impuesta por el tristemente célebre jurista Busso impidieron entonces su publicación. Entendemos que conservan su interés y que completan el panorama esbozado en el presente.

Digitalización: Fernando Lavallén para [El Ortiba](#)

DOS TACTICAS DE LA CONTRARREVOLUCION OLIGARQUICA. LA HERENCIA DEL PERONISMO

Caído el peronismo, un propósito común inspira a todas las fracciones "revolucionarias": su liquidación (1).

Pero no hay acuerdo sobre el método para lograrla. Los "liberales", hoy en el poder, son partidarios del camino drástico: proscribir violentamente cuanto huela a peronismo es para ellos el "non plus ultra" de la libertad. Sus propios aliados de la víspera -frondizistas y nacionalistas católicos- resultan acusados de totalitarios y demagógicos.

Esta apelación a la violencia tiene al menos la virtud de la sinceridad: evita confusiones e ilustra sobre la democracia del embudo, libertad arriba y mordaza abajo.

La otra fracción "libertadora" elige un camino más sutil y complicado. Desplazada del poder, no se resigna a haber participado en un golpe de Estado para seguir debatiéndose en el llano. El apoyo del pueblo, opina, le servirá de trampolín. Pero el pueblo sigue siendo peronista. No hay más remedio que disputar al "tirano" el corazón de las masas.

¿Renegarán entonces de sus convicciones "revolucionarias"? ¿Abjurarán al año de su entusiasmo septembrino? De ningún modo: septiembre es para ellos el punto de arranque de sus esperanzas. Sin la proscripción del peronismo y del movimiento nacional en su conjunto ¿cómo pensar siquiera en el soñado agosto electoral?

Hay que entrar en competencia con el ídolo amordazado, y a fuerza de gritos y actitudes heroicas convencer a diestra y siniestra de que ellos son democráticos, pero no de horca y cuchillo; aman la libertad, pero no la del gran capital; combaten al imperialismo, pero sin dictadura; impondrán nuevas conquistas sociales, pero sin demagogia ni inflación.

Si las masas olvidan a Perón, ellos olvidarán que las masas votaron por Perón. La fórmula será entonces: ni vencedores ni vencidos. A condición implícita de que los vencidos pasen al bando de los vencedores.

EL NACIONALISMO OLIGARQUICO MUDA DE PELAJE. ¿FUE FASCISTA EN SUS ORIGENES?

Entre los postulantes a heredar al peronismo están los nacionalistas católicos. Su profeta es Amadeo; su dios, Bengoa; su pitonisa, "Azul y Blanco".

¡Que sorpresa, al cabo de los años, encontrar a esa tendencia disputando el calor de las grandes masas, debatiendo problemas sindicales, poniéndose a tono con el ritmo de los tiempos! ¿No eran fascistas? ¿No eran señores con dos apellidos? ¿No invocaban la cruz y la espada?

Es que en la última década mucha agua ha corrido bajo los puentes. Un nuevo espíritu social y nacional anima al pueblo argentino. La clase obrera está resuelta a defender palmo a palmo el terreno ganado, y son varios millones los trabajadores agrupados en la C.G.T. Por otra parte, Hitler y Mussolini han muerto; Franco e Hirohito yacen prisioneros del engranaje "democrático", es decir, del imperialismo norteamericano.

Al revés de Ghioldi, Zavala Ortiz y Santander, que rumian desde hace treinta años las mismas monsergas "liberales", el nacionalismo católico se moderniza; hace un supremo esfuerzo por transformar sus afeites. Pero la flexibilidad tiene un límite. ¿Son o no son los mismos de antes? Su alma ¿ha transmigrado a nuevas formas? ¿Arrojaron de sí lo contingente para salvar aspiraciones fundamentales?

De eso se trata, precisamente. Analizar esta tendencia en su flamante versión exigirá un cuidadoso desbrozamiento de sofismas, de emboscadas teóricas, de disimulos y pases magnéticos. Y al cabo, bajo la cáscara aparecerá el mismo fruto amargo de los enemigos del pueblo: la dictadura burguesa, la sumisión del proletariado, la entrega negociada al imperialismo de turno. Tal es la santísima trinidad que idolatran estos católicos.

El resto, simple dorar la píldora, para lo, cual, fuerza es reconocerlo, despliegan una pavorosa habilidad.

* * * * *

En un libro reciente, "Ayer-Hoy-Mañana" el Dr. Mario Amadeo expone la nueva versión del viejo credo. Formulase allí un análisis autocrítico del nacionalismo católico. Amadeo admite que es necesario superar las formulaciones fascistas, y que el valor "libertad" no debe ceder ante el valor "autoridad". Pero el carácter fascista del viejo nacionalismo -opina-, era más aparente que profundo:

los aportes originales desempeñaron un papel decisivo. Por eso, el nuevo nacionalismo se reconoce en el viejo; no abjura del pasado ni rompe su continuidad histórica sino para arrojar el lastre de ideologías contingentes que en modo alguno son su esencia ni impiden flexibles desarrollos hacia un promisor futuro político (2).

Este planteamiento tiene más valor que lo que imagina el propio Dr. Amadeo, pues autoriza a juzgar al nacionalismo católico en todas sus etapas como fenómeno unitario. El pasado nos ayudará a comprender mejor el presente.

Digamos, en primer término, que no es verdad que el fascismo haya constituido un ingrediente superficial de la vieja ideología. Ciertamente que los nacionalistas, haciendo poco honor a su bandera e incurriendo en los mismos errores que echaban en cara a sus adversarios "liberales" y "marxistas" fueron a buscar al extranjero inspiración doctrinaria. Su nacionalismo tuvo muy poco de nacional. Ni recurrió a la tradición política argentina, ni se impregnó en las fuentes del movimiento popular, carne y sangre de lo nacional. Para una semicolonía oprimida por el vasallaje imperialista, postularon doctrinas que, como el nazismo y el fascismo eran la expresión beligerante de rapaces burguesías metropolitanas (3). Ignoraron que la gran lucha que desgarró el mundo moderno, es la lucha entre el nacionalismo imperialista y el nacionalismo de los pueblos colonizados. En el mejor de los casos, para las víctimas de la opresión, postularon la ideología de los opresores. Les sucedió -mutatis mutandi- lo que "a Rivadavia y sus partidarios: el liberalismo, que en Europa expresaba las necesidades e intereses de la burguesía revolucionaria, convirtiéndose en manos de la fracción unitaria en un sistema de enajenación nacional, de servidumbre colonialista, que nada tenía que ver con los requerimientos de nuestro desarrollo burgués, íntimamente ligado a la protección industrial. Como los "liberales" rivadavianos, ellos también fueron abstractos. Pero la abstracción no significa ausencia de todo contenido, sino pérdida del originario, adquisición de uno nuevo que, por supuesto, es el de la realidad a la cual se trasplanta la doctrina. El fascismo, en la Argentina, no puede ser otra ideología que la del imperialismo y sus aliados. Cualquier cosa menos una corriente nacional.

En efecto, no basta pretenderse fascista para serlo. Los partidarios de Hitler y Mussolini encontraron el apoyo de poderosas burguesías acorraladas por la crisis del capitalismo mundial (4). Estas burguesías necesitaban, internamente, aplastar al movimiento obrero; en lo exterior, una agresiva política de expansión colonial. Pero la burguesía en los países oprimidos es demasiado débil como para sostener una lucha sin cuartel sobre dos frentes. O se somete al imperialismo, y es éste entonces el que encabeza la represión antiobrera y antipopular, o intenta, siquiera débilmente, presentarle resistencia. Entonces tiene que llamar en su auxilio a las masas, movilizarlas mediante pactos, concesiones y controles, y en ese caso, ya no puede hablarse de fascismo.

Aunque se esmeraran en la copia, los teóricos del nacionalismo católico no podían ser fascistas a la manera de Hitler y Mussolini, pues ningún sector de nuestras clases dominantes estaba ni está en condiciones de promover simultáneamente un nacionalismo agresivo y el sometimiento autoritario de las masas. Desde este punto de vista, tiene razón Amadeo cuando afirma que los "elementos

autóctonos" del nacionalismo clerical fueron "mucho más decisivos" que los importados. Pero, por desgracia, incurre en un lugar común, pues esa es la suerte de todas las abstracciones, tan abundantes en la historia de las ideas argentinas: Llenarse de un nuevo contenido, distinto del originario, y, por supuesto, autóctono.

Pero lo que Amadeo calla es que el nacionalismo clerical estaba ya configurado antes de que el fascismo alcanzara predicamento en sus filas. Y era todo lo fascista que podía ser en las condiciones peculiares de nuestro país. Pudieron ahorrarse el plagio, el saludo en alto, la camisa parda o la negra. Lo que no podían negar sin negarse a sí mismos era la similitud sustancial -no mera imitación sino analogía en circunstancias históricas distintas- entre su nacionalismo y el de Franco, Hitler y Mussolini. Es lo que vemos en los siguientes capítulos.

TERRORISMO ANTIOBRERO

El nacionalismo de las clases oligárquicas se manifiesta en la Argentina desde las primeras décadas del siglo, no para emprender una cruzada contra el imperialismo, sino como respuesta al incipiente movimiento de la clase trabajadora.

La oligarquía, vasalla del capital extranjero, no recordó que era argentina mientras entregaba nuestras riquezas y los destinos nacionales a las sociedades anónimas londinenses. Su "patriotismo" nace cuando advierte que el inmigrante europeo, traído con el engaño de la fácil América, no aceptaba el destino de explotación y miseria que los poderosos querían señalarle. De golpe se sintió argentina. Un rencor torvo (5) animó su brazo contra la "gringada" socialista y anarquista. Odió la "ideología foránea", cuando esa ideología, en vez de apuntalar sus privilegios, procuraba el derrumbe de la explotación clasista. Sus policías asesinaron a mansalva pacíficas manifestaciones obreras. No contenta con eso, armó bandas civiles reclutadas entre señoritos del "barrio Norte" y matones a sueldo. Era la "patria" que se defendía contra la turba sin ley ni religión. Era la "enseña" azul y blanco contra el trapo rojo. Era el burgués tirando contra el obrero.

Así festejaron ellos el centenario de la revolución de Mayo: asaltando locales, empastelando imprentas, asesinando a militantes de la clase trabajadora. Años más tarde, cuando la Semana Trágica, la "Liga Patriótica" de Manuel Carlés encabezaba el terror blanco contra las justas demandas del proletariado argentino, cuyas violencias eran una mínima parte de las que debieron soportar bajo los regímenes oligárquicos.

Este "argentinismo", esta exaltación "nacionalista", nada tiene que ver con el pueblo y sus destinos: Es la defensa del explotador "argentino" contra el explotado extranjero (y también argentino) al que se pretende esclavo sumiso sin voz ni voto en los destinos del país.

Antes de que Mussolini levantase sus banderas, ya estaba prefigurado, aquí en el Plata, el rasgo más esencial del movimiento fascista: el terror antiobrero, la persecución contra sindicatos y partidos de

izquierda, el armamento de milicias "cívicas" para operar incursiones sangrientas al grito de "¡Viva la Patria y mueran los judíos!"

Pero Mussolini y Hitler, por lo menos, operaban por cuenta de sus respectivas burguesías. ¿Por cuenta de quiénes operaban los patriotas asesinos, de obreros anarquistas? Intolerantes frente a la rebelión del pobre, así eran de dóciles con los auténticos negadores de la nacionalidad: los trusts imperialistas y sus gobiernos.

Los adalides del nacionalismo oligárquico fueron rupturistas durante la primera guerra mundial. En eso coincidían todas las fracciones oligárquicas: la liberal tanto como la "fascista". Manuel Carlés, Lugones, Alfonso de Laferrere, Francisco Uriburu, la redacción en pleno de "La Fronda", no podían concebir que la escarapela celeste y blanca, puesta en la solapa para pisotear un local obrero, se mantuviera intacta al entrar en la Embajada de "Su Majestad". No faltó entre ellos quien corriera a dar su vida por la Francia "eterna", la de los bandoleros imperialista de Marruecos, Tonkín y el Río de la Plata. Desde el Círculo de Armas y el Jockey Club, también pidieron ellos la cabeza del presidente Yrigoyen, ese peludo bárbaro que defendía la neutralidad (6).

Porque un rasgo, peculiar e intransferible de "nuestro" nacionalismo, fue que siempre empuñó el fusil o la cachiporra contra las auténticas corrientes nacionales, las democráticas, las que suben de lo más profundo para rescatar heroicamente lo que los señoritos han entregado cuando con el fraude o la violencia rigieron los destinos del país.

¡A Prébisch lo trajo Lonardi y Amadeo era su canciller!

LA CONSPIRACION CONTRA EL GOBIERNO POPULAR. ¿CRISIS DE AUTORIDAD?

Pronto advirtió el nacionalismo oligárquico que: el peligro principal no venía de la izquierda "revolucionaria" -cuyos errores e inoperancias no es el caso examinar aquí- sino del movimiento yrigoyenista, expresión incipiente de la protesta nacional. Bastó que por vez primera en nuestra historia la máquina del fraude cediese ante el empuje de las masas, para que los héroes del "nacionalismo" descubrieran las fallas de la democracia representativa y pregonaran su amor por los gobiernos fuertes y jerarquizados. La presencia del pueblo en la Casa Rosada los convirtió en discípulos de Maurras, antes de ser admiradores de Mussolini (7).

Mientras el sector "ortodoxo" de la oligarquía se atrincheraba en el legalismo hipócrita, en la obstrucción parlamentaria, en la infiltración alvearista, en el contubernio y la "libertad" de prensa, para jaquear a Yrigoyen y preparar su caída, la juventud dorada decía a grito destemplado lo que la clase en su conjunto rumiaba silenciosa.

No es cierto, como afirma Amadeo, que "la mengua del valor "libertad" frente al valor "autoridad"

estaba determinada por hechos universales. Era imposible prohibir a esa generación (la generación nacionalista) que simpatizara con aquellos que proclamaban el fortalecimiento de la autoridad debilitada".

Y no es cierto porque "libertad", "autoridad", son conceptos formales, de naturaleza instrumental. ¿Autoridad para quién y en beneficio de qué clases o sectores? El yrigoyenismo en el gobierno padeció, es cierto, una "crisis de autoridad". Para los defensores del pueblo eso significaba que aquel movimiento no pudo o no quiso cumplir un enérgico programa de transformaciones sociales y políticas, apelando, de ser preciso, a métodos revolucionarios, para lo cual las circunstancias lo autorizaban plenamente. Por eso, uno de los más ilustres representantes del nacionalismo democrático argentino, Raúl Scalabrini Ortiz, afirma con sobrada razón y mal disimulada amargura:

"Lo importante es señalar el error en que incurrió el presidente Yrigoyen al no disolver el Congreso y llamar a nuevas elecciones. La ley se transgrede constantemente cuando las transgresiones favorecen a los intereses extranjeros. ¿Por qué no transgredirla en defensa de los sagrados intereses de la nación y del pueblo argentino? ...La excesiva puntilliosidad legal del presidente Yrigoyen abrió las compuertas a la piratería nacional que estaba esperando acorralada a sus amos extranjeros" (8).

¿Es a esta crisis de autoridad, la del gobierno popular frente a las facciones oligárquicas, a la que los hombres del nacionalismo católico se referían?

En modo alguno. Para ellos -como para el resto de la clase oligárquica- la autoridad había periclitado cuando el poder político dejó de ser el atributo directo del poder económico. ¡Las masas en la calle! ¡El sufragio universal! ¡Un presidente que no había sido elegido por los caballeros del Jockey Club! ¡Qué horrenda crisis de "autoridad"! ¡Qué desquiciamiento de las jerarquías sociales... heredadas! ¡Qué amenaza para el Privilegio latifundista y los "derechos" del monopolio extranjero!

De este modo, el nacionalismo oligárquico adquiría, por generación espontánea, el segundo rasgo distintivo del fascismo: la apelación al gobierno fuerte para despojar al pueblo de sus derechos políticos, salvando del embate de las masas todos los privilegios y jerarquías de las viejas clases explotadoras.

Lo argentino, lo nacional, para aquella gente, significaba la pretensión de las "familias tradicionales" de disponer en propiedad del gobierno y la economía. De ellas salen los cives, los titulares de la res publica. El resto es rebaño que se agrega. Ilotas y metecos destinados a sudar y a obedecer.

SEIS DE SEPTIEMBRE. NACIONALISMO OLIGARQUICO y ENAJENACION NACIONAL

Pero, como lo apuntábamos arriba, esta semejanza sustancial entre fascismo y nacionalismo

oligárquico existe en los móviles, en los conflictos que la originan; no en los resultados.

La autoridad y el terror antiobrero fueron para Hitler y Mussolini instrumentos de una política ultra nacionalista y reaccionaria. No menos reaccionarios, los líderes del nacionalismo clerical desembocaron, a poco andar, en la total sumisión al imperialismo extranjero. Tan abstractos plagiarios como Rivadavia o Juan B. Justo, ignoraron el abismo entre el nacionalismo de la colonia y el de la metrópoli; no supieron que el pueblo es el protagonista indispensable para librar al país del yugo imperialista extranjero.

Antes de que los sucesos anteriores y posteriores al 16 de septiembre acostumbraran nuestros ojos, a ese abigarrado frente de curas, masones y liberales, de "nacionalistas" pro-yanquis y de "socialistas" oligárquicos, el golpe militar del general Uriburu abundaría en tales pactos, instrumentados por la vara de hierro del interés imperialista.

En el 6 de septiembre confluyen dos fuerzas diferenciadas: el contubernio, las camarillas de políticos tradicionales que encontrarán en Justo su presidente y la juventud "nacionalista" que inspira a Uriburu y lo rodea. En rigor de verdad, es ésta la que saca las castañas del fuego. Su epopeya delimita el umbral de la "década infame", hazaña que los argentinos jamás terminaremos de agradecer.

Pero si ineptos para alcanzar con sus manos el gobierno, los partidos oligárquicos son muy capaces de cosechar victoria ajena mediante artimañas e intrigas de palacios.

Aplastado el pueblo, la burguesía terrateniente y el capital imperialista quedaron dueños del campo de batalla. Los intereses industriales, incipientes entonces, carecían de representación y peso específico. Ahora bien: entre dos postulantes, el bloque de los partidos tradicionales y la altisonancia juvenil del movimiento nacionalista ¿podían vacilar un solo instante los señores de la Cámara de Comercio Británica y de la Sociedad Rural? ¿Para qué apelar a la violencia descarada si el fraude era suficiente? ¿Para qué la algazara, si ingeniosos mandones ajustarían las clavijas sin perder su respetable urbanidad? Buenos para el combate, Uriburu y su círculo cayeron por ley inevitable. Gustaron el repudio de la propia clase a la cual aspiraban a representar. La era del fraude había comenzado.

Ernesto Palacio, en su "Historia de la Argentina", ha intentado una original justificación de este período, según él, había identidad de aspiraciones esenciales entre el yrigoyenismo y el uriburismo. El movimiento de septiembre, en su actitud inicial, procurar resolver la crisis de la decadencia yrigoyenista, salvando los valores y aspiraciones nacionales que alentaban al viejo radicalismo (9).

Esta explicación peca de arbitraria y superficial. El nacionalismo de Yrigoyen es esencialmente democrático: Entronca con el federalismo del siglo diecinueve, expresa a las masas pobres del interior, a la nueva pequeña-burguesía de origen inmigratorio, y hasta cierto punto, los intereses

inmediatos de la clase trabajadora. Todos estos sectores vinculan la defensa de la patria con sus reivindicaciones de explotados, y son los únicos que pueden suministrar consistencia histórica a la rebelión nacional contra el poder imperialista. El nacionalismo oligárquico parte de la ausencia de pueblo como premisa inicial. Aislado de las masas, conviértese en juguete de las clases dominantes; su nacionalismo, en el mejor de los casos, se frustra en utopía; frecuentemente degenera en versión armada de la burguesía imperialista contra el movimiento democrático popular y las reivindicaciones revolucionarias de la clase obrera.

La primera experiencia se hace con Uriburu. Faltaban otras dos: las de los generales Ramírez y Lonardi.

DECADA INFAME. LA GENERACIÓN NACIONALISTA

Su desplazamiento del poder provoca la crisis del nacionalismo oligárquico. Una de sus corrientes denuncia la entrega, el pacto Roca, las leyes Pinedo. No abandona por eso el principio aristocrático (10); pero objeta el uso que de él hacen los grandes terratenientes. Es que un sector de la Argentina librecambista y ganadera ha sufrido el impacto de la crisis mundial y alza su voz contra el bloque de los invernadores y las empresas frigoríficas. Son los parientes pobres, los no invitados al festín. Pero olvidemos lo que haya de resentimiento personal y clasista en tales caballeros: protestaron cuando había que protestar.

Otro sector, hartos más ingloriosos, no vacilaba en insertarse de lleno en el acontecer oligárquico: Fresco probó al mundo que se podía ser nacionalista, rosista, partidario del voto cantado, asalariado de ferrocarril inglés y tener como ministro de Gobierno a Roberto Noble, admirador de Mussolini (11) y actual propietario de "Clarín".

No faltaron los vires consulares, capaces de unir el revisionismo histórico con el presupuesto público manejado por nietos de unitarios; la condena al pacto de las carnes con el elogio "ecuánime" a la ley del Banco central.

Estaban, por último, quienes, fracasado el plan británico de apoyar a Mussolini y Hitler para lanzarlos contra Rusia Soviética, y reordenado el dispositivo de las alianzas mundiales, sacáronse a tiempo la camisa negra para vestir el frac anglófilo. Juan Carulla nos habla de esas cosas, hartos sugestivas en cuanto anticipan la conversión de Amadeo y sus partidarios, amigos ayer de Roma y de Berlín, como hoy lo son de Washington y de Londres.

"La generación nacionalista -afirma Amadeo fue la primera, después de la generación de Caseros que trajo al país una visión renovada y coherente de su presente y de su destino".

Sin discutir la pretensión -aunque admitiendo que encierra parte de verdad- señalemos algunos

puntos que conviene aclarar. ¿ Qué aportó de nuevo la generación nacionalista?

En primer término, su culto a Rosas. Pero mucho tememos que no haya sido el Rosas del bloqueo anglo-francés, sino el otro Rosas quien despertaba la admiración de los nacionalistas oligárquicos: el ganadero porteño, el señor de los ríos, el de la autoridad despótica fuera y por encima de las circunstancias que la condicionaban, el Franco o Mussolini vernáculo -que en esto coincidían "liberales" y revisionistas-, el que por no constituir ni modernizar nacionalmente a la Argentina permitió que otros lo hicieran por cuenta del Brasil y la banca extranjera. El Rosas antiliberal, en suma, que había que oponer al "liberalismo" rivadaviano, como si en nuestra tradición política no hubiese otro liberalismo que el de los entregadores. Como si Moreno, San Martín, Artigas, Monteagudo, Dorrego, la generación de José Hernández y el propio Yrigoyen no hubiesen combatido, simultáneamente, por la modernización cultural y técnica; por la constitución federal y democrática; por la soberanía, contra los defensores del viejo y del nuevo coloniaje (12).

De parecido cuño es el amor a la "Madre Patria". La que ellos reverencian no es la España del pueblo sino la España feudal de Franco, la de los encomenderos y la explotación de las masas indígenas. Jamás plantearon el problema nacional del continente; fueron nacionalistas argentinos. Soñaron algunos con reconstituir el Virreinato, es decir, someter a los débiles pueblos circundantes. Latinoamérica fue Hispanoamérica, la América blanca del conquistador y de sus nietos; hispanismo significó la alianza continental de las oligarquías, subordinada al Nuevo Orden europeo a través de Franco, la falange española y la Iglesia.

Durante la "década infame" el nacionalismo oligárquico se hizo clerical. No eran todavía "fascistas" mientras conspiraban junto a Uriburu, por más que Mussolini llevara varios años en el poder. Tampoco oponían a Yrigoyen el mito de la religión católica, ya que la Iglesia argentina, en general, apoyaba a Yrigoyen contra la oligarquía "falaz y descreída". El nacionalismo se hizo clerical en la década infame, como una consecuencia indirecta del pacto de Letrán, que concilió a Mussolini con el Vaticano (13). No es un misterio que la Iglesia ha santificado el orden de explotación capitalista, declarando, con olímpico desprecio de la historia, de las leyes económicas de su pasado y de sus mismos orígenes, la naturaleza divina de la propiedad privada de los medios de producción.

En su conjunto, esta "nueva visión" resulta bastante vieja y poco rompe con los intereses de la Argentina oligárquica. Rosas, Franco, el despotismo militar y la Iglesia eran exiguo aporte a las necesidades perentorias del país: industrialismo y justicia social.

De aquella época son estas palabras que valen como símbolo:

"Hoy en día la Argentina no puede pensar sensatamente en salir a breve plazo del predominio de la economía agraria. A medida que nos hemos industrializado artificialmente (sic) no nos hemos enriquecido, porque esa industrialización ha determinado altos costos de producción y aumento del valor especulativo de la tierra, cerrándonos muchos mercados a la agricultura y la ganadería, que constituyen industrias no artificiales entre nosotros. A esa agricultura y a esa ganadería en la que

todavía, a pesar de los extremistas (!), predominan sentimientos nacionales... Para superar la etapa agraria, sin perder la independencia económica, el país tiene que comenzar por reforzarla: ..."

Esto se publicaba -julio de 1940!- en la "Revista del Instituto Juan Manuel de Rosas, y no sabemos en qué se diferencia de Prébisch, sino en la descarada exaltación de los ganaderos, sus intereses y --no reírse-- su immaculado "nacionalismo".

El autor del artículo es Vicente D. Sierra, quien en otro párrafo afirmaba: "Esto del latifundio terrateniente es una de esas cosas de las que hablan los economistas de la ciudad, técnicos del asfalto, que no conocen el país... En el campo, sobre todo en las actividades pecuarias, se forjan las fuerzas argentinas del orden. Los comunistas prefieren un país de proletarios a uno de agrarios... Pero es una mentira nacional que conviene despejar" (Vicente D. Sierra, "Rosas, el marxismo y la política contemporánea". Revista del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas. Págs. 138 y ss. Buenos Aires, julio de 1940).

Se ve con claridad a quién respondía esta admirable versión del ideal nacionalista: no a las masas desposeídas, ni siquiera a la incipiente burguesía industrial, sino a un sector ganadero en colisión momentánea con la banca extranjera, a consecuencia de la crisis económica del año treinta. No es casual tampoco el endiosamiento de Rosas, jefe de la burguesía terrateniente hasta promediar el siglo diecinueve. Ni que decir tiene que los méritos históricos de Rosas están por encima de tan lamentables panegiristas. Otro "teórico" del nacionalismo oligárquico, el inimitable Ignacio E. Anzoátegui, encabeza su retrato del "Ilustre Restaurador" con la aclaración (citamos de memoria) de que su sangre era "limpia", sin mácula de mestizo, zambo o mulato. Lo cual no le impedía disfrutar el puesto de juez, que había recibido del gobierno votado por los "cabecitas negras" ni desde luego, el correspondiente sueldo. Pecunia non olet.

JUNIO y OCTUBRE

Profundos cambios en la situación nacional y mundial incubaron la siguiente fase del nacionalismo católico que, con el golpe militar del 4 de junio, vuelve a colocarse en el primer plano de la política argentina, para ser el juguete de los acontecimientos, y experimentar el más rotundo de los fracasos.

Por un lado, pese a las presidencias conservadoras, pese a la desastrosa conducción económica, a la miseria, a la entrega y al fraude, nuevas fuerzas se desarrollaban en el país: la crisis mundial y la guerra, al romper con la tradición del librecambio, permitieron que se expandiera la industria liviana y el rápido incremento de la clase obrera industrial. Al promediar el conflicto europeo, estaba ya la industria en paridad con las antiguas fuerzas e iniciaba débiles intentos de disputarles la supremacía. Pero el imperialismo inglés y el norteamericano presionaban decisivamente para obtener nuestro ingreso en la guerra y la pérdida por anticipado de cualquier ventaja táctica que en el plano económico y político pudiera conquistarse del choque entre ambos grupos armados. Más que en 1914-1918, la neutralidad significaba un requisito perentorio para que la expansión económica continuase y cesara en algo la dependencia semicolonial respecto a las metrópolis imperiales.

Por otra parte, el nacionalismo, que no había conseguido arraigar como representante oficial de las fuerzas oligárquicas --a las cuales, después de la caída de Uriburu, había presentado despareja oposición, dentro del marco de la vieja Argentina ganadera, como representante de intereses desplazados ante el avance del bloque frigoríficos-invernadores--, permanecía como una fuerza de superestructura, y, por lo tanto, más libre para seguir los vaivenes de la política nacional y mundial, que lo que estaban, por ejemplo, conservadores y alvearistas, el oficialismo y la oposición "tolerada" del Régimen.

Al romperse el frente capitalista mundial, es decir, al cesar Inglaterra en su apoyo al fascismo de Hitler y Mussolini como plataforma de agresión antisoviética, quedaron ambos dictadores con la bandera del anticomunismo, es decir, de la agresión policial contra la clase obrera, sus organizaciones sindicales y partidos políticos.

El grueso del nacionalismo oligárquico optó en la emergencia por acompañar a los más decididos. De la "Liga patriótica" a las brigadas fascistas no había más que una diferencia de matiz, y ya hemos visto cómo el conflicto de las clases dominantes con nuestro incipiente proletariado fue uno de los factores que dieron nacimiento a la corriente "nacionalista".

En esto no había mayor diferencia con el también denominado "nacionalismo" de los países europeos, que no era sólo el de Alemania e Italia, sino el de aquellas naciones militarmente ocupadas por las tropas del Eje. Fueron los Laval, Quisling, Degrelle, Pavelic (14), en efecto, los policías y verdugos de sus propios pueblos. Esta actitud, bien poco nacional, se explica porque la extrema derecha que entendía por "nación" el anticomunismo de hacha y tiza viniese de donde viniese, y optaban por el de Hitler, aunque fuese importado (¡Y a qué precio!), por resultar el más efectivo.

Más afortunados que sus maestros en la teoría fueron nuestros nacionalistas oligárquicos, que vieron limitado su anticomunismo al apoyo más o menos directo a la Sección Especial.-"Clarín" era una bella mezcla de cruz con picana eléctrica- y al pistolerismo contra el adversario, que constituyó durante años su inconfundible "estilo" político.

Pero en lo principal, los salvó el curso de la guerra -desfavorable para el nazismo- y la geografía: Europa estaba lejos. Por consiguiente, en lugar de llenarse de gloria colaborando con el "gauletier" que nos mandasen desde Berlín, agazapáronse en una estudiada neutralidad, que en ellos significaba: desensillar hasta que aclare, esperar que las Walkirias cruzasen el Océano y convertirse en cipayos del imperialismo teutón.

El curso de la guerra neutralizó el aspecto subjetivo de esta actitud. Y, para suerte de todos, quedó su cáscara: la neutralidad, punto de vista que coincidía con las necesidades del pueblo en su conjunto.

Por otra parte, el Ejército era escenario de importantes desarrollos políticos, en donde se entremezclaban la dinámica del nacionalismo como ideología, la necesidad económico-militar de una industria pesada, la naturaleza de clase de los cuadros de oficiales (de origen burgués o pequeño-burgués), la repugnancia por el desmoronamiento del régimen oligárquico, encenegado en la corrupción, el fraude y el servilismo ante Inglaterra, y la influencia del militarismo germano.

Estos factores, unidos a la inexistencia de un poder civil concentrado, capaz de expresar y sostener la neutralidad (Castillo estaba jaqueado por la oposición alvearista, los partidos "obreros" e importantes sectores de las fuerzas conservadoras) determinaron al Ejército a salir a la calle para capturar sin oposición el gobierno de la República.

Ahora bien, en la medida en que la neutralidad salvaguardaba los intereses industriales, el nacionalismo oligárquico -cualquiera fuesen los móviles que lo animaban- asumía el papel de un nacionalismo burgués estricto, vale decir, despojado de toda veleidad de "ir a las masas" para solicitar su apoyo. En este sentido, y dada la ausencia de un partido nacionalista burgués de envergadura, era inevitable la alianza entre el "nacionalismo" de Amadeo, el Ejército y la Iglesia, y que esa alianza expresara por arriba lo que la débil, temerosa y ciega burguesía industrial era incapaz de promover desde el llano.

El frente de aquellas fuerzas preside el desarrollo de la "revolución" de junio, y explica la razón de su fracaso. Los que quieren "volver a junio" pasando por encima del 17 de octubre, tendrán que explicarnos cómo fue que la aparición del proletariado, sin ellos y contra ellos, para salvar de junio lo que debía ser salvado, impidió que en 1945 los apóstoles de la "década infame" retornaran el poder e hicieran letra muerta de la recuperación nacional y social que el país esperanzado aguardaba.

El de junio fue el intento más serio de sentar las premisas de un nacionalismo palaciego, opuesto por igual a las exigencias colonialistas y a las masas. Esta expresión pura de nacionalismo burgués asustó a la propia burguesía industrial que, temerosa de represalias, engrosó el frente oligárquico para corear las mismas consignas de la Sociedad Rural y... Codovilla.

El 17 de octubre, es decir, la irrupción del joven proletariado, junto con la política social emprendida desde el Ministerio de Trabajo y Previsión, impidieron el derrumbe. Pero en esta salvación de último momento nada tuvo que ver el nacionalismo oligárquico, que se apresuró, a retirar el apoyo al gobierno y entró bien pronto en las catacumbas, de la conspiración (15).

No obstante, la nueva etapa cargó con el lastre del pasado, pues los nacionalistas mantuvieron puestos claves en la administración y particularmente en la docencia. A ella habían entrado pisando fuerte hombres como Sepich, Baldrich, Genta, Olmedo, Obligado, confundieron enseñanza con el atropello y sus convicciones con decretos de la ley marcial. Por supuesto, la fobia ultramontana, el

odio a la Revolución francesa y los principios "volterianos", la pretensión de que la Revolución de Mayo es poco más o menos una continuación de Felipe II, no son reclamos propicios para atraer a la juventud. Aún olvidaríamos las escenas puchistas de los grupos de choque, y esa amable síntesis de nacionalismo visto por 100 nacionalistas oligárquicos que eran las consignas " Argentinos sí, judíos no", "Dios, patria, hogar", si las consecuencias no trascendieran el radio de acción o de conveniencia de los responsables.

Porque el imperialismo tiene dos o tres tácticas tan eficaces como repetidas para "habérselas" con el movimiento nacional de los pueblos sometidos. Una de ellas es la de acusar de fascistas a esos movimientos.

A diez años de muerto, Hitler, todavía hoy, la crisis del canal de Suez desentierra esta táctica. ¿No dicen los "democráticos" jefes de Francia e Inglaterra, y la prensa amarilla de los cinco continentes, que Nasser es un dictador y se inspira en "Mi lucha" de Hitler? ¿ Que cómo el jefe de la Alemania nazi soñaba con un imperio germánico, él acaricia la idea de "sojuzgar" a los países árabes? ¿No se recuerdan las simpatías pro-nazis del gran Muftí de Jerusalén durante la guerra?

Si es lógico que los líderes burgueses de países sometidos al área del dólar o la esterlina opinen que los enemigos de sus enemigos son sus amigos, resulta canallesco comparar el nacionalismo imperialista nazi (que en todo caso se emparenta con el nacionalismo imperialista "democrático") con el movimiento nacional de un pueblo que anhela liberarse de la explotación extranjera. Aquél es un nacionalismo opresor y reaccionario. Este: sustancialmente progresivo y justo.

Pero cuando el nacionalismo oligárquico adoptaba las poses del fascismo -la ideología del más exacerbado chauvinismo europeo- y métodos policiales propios para alejar al pueblo, los intereses anglo yanquis encontraban excelente pretexto para identificar en nuestro país el nacionalismo --es decir, el antiimperialismo democrático-- con el fascismo. Esta Propaganda, felizmente, fue inocua entre el proletariado; pero prendió en amplios sectores de la clase media y particularmente, entre los estudiantes, quienes, al confrontar su experiencia concreta con las palabras de la prensa imperialista, encontraban justa la mencionada identificación. Se equivocaban: el proceso argentino era infinitamente más profundo y complejo que lo que ellos creían: no comprendieron a las masas trabajadoras. Pero, ¿tenían la culpa de ello?

Gracias al nacionalismo oligárquico podemos responder: no tuvieron toda la culpa de su error.

TRASCENDENCIA y FUTURO DEL PERONISMO

Como hemos dicho, el 4 de junio significó el intento de imponer un nacionalismo palaciego, burgués en su contenido y reaccionario en cuanto a métodos e ideología, por igual enfrentando a los imperialismos "democráticos" y a las masas populares. Este nacionalismo no contaba con el apoyo de la burguesía industrial, por la falta de maduración histórica de esta clase y su temor a una acción independiente. La política nacional burguesa asumió, por lo tanto, un carácter bonapartista,

basándose en la alianza del ejército, el clero y los nacionalistas oligárquicos. Falta de base social y ante enemigos interiores y exteriores que presionaban por empujarnos a la guerra, la política del 4 de junio se enfrentó bien pronto con esta disyuntiva: o capitular por entero o virar hacia las masas. La iniciativa en el último sentido surgió del sector menos reaccionario del frente bonapartista: el ejército. La alianza entre el ejército y la clase trabajadora (que expresa el vínculo transitorio entre la burguesía y las masas frente a la agresión imperialista) permitió la huelga general del 17 de octubre y la consiguiente derrota de Vernengo Lima, Braden, la Sociedad Rural y los partidos de la futura Unión Democrática.

La trascendencia del peronismo consiste en que, por vez primera en la moderna historia argentina, vinculó prácticamente la cuestión social y la cuestión nacional. Yrigoyen no había sido sordo a las reivindicaciones más urgentes de las masas desposeídas; pero él acaudillaba a las clases medias, en quienes encontró principal apoyo, y la social no constituía la médula de su política. Inspirados por Juan B. Justo, los socialistas pretendieron desvincular al proletariado de la nación en su conjunto; pero es evidente que en una semicolonía la clase trabajadora no puede tomar el poder político si no actúa como representante de la sociedad frente a sus principales opresores: la oligarquía y el imperialismo. En general (mal que les pese a Dardo Cúneo y otros "teóricos" de parecido jaez), Juan B. Justo condenó la lucha antiimperialista, y no es de extrañar que su partido permaneciera como una entidad local cuyo antiyrigoyenismo acérrimo le vedara el acceso al país, aunque le abriera las puertas de los salones distinguidos. Característica esencial de casi todas las escisiones socialistas (incluida la de los "internacionalistas", luego comunistas) fue que no comprendieran el error capital de Justo; que sólo criticaran sus doctrinas en cuanto ellas se vinculaban a las polémicas mantenidas por el socialismo europeo, y que, por consiguiente, aquel error reapareciera en los críticos a veces intacto, otras modificado en la forma. Así, los comunistas, admitiendo por razón de dogma la importancia de la lucha antiimperialista, la invalidaban al centrar sus fuegos contra Yrigoyen -"fascista" según ellos- lo que sí era lógico desde el punto de vista de Justo, no lo es partiendo de una consecuente concepción acerca del imperialismo, la cuestión nacional en los países atrasados y la táctica que en ellos corresponde al proletariado y su partido.

Por su parte, el nacionalismo escapó a la tarea que por definición le correspondía: buscar en la tradición popular argentina las formas históricamente válidas para ulteriores desarrollos políticos y sociales. Ya hemos visto cómo las fuerzas que determinaron su nacimiento le vedaban toda comprensión del pueblo y sus necesidades. Estas fuerzas, parcialmente contradictorias, fueron:

1º) La necesidad de asegurar el orden de explotación vigente contra los embates del movimiento obrero.

2º) La necesidad de asegurar el predominio aristocrático frente al sufragio universal y el triunfo político de la clase media.

3º) La defensa de ciertos sectores de las clases dominantes contra determinadas formas de penetración imperialista (16).

Retengamos estos puntos, pues ellos reaparecerán modificados en la nueva versión amadeista. Señalemos por ahora que los dos primeros eran los decisivos; ello explica la adopción formal de la doctrina fascista después de haberse aceptado su contenido sustancial.

Por consiguiente, tampoco el nacionalismo logró nunca echar raíces en las masas populares, contra las cuales, en primer término, se dirigía.

Ambos movimientos, la izquierda socialista-comunista y la derecha nacionalista, permanecían como pequeños grupos de provocación antipopular, al margen de los cambios revolucionarios que se iban gestando en la sociedad argentina. Cuando ellos hicieron eclosión, los combatieron ferozmente o los sabotearon desde adentro, comprometiendo su futuro.

Más allá de toda ideología libresca, vana moralina o estupidez "institucional", es imposible desconocer, como hemos dicho, que el peronismo transformó al proletariado en espina dorsal de la lucha antiimperialista, y lo movilizó planteando resueltamente la cuestión social en un doble aspecto: reivindicaciones económicas y sindicatos de masa.

Esta herencia indestructible -hoy vilipendiada- es la palanca del futuro argentino: porque significó el primer paso en la toma de conciencia de sus fines históricos de la clase más revolucionaria de nuestra sociedad: el proletariado; y porque lo cohesionó elementalmente, a lo largo y a lo ancho del país, en grandes sindicatos de masa y en la central obrera única.

"Al vincular la lucha antiimperialista con el bienestar de los trabajadores; al señalar que la defensa de la patria, contra el explotador extranjero es obra, en primer término, de las principales víctimas de esa explotación, las clases populares, el peronismo barrió de golpe con aquellas sectas políticas, cuyo programa se vio rebasado por los hechos. Quedaron -izquierdas y derechas de la vieja Argentina- condenadas a un glacial ostracismo y al repudio de las masas trabajadoras.

Pero al plantear con verdadera audacia revolucionaria la cuestión, el peronismo chocó con sus propios límites, con sus compromisos entre el pasado y el presente; con la contradicción entre la masa obrera que era su base y la burocracia burguesa de la cúspide. Porque iba implícito en el planteamiento que la síntesis entre lo nacional y lo social era para afianzar el capitalismo argentino. La cuestión social se resolvía en términos de distribución. El proletariado quedaba circunscripto al papel de apoyo; no asumía funciones conductoras. Si el esquema hubiera sido viable, el país habría entrado en un período de pacífica e ininterrumpida expansión burguesa. El proletariado, sometido a explotación capitalista, habría gozado, sin embargo, de mejoras perdurables en su situación general. Pero la crisis del imperialismo – es decir, del capitalismo mundial -- impide a un sector sometido conquistar su independencia sin irrumpir en las propias condiciones de producción, sin alterar la estructura económica y política de la sociedad que lucha por liberarse.

Su envoltura burguesa asfixió a la revolución popular argentina; la hizo más vulnerable ante el bloqueo imperialista; entronizó a la burocracia contrarrevolucionaria; maniató al proletariado ideológica y organizativamente; Mantuvo la separación entre el Estado y las masas; entre los trabajadores y la conducción económica. Expresión de la impotencia para resolver estas contradicciones ha sido, en última instancia, la derrota del 16 de septiembre.

Pero los que sueñan con una nueva "década infame", con el paraíso "democrático" de las minorías antidemocráticas, intentarán barrer el mar con una escoba. Porque basta invertir la fórmula del peronismo, ponerla sobre sus pies, para dar al proceso de las masas una eficacia revolucionaria que ninguna fuerza logrará contener.

La mariposa romperá su crisálida; las masas no serán convocadas a la lucha bajo la bandera de la burguesía sino bajo sus propias banderas; más allá de los salarios, la cuestión social se resolverá en profundas transformaciones del régimen de producción y de propiedad; el antiimperialismo recurrirá a los métodos revolucionario-populares de organización y de lucha, trasponiendo, de ser preciso, los límites del legalismo burgués, de las instituciones burguesas, de la propiedad privada burguesa. La revolución nacional alcanzará su apogeo bajo la jefatura del proletariado, la clase consecuentemente revolucionaria de la sociedad argentina.

Y esta inversión de la fórmula inicial sólo secundariamente es producto de la investigación teórica, de la prédica de tales o cuales doctrinarios. Aquí la crítica surge de los hechos, y en ellos lee la clase trabajadora y madura su conciencia política.

La experiencia del régimen oligárquico la ratifica en sus propias banderas de lucha, las del 17 de octubre de 1945; sus padecimientos y vejaciones le imponen la necesidad de cambiar radicalmente la situación del país, desplazando a la oligarquía; la meditación sobre el derrumbe de septiembre la empuja a una más acabada comprensión del proceso futuro, de sus fines y de sus métodos de lucha. De la derrota saca el programa que hará posible su victoria perdurable

EL 16 DE SEPTIEMBRE

Disculpe el lector si lo volvemos al destartalado nacionalismo oligárquico. Destartalado quedó, luego que las masas irrumpieron en la escena argentina con la huelga general de octubre del 45. EL viejo equipo juniano no estaba hecho para esos trotes y comenzó la crisis nuevamente. Un sector se escindió a poco andar, y dio comienzo a la conspiración: las masas en las calles eran el comunismo en potencia. Los pálidos arrestos de antiimperialismo se eclipsaron ante la visión apocalíptica. Otro sector se aferró a la vieja forma en las nuevas condiciones históricas: convertido en extrema derecha del peronismo reforzó sus elementos burgueses y reaccionarios. Mientras los obreros organizaban sindicatos, ellos silabeaban a santo Tomás de Aquino desde la cátedra y la prensa. Poco a poco creció el número de aquellos que pensaban no ser incompatibles ambas actitudes: la oficial y la conspirativa. A esta última convergía el nacionalismo oligárquico aceleradamente. Hacia 1949 el

Pbro. Menvielle dio la voz de alarma desde "Presencia": el peronismo se hacía "materialista" contenía el germen del poder obrero. Poco después estallaba el motín militar del 28 de septiembre, primer ensayo de bloque "nacionalista"- "liberal". La proclama de Punta del Indio denunciaba el copamiento de la C.G.T. por... ¡¡elementos comunistas!!

La semicrisis de 1952, aunque remontada con medidas de emergencia, es el punto de arranque del debilitamiento peronista en el poder. Cesaban las condiciones de posguerra, enteramente excepcionales, que habían permitido una revolución incruenta, con altos salarios y mejores ganancias, equilibrio entre clases antagónicas, apreciables reajustes en la distribución de la renta nacional sin afectar las formas fundamentales de la propiedad.

La crisis estalló, sin embargo, en el terreno de la superestructura ideológica. El círculo vicioso en el que se debatía el gobierno peronista era la consecuencia de su base obrera y de la formulación burguesa del problema nacional. El antagonismo cristalizó en burocracia, muro de contención, asfixia contrarrevolucionaria. Bajo el impacto de la presión imperialista, la tentativa de frenar el movimiento en determinada etapa ponía en tela de juicio su suerte total. Considerado en un sentido histórico amplio, más allá de los móviles y circunstancias particulares cuyo juicio queda reservado al tiempo, el conflicto con la Iglesia ponía de manifiesto una de las contradicciones sustanciales del peronismo: pues la Iglesia y sus hombres habían impuesto su sello sobre la ideología del movimiento, y estaban en él para santificar sus límites burgueses, dejándolo a ciegas en cuanto a programa y educación política de las masas. No obstante, estas masas eran las únicas capaces de superar el estancamiento, para lo cual necesitaban la orientación revolucionaria consecuente que le negaban las derechas y que sólo podía venir de la izquierda nacional. La lucha contra la Iglesia -gendarme moral del capitalismo y uno de los términos del pacto Washington-Vaticano-- era el primer paso de la revolución ideológica; y ésta, el precedente de la revolución práctica. Por eso los hombres de la nueva izquierda nacional ocuparon la primera línea en el combate.

Los septembrinos del 30, los fracasados del 43, volvieron a dar la espalda al pueblo, mientras la jerarquía eclesiástica se convertía en eje de la contrarrevolución. Socialistas, comunistas, liberales, ateos y masones, se enternecieron de pronto por la "persecución" religiosa. La Unión Democrática olvidó que la separación Iglesia-Estado era su dogma y se hizo clerical. Los clericales se convirtieron, a su vez a la fe democrática. Las viudas de Hitler se desposaban en segundas nupcias con el bondadoso Tío Sam.

Como en el 30, tras este frente de nacionalistas, partidos tradicionales, jóvenes del barrio Norte y pequeño-burgueses desorientados, estaban la oligarquía y su padrino, el imperialismo angloyanqui. Quien no lo entienda, tampoco comprenderá por qué Frondizi y los nacionalistas oligárquicos se debaten como parias en el llano, después que éstos nos obsequiaron a míster Présbish, que es como decir, las siete plagas de Egipto en un solo experto económico verdadero (17). Es el precio que pagan los que practican una política de enajenación. Pusieron la espalda para que otros subieran, y a nadie extraña si, cumplido el papel de opositores demagógicos al régimen popular, la clase oligárquica los despidió de mal modo, sin pagarles ni una miserable indemnización.

NI VENCEDORES NI VENCIDOS

La analogía entre los dos septiembreros es demasiado clara como para subrayarla y particularmente en lo que se refiere al papel jugado por la fracción nacionalista oligárquica. En ambos casos encabezó la lucha armada contra el gobierno constitucional, para ser a su vez desplazada por los partidos que representan a la oligarquía.

Ya desde el poder, el general Lonardi proclamó la consigna "ni vencedores ni vencidos", que a partir del 13 de noviembre constituye la principal bandera de los "nacionalistas" en la oposición. Esta invitación amable a la concordia universal no puede juzgarse con prescindencia del plan económico que paralelamente se ponía en práctica y que tornaba ilusoria cualquier intento de equilibrar los intereses de clase (18).

"La revolución de septiembre de 1955 --es Amadeo quien lo dice-- no fue solamente un movimiento en que un partido derrotó a su rival o en que una fracción de las fuerzas armadas venció a la contraria, sino que fue una revolución en que una clase social impuso su criterio sobre otra". Por pudor septembrino calla Amadeo el nombre de los protagonistas, pero es fácil inferir su pensamiento de párrafos como los que sigue

"El pueblo sabe bien, o intuye, que tras los abusos del régimen anterior --abusos que muchos dentro de él mismo condenaban-- se estaba plasmando una nueva realidad, y que esa realidad respondía, en lo fundamental, a sus aspiraciones. Pero si oye decir que los últimos diez años han traído miseria, deshonor y vergüenza, no le creerá, pues es afirmarle una cosa que, para él, está desmentida por los hechos"... "Detrás de esta fachada ficticia de escenografía teatral y moviéndose dentro de sus mismos cuadros, comenzó a desarrollarse en el país una conciencia sindical mucho más vigorosa y efectiva de lo que había sido en las épocas del llamado "sindicalismo libre". Es cierto que ella se forjó a la sombra del peronismo, porque ser peronista para un obrero de los últimos años era un valor tan entendido como ser católico para un español de la época de Felipe II. Pero, mucho cuidado con creer que por que ese movimiento se forjó a la vera del régimen, era artificial y dependía de él. El hecho es que el movimiento sindical tiene ya entidad propia: podrá ser sofocado pero jamás ser destruido. Pocos advierten, en las llamadas clases "altas", el grado de madurez política, la lúcida percepción de los hechos, la inquebrantable decisión de defender sus prerrogativas que anima a ese nuevo proletariado"... "Perón... fue mucho más medium que conductor de masas, exacerbó un problema que nos es común en toda Hispanoamérica: el divorcio del pueblo, con las clases dirigentes".

Estas líneas, no desprovistas de realismo político, tema sobre el cual volveremos, pueden resumirse de la siguiente manera: El golpe militar del 16 de septiembre rompió el equilibrio social instaurado por el peronismo, en perjuicio del pueblo y en beneficio de las clases "altas", también llamadas "clases dirigentes.

Esto significa reconocer que la crisis, argentina sólo secundariamente es una crisis política. O mejor dicho, que la crisis política es un derivado de la crisis social. La oligarquía no ha fraguado un complot para renunciar a los "derechos" de su victoria. El plan económico Prébisch asesta un golpe

a la industria y al nivel de vida y plena ocupación, en beneficio, no por cierto del peón rural y el chacarero, sino del imperialismo y de la clase terrateniente, cuya renta parasitaria se recompone de golpe a costa de las ciudades y del ingreso neto nacional. La descapitalización y hambreamiento del país no puede imponerse sino a través de la dictadura oligárquica, de la proscripción de las tendencias mayoritarias, del fraude y la violencia en los sindicatos. De lo que se deduce, dicho sea de paso, que no fue Perón quien exacerbó el divorcio del pueblo con las clases "dirigentes", sino que éstas, en necesaria función de explotadoras y entreguistas están enseñando al pueblo el camino de la rebelión social. ¿Y Amadeo? Amadeo y su tendencia aconsejan a las clases "dirigentes" sobre cómo remediar el divorcio con el pueblo, vale decir, cómo seguir explotándolo y teniéndolo contento con ciertas concesiones.

La fórmula "ni vencedores ni vencidos" hubiera producido un apaciguamiento psicológico, y quizás una reconciliación entre adversarios, si las divergencias políticas no ocultaran irreductibles antagonismos de clase. En la noche del 12/11 de 1955 la disyuntiva era clara: o eliminar el poder oligárquico entronizado en las jornadas septembrinas, o intervenir la Central Obrera cumpliendo el objetivo básico de las clases dirigentes. El discurso de Lonardi negándose a firmar la intervención selló la suerte de su gobierno, que ubicado entre dos fuegos del país real tenía indefectiblemente que caer.

El "ni vencedores ni vencidos" pasó a ser bandera de oposición política. Bien entendido que desde la oposición nadie está obligado a consecuencia entre premisas y conclusiones. Argumentar contradictoriamente no es el menor de los derechos democráticos. Pero si de algo sirve la experiencia es para comprender que en esta lucha por el futuro argentino la fórmula del empate condena a la pérdida del poder político o a la traición de las promesas, que es lo que le sucederá al nacionalismo oligárquico si la mala suerte lo pone en situación de practicar remedios políticos para resolver crisis sociales en que las exigencias del privilegio se dan de puntapiés con los derechos económicos de las masas populares.

¿EQUILIBRAR LAS CLASES O SUPRIMIR LA EXPLOTACIÓN?

Los opositores septembrinos aceptan la premisa: el golpe del 16. sin aceptar su corolario: la dictadura oligárquica. Ello los autoriza a aferrarse a la panacea del "ni vencedores ni vencidos" que es fórmula de curanderos políticos.

Acaso un defensor de "Azul y Blanco" pida la palabra y diga que la fórmula sólo en la superficie es política y que involucra el conjunto de la situación. Desdichada salvedad. Como veremos.

Todos los matices del pensamiento burgués coinciden en esto: la interpretación materialista de la historia "desconoce" los valores "espirituales" al postular que la conducta está sometida al factor económico.

Semejantes disquisiciones son el regocijo teórico de las clases "dirigentes", y aquí no hay

nacionalismo ni liberalismo que establezcan divergencias. En realidad el marxismo todo lo que sostiene es el carácter objetivo del medio social, movido por leyes propias a las que hay que someterse para poder dominarlas, del mismo modo que el hombre se libera de la naturaleza cuando abandona el animismo para estudiarla científicamente. ¿Cuáles son esas leyes? La de la lucha de clases, expresión social del conflicto entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción; la del valor, que permite comprender la esencia de la economía capitalista y el porqué de su crisis, que estamos presenciando; la del Estado. Como expresión política de las clases dominantes; la del imperialismo, estadio final del sistema capitalista; la de la formación de las nacionalidades, como etapa histórica vinculada a las formas burguesas de producción, etc. El marxismo no niega el papel de la voluntad individual, sino que lo realza con su teoría del partido proletario expresión consciente de los trabajadores organizados. En realidad la acusación debe volverse por pasiva. Porque el determinismo económico negador de la libertad creadora, pertenece por entero a nuestros adversarios.

Tomo "La Nación", vocero de la oligarquía liberal, y leo (19-octubre-56): "No olvidemos que las restricciones a la libertad económica llevan naturalmente (sic) a la limitación de la libertad política". Y es notorio que para el nacionalismo católico la propiedad socialista de los medios de producción y de cambio está en relación de infierno a cielo con la bienaventuranza eterna, con lo que Lenin vendría a ser, técnicamente hablando, el anunciado Anticristo. En este punto son ellos obedientes discípulos del Papa: " Ahí está manifiesta Pío XII- (en el derecho a la propiedad privada) el punto central, el foco alrededor del cual, por la fuerza de las cosas (sic), gravitan vuestros trabajos.. El reconocimiento de este derecho se mantiene firme o se desploma con el reconocimiento de la dignidad personal del hombre... que ha recibido de Dios... ¡Ojalá no veamos el día en que, sobre este punto, una ruptura definitiva llegara a separar los pueblos! ...En ese mismo instante, uno de los pilares maestros que han sostenido durante tantos siglos el edificio de nuestra civilización y de nuestra unidad occidental, cedería, y, como los de los templos antiguos, quedaría yaciendo bajo las ruinas amontonadas por su caída". Según esto, los hombres están tan ciegamente esclavizados a las condiciones económicas, que no es posible abolir la propiedad privada sin condenar el alma y perder la libertad. No es posible arreglar como mejor plazca las condiciones de producción y distribución, que esos cambios en el vil cuerpo económico acarrearán una catástrofe ética.

Es más que sospechoso este intento de convertir a la propiedad burguesa en comadrona de los goces celestiales. ¿Adónde ha ido a parar el "libre albedrío"? ¿Adónde la condenación del "determinismo económico" marxista?

Esta asombrosa contradicción corrobora las previsiones del materialismo histórico, pues inexplicable en el campo lógico, se torna coherente al preguntamos quién sale beneficiado con el disparate: precisamente los que lo esgrimen, que necesitan santificar "su" propiedad y lanzar anatemas contra el solo pensamiento de expropiarla y limitarla en bien del común.

Lógico es que los demiurgos de la burguesía divinicen a esta clase, confiriéndole el primero de los atributos de Dios: la eternidad y que en consecuencia la cuestión social se limite a barajar de una u

otra manera los mismos elementos ya dados, y una de dos: o las clases explotadoras "oprimen" al pueblo --y entonces estamos en el Purgatorio del 13 de noviembre-- o no lo oprimen (!), y entonces planeamos en el edén amadeista.

Pero esta última alternativa, en lo que tuvo de viable, la agotó el peronismo, gracias a una excepcional coyuntura post-bélica que permitió un equilibrio transitorio, sin afectar las formas básicas de la propiedad terrateniente y burguesa. Ahora bien, el peronismo cayó, precisamente, porque quiso prolongar el equilibrio más allá del tiempo posible, más allá del momento en que los saldos de divisas operaron como lubricante del antagonismo social.

El camino estaba trazado: o avanzar expropiando a la oligarquía o dejarse expropiar por ella, y sucedió esto último. Ahora los nacionalistas septembrinos quieren reeditar la empresa, naturalmente que sin el apoyo de las masas, sin las divisas... y sin Perón. Pero, precisamente, porque atravesamos una crisis social, no hay término medio posible entre la victoria revolucionaria de las masas y alguna de las formas de la dictadura oligárquica.

Otro sería el cantar si, el capitalismo se encontrara en expansión histórica, pues nada impediría entonces que el desarrollo y permanencia de ese régimen se acompañara de un mejor nivel económico para las clases explotadas.

Pero ocurre al revés. Sobre el tema "crisis del capitalismo" nada pueden decirnos los teóricos nacionalistas, ya que ("Rerum novarum") la propiedad es divina, lo divino es eterno, y lo eterno no puede entrar en crisis. ¿La propiedad solamente? La propiedad y todo su séquito de desigualdad social, explotación económica y despotismo político.

QUI RESISTIT POTESTATI, DEI ORDINATIONI RESISTIT

Fue Santo Tomás quien advirtió a los explotadores que no basta un tanque para imponer una dominación:

"El miedo (a la violencia) es un apoyo muy flaco; y los que por temor se someten, cuando se les presenta la ocasión de quedar impunes, se rebelan con tanto ardor cuanto mayor fue la sumisión que les había impuesto el temor". (De Regim Princ. 1.I, c. 10). Más explícito fue León XIII, al fijar el papel de la Iglesia como sostén espiritual de la burguesía: "Nunca tendrá ese brillo y solidez el poder de los gobernantes, mientras no se reconozca a Dios como su augusto y santísimo principio" (Diuturnum illud, 14). A la clase trabajadora, que lucha por mejorar su nivel de vida, le recuerda: "La codicia de los bienes presentes... es la raíz de todos los males... ". Y tras dolerse de que "el ardiente deseo de felicidad se ha limitado a las satisfacciones de la vida presente", pues ya no bastan "las recompensas y las penas eternas de la vida futura", procura conformar a los humildes con "el ejemplo de Cristo, que siendo rico se hizo pobre por nosotros (y) llamó bienaventurados a los pobres y les prometió los bienes de la eterna felicidad" (Quod apostolici muneris, 4, 6, 16). Si alguno se duele de la desigualdad social, adoctrina el Santo Padre: "De la misma manera que en los

reinos celestes... y que en su Iglesia... así también (Dios) dispuso que en la sociedad civil hubiese muchos órdenes diferentes en dignidad, derechos y poder... unos más elevados que otros" (ibidem, 11) y "que la Iglesia reconoce como más útil y conveniente la desigualdad entre los hombres... aun en la posesión de bienes materiales". Si a algún pobre mortal, por ventura, se le ocurre discutir el derecho de propiedad privada sobre los medios de producción, si se atreve a sostener que ese régimen resulta expoliador y antieconómico y que es más justa la propiedad colectiva. Su Santidad pierde toda beatitud apostólica e increpa: "peste mortal", "nombre casi bárbaro", "plaga", "monstruoso", "casi macabro". Algo más sereno, retórnale la gracia del Espíritu Santo y adoctrina nuevamente: "El hurto y la rapiña fueron prohibidos por Dios, autor y vindicador de todo derecho, hasta el punto de no ser lícito ni aún desear lo ajeno, y de que los ladrones no menos que los adúlteros e idólatras, sean excluidos del reino de los cielos".

"Ladrones, adúlteros, idólatras". ¿Quiénes? ¿Los parásitos explotadores, los cortadores de cupones, los terratenientes y agiotistas? No: la clase obrera que lucha por un orden social sin explotación clasista. No era ése el lenguaje de Jesús, quien guardaba sus apóstrofes para los ricos y los fariseos. "¡Mas ay de vosotros los ricos, porque tenéis vuestro consuelo! ¡ Ay de vosotros los que estáis hartos, porque tendréis hambre! ¡ Ay de vosotros los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis!" (San Lucas, VI, 24-25). Pero Jesús era un revolucionario. Aunque pretenda la Iglesia inculcar a los oprimidos la moral de la resignación (20) y diga con San Pablo: "Todo poder viene de Dios; los que existen, Dios los ha establecido; por lo tanto, quien a ello se resistiese resiste las, Órdenes de Dios"; aunque León XIII, glosando tales palabras afirmara que "los primeros cristianos nos han dado... admirables ejemplos; atormentados por los emperadores paganos jamás llegaron a negarles la obediencia y la sumisión debidas (ni a alentar) ningún pensamiento de resistencia", muy otra era, como se ve, la moral de Jesús: " ¿Pensáis que soy venido a poner paz en la tierra? Os digo que no, sino división. Porque de aquí en adelante estarán cinco en una casa divididos: Los tres estarán contra los dos y los dos contra los tres. Estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra su padre: la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra".

Quedan en los Evangelios (escritos más de un siglo después que cristo viviera y sin pretensiones de verdad histórica) residuos de la ideología revolucionaria del Mesías, que fue probablemente, como lo ha probado Kautsky en sus "Orígenes del cristianismo", un insurrecto derrotado por Pilatos y ejecutado después. La ideología primitiva se transformó en pasiva moral de la no-violencia al extenderse por el Imperio, manteniendo no obstante su carácter "proletario". Las dos versiones del Sermón de la Montaña dan indicios del siguiente cambio: "Dichosos los pobres -dice la primera- porque de ellos será el reino de los cielos". "Dichosos los pobres de espíritu" -manifiesta la segunda- transformando la precisa afirmación anterior en insensata apología de la estupidez. Es que, para esa época, ya era el cristianismo religión de ricos y poco faltaba para que se convirtiera en credo oficial del Imperio Romano. De entonces hasta aquí, ha ligado su suerte y su medro, no a la defensa de los humildes, sino a la del privilegio. Antes de que la burguesía fuera clase dominante, la Iglesia condenó a la burguesía en nombre del pasado feudal. La Revolución Francesa enarboló la bandera del racionalismo, contra el poder despótico del trono apoyado en la nobleza cortesana y en el clero. "Si alguno, bajo pretexto de piedad religiosa, enseñase al esclavo a no estimar a su señor, o a sustraerse a su servicio, o a no servir de buena gana y con toda voluntad, caiga sobre él el

anatema", estableció el Concilio de Gangra, en 324. "No sea permitido a los abades libertar a los esclavos pertenecientes por donación a los monjes", manifestaba en la Edad Media el Concilio de Epaón. No extrañe pues, que en pleno siglo XIX, "un acuerdo del Consejo de la Martinica declarase atea la ley que pusiera en duda la esclavitud; y un presidente de la Corte Real de Guadalupe afirmase que la posesión de los esclavos era la más sagrada de las propiedades". (Héctor Ciccotti, "El ocaso de la esclavitud en el mundo antiguo")

Dentro de uno o dos siglos, parecerá igualmente monstruosa la pretensión de la Iglesia de santificar la esclavitud asalariada, de lanzar anatemas contra la sencilla opinión de que para hacer funcionar una fábrica basta la colaboración entre obreros y técnicos, sin necesidad de que unos y otros alimenten a los parasitarios tenedores de acciones, como hoy lo parece el apoyo de la Iglesia a la propiedad ejercida sobre seres humanos y a la servidumbre feudal.

No ponemos en duda la buena fe de los nacionalistas clericales cuando hacen su bandera de la defensa de los humildes. Pero nos parece de toda evidencia que cuando esa defensa, como ocurre en el mundo moderno, se plantea en términos de destruir un sistema social de explotación, que ya ha entrado en crisis, han de chocar con los preceptos oficiales de la jerarquía católica, tenaz defensora de un orden que se derrumba y no es cosa de los cielos lo que aquí se discute, sino asuntos concretos, de la vida diaria, que se palpan y se tocan.

LA CRISIS DEL CAPITALISMO

Decíamos arriba que sobre el tema del epígrafe nada pueden decirnos los teóricos del nacionalismo oligárquico, ya que se debaten en el infernal círculo vicioso cuyo eje o pilar maestro es el carácter divino de la propiedad privada. Escapa al presente ensayo un tratamiento específico del problema. Bástenos puntualizar dos de los ejemplos posibles.

Según la CEPAL, Estados Unidos retira anualmente, en concepto de amortizaciones e intereses, cien de cada cuarenta dólares que invierte en América Latina. Como no explica nada reducir este implacable drenaje a términos morales, hablando de la rapiña yanqui, hay que concluir que esa rapiña está impuesta por las leyes objetivas del sistema. Estados Unidos, eje del imperialismo mundial, amortigua sus antagonismos internos, cada vez más formidables, entre burguesía y proletariado, subvencionando una clase media ficticia y una aristocracia obrera bien pagada. Estos fondos los obtiene de la explotación colonial: por cada obrero yanqui con auto hay diez latinoamericanos sin zapatos. Pero la tasa descendente de la ganancia, ley central del capitalismo, obliga a acrecentar continuamente la explotación colonial, el saqueo sistemático de los recursos mundiales, y esto, a su vez, engendra la rebelión de los pueblos sometidos, con el resultado de que la crisis se reintroduce en su lugar de origen poniendo las calderas a máxima presión. El militarismo, la campaña antisoviética, las guerras ínter imperialistas, el fascismo y el nazismo, la agresión contra las revoluciones nacionales, no son más que epifenómenos de esta ecuación fundamental. Abra el lector un diario y verá que estos epifenómenos y la causa que los crea ocupan las cuatro quintas partes de la información cablegráfica.

Veamos ahora cómo golpea la estructura social interna de cada país imperialista todo paso concreto en el sentido de la liberación nacional. Egipto ingresa en la historia moderna acaudillado por Nasser y sus coroneles revolucionarios. La primera medida de gran envergadura, la nacionalización del canal de Suez, levanta una tormenta en los círculos imperialistas. Corresponsales dóciles escriben: "La Compañía Universal del Canal Marítimo de Suez, con un beneficio anual de cerca de cien millones de dólares, es una de las empresas más ricas del mundo. La mayor parte de las acciones de la Compañía en Francia son atesoradas como patrimonio sagrado (19) de familia en millares de hogares de medios económicos modestos. ..."

No cabe duda que para la gran burguesía francesa es cuestión de vida o muerte defender a esa clase media a la cual no puede ya alimentar, y que si hoy come es porque no comen los egipcios. Incapaz de absorberla en un orden social productivo, necesita, sin embargo, de ella como muro de contención opuesto al proletariado. La política exterior francesa -como la de los restantes países imperialistas- no responde, pues, a la libre elección de los gobiernos sino a los imperativos de la crisis social interna.

De ahí que las relaciones entre el imperialismo y el mundo colonial no puedan plantearse sino en términos de beligerancia cada vez más aguda, ya que es progresiva la descomposición del sistema capitalista y menor el campo para los acuerdos y las transacciones. A la corta o a la larga, falla por la base todo intento de conciliar el mundo colonial, del que somos parte, con las metrópolis: la lucha debe acabar con la derrota de la dominación imperialista, que es el prelude de la revolución socialista en Europa Occidental y los Estados Unidos.

Del mismo modo, mal puede hablarse de equilibrar las clases argentinas, cuando la inmensa mayoría del pueblo necesita liquidar al imperialismo y una minoría privilegiada, venal y oligárquica actúa como cómplice del saqueo. El conflicto está planteado, no en la cabeza de los "agitadores", ni en los "errores" e "incomprensiones" de los agentes imperialistas (que bien comprenden su misión cuando actúan), sino en las bases mismas de la sociedad en que vivimos, bases que el nacionalismo oligárquico no se toma el trabajo de considerar, porque, prisionero de dogmas supuestamente religiosos. Fraguados " por la jerarquía eclesiástica, está para defenderlas fuera y por encima de toda discusión.

DEMOCRACIA Y ANTIIMPERIALISMO

Vamos a investigar ahora la técnica de una demagogia. El nacionalismo oligárquico de hoy es el nacionalismo oligárquico de ayer, más la demagogia.

No empleamos esta palabra en sentido totalmente despectivo, pues no es demagogo el que quiere: hacen falta condiciones y realismo político. Fuera de los temas fundamentales, la corriente de Amadeo ha revelado una sorprendente dosis de realismo político (20). Al mismo tiempo, gran flexibilidad para adecuarse a las nuevas condiciones históricas y preguntar qué ha ocurrido entre la presidencia de Ortiz y la actualidad. Es evidente que desde la monárquica "Sol y Luna" hasta "Siete días en los gremios" de "Azul y Blanco", corre un cierto trecho, y que los párrafos de Amadeo sobre el balance positivo del sindicalismo peronista pondrían en aprieto a cualquier contradictor

"gorila", fácilmente acostumbrado a juzgar a la C.G.T. por su burocracia.

Este mayor realismo político, la necesidad de sobrevivir en el "struggle for life" desplazando a los partidos (burgueses) tradicionales, la agilidad de adecuación que en ello demuestran, el ser uno de los sectores menos antinacionales del frente septembrino (el otro, Frondizi), les permite pulverizar teóricamente a todas las tendencias de lo que ellos llaman la "izquierda liberal" (desde socialistas hasta radicales unionistas, pasando por demócratas progresistas y demócratas cristianos). Podríamos denominar a esto la faz crítica de la demagogia. Ellos prueban (y no vendremos nosotros a contradecirlos) que nuestros demócratas no aman la democracia ni la libertad, nuestras liberales. Los "nazis" de la víspera descubren la maniobra de los partidos minoritarios para alzarse con el poder por la violencia o el fraude preelectoral. Envían a los sindicalistas "libres" al museo de antigüedades... Y a los más esclarecidos defensores de la libertad de empresa les recuerdan que Estados Unidos y Gran Bretaña fueron proteccionistas mientras echaban las bases de su poderío industrial y no es por cierto espejismo, ni artilugio, ni sofisma dialéctico, ni cosa del diablo, que estos ex nazis estén hoy a la izquierda de los izquierdistas, sean mucho más obreristas que los paladines de la Casa del Pueblo, amen más la democracia que los "democráticos" que se sirven de ella. Lo cual prueba en los hechos, que en una semicolonía como la Argentina, el nacionalismo burgués más reaccionario está cien veces por encima de las corrientes pseudo-liberales por izquierdistas que se finjan.

Puede afirmarse como ley histórica de nuestro desarrollo, que cuanto más consecuentemente nacional es una tendencia política, más democráticos –es decir, más populares-- son sus hechos. La democracia, para la Argentina y los restantes países de América Latina, no es, a menos de falsearse y convertirse en atentado contra el pueblo, mera forma, práctica en sí de tales o cuales postulados jurídicos, sino una función directa de la lucha antiimperialista y antioligárquica. Quien pretenda, como el frondizismo cuando ingresó en la coalición reaccionaria del 16 de Septiembre, ir al antiimperialismo a través de la democracia, termina atado al frente enemigo; traiciona una bandera y la otra. Invierte la ley fundamental del proceso, a saber: que cada avance en la lucha contra el opresor extranjero y sus aliados, crea nuevas libertades efectivas, en el terreno político sindical, económico y cultural. Aún en el frente reaccionario, los sectores menos antinacionales son casi siempre los menos antidemocráticos.

Por supuesto, aquí, democracia no significa la adocenada versión de los hipócritas. Con partidos disueltos, oficialización del subpartidismo, atomización "proporcional", ejecutivo colegiado, independencia de poderes no electivos, federalismo confederal, y, en resumen, todas las beneméritas instituciones ya repudiadas por Rousseau (la soberanía es "indivisible e indelegable") e inventadas por Montesquieu y los constitucionalistas norteamericanos; Para trampear al pueblo, erigir por norma la infidelidad al mandato, y evitar, en una maraña de instituciones capciosas, los peligros de la "ley agraria", "el reparto negro", o, como hoy se dice, el socialismo. No es la democracia tampoco esa atomización inverosímil de la soberanía y el poder políticos (según la fórmula "cuanto más mejor"), que transforma al cuerpo nacional en presa inerme del imperialismo, bastión de situaciones fraudulentas como las que agotaron a Yrigoyen, suma de inconexiones contra la agresión unida, concentrada y perfectamente sincrónica de los enemigos del pueblo.

¿Qué pensaríamos de un militar que postulara la "federalización" del frente, la autonomía de las unidades y los comandos dobles, triples o cuádruples? Pues bien, la lucha contra el imperialismo, aunque se lleve con armas civiles, es una guerra, en la que no descansan la provocación, el soborno. La mentira, la violencia y los proyectiles económicos capaces de hacer saltar murallas invulnerables. La tensión de esa lucha, reflejo de antagonismos exacerbados, impide delimitar fronteras entre la paz y la guerra, y en ambos casos, modificadas, las leyes impulsoras suelen ser las mismas. De ahí que en cada situación grave no puede haber ninguna forma intermedia, ninguna conciliación posible, ninguna reglamentación de las "leyes del juego" entre la dictadura democrática de las masas y la dictadura oligárquico-burguesa del imperialismo.

Si la democracia no puede aislarse como forma en el fragor de una gran batalla social, otro tanto cabe decir de su antítesis lógico: el fascismo. Sin desconocer la variación impuesta por las ideologías, puede afirmarse que en la semicolonial Argentina el fascismo sólo es posible como versión directa de la política imperialista. Por eso hoy los agentes inmediatos del imperialismo, los socialistas a lo Américo Ghioldi, los comandos civiles, los profesionales de la "democracia" (para ellos), usando como fuerza de choque a los sectores reaccionarios de la clase media urbana, son la versión más próxima al fascismo elaborada en la Argentina durante la última década. Los sindicatos verticales, integrados al aparato del Estado, los hemos tenido y aún los tenemos en la C. G. T. de Patrón Laplacette, en las intervenciones gremiales y en "dirigentes" siniestros como Pérez Leirós. ¿Qué es fascismo, en un sentido amplio, sino la dictadura terrorista de una minoría de grandes burgueses contra el pueblo y las masas trabajadoras?

Queda explicado por qué la izquierda cipaya es la extrema derecha, y la derecha del nacionalismo oligárquico la izquierda (junto con Frondizi), dentro del frente de la contrarrevolución septembrina. Estos términos de izquierda y de derecha, tomados del parlamentarismo europeo, oscurecen más que alumbran la realidad argentina, a menos que les demos un significado propio, a saber: izquierda, la posición nacional, cuanto más realista y popular, mejor (21). Pero nos hemos alejado mucho del punto de partida. La demagogia crítica --primera parte-- de los nacionalistas oligárquicos, les permite crecer a expensas de sus adversarios de frente, hundiéndolos, de paso, en el más abominable de los ridículos; coquetear con la burguesía industrial, prometiéndole en competencia con Frondizi los beneficios del peronismo sin sus gastos; y echar tiernas miradas electorales hacia el lado de los obreros a ver si éstos los aceptan como mal menor, por aquello de que en tierra de ciegos el tuerto es rey.

¿Qué pensarán los obreros rosarinos de un presidente tuerto?

UN PRESIDENTE MILITAR

Pasemos ahora a la faz "constructiva" de la demagogia.

En su libro "Ayer-Hoy-Mañana", admite Amadeo que al conocer a Perón, allá por 1944, le sorprendió como cosa rara la tendencia obrerista del entonces coronel. No cabe duda de que toda

pretensión de transformar la lucha contra el imperialismo en bandera de contenido popular jamás había asomado en la cabeza de los atildados nacionalistas.

Pero a doce años de distancia, un intento de desplazar a los liberales oligárquicos en la representación de las clases dirigentes, debe tomar posición ante el problema obrero, clave de toda estrategia política. Puede resumirse la cuestión diciendo que los nacionalistas de "Azul y Blanco" demuestran a la burguesía argentina que sus partidos tradicionales la llevan al descabro; y que ellos conocen el secreto de incorporar el movimiento obrero a la estructura del capitalismo nacional, castrando sus posibilidades revolucionarias. El enunciado de Amadeo, "posición avanzada en materia social y conservadora en el plano ideológico" resume los fines de esta tendencia, aunque conviene traducirla de la siguiente manera para que su sentido se haga transparente: "concesiones a las masas para salvar el privilegio de los explotadores".

Planteos como éste pasan por alto que las concesiones no dependen de la buena voluntad subjetiva sino de las posibilidades reales. En 1956, la situación económica, el contenido de clase del nuevo poder, las exigencias parasitarias de la oligarquía gobernante y su resentimiento ante el solo despertar de la conciencia política del proletariado, restringen considerablemente el campo de las concesiones con respecto a 1945.

Por eso el nacionalismo oligárquico no puede ofrecer a los trabajadores sino una mezquina transacción sobre las bases creadas por el golpe de septiembre, canjeando un bonapartismo burgués de base popular y revolucionaria (el peronismo) por un esquema social rígido de concesiones a cuenta gotas pagadas con la esclavitud cultural a la Iglesia y el desplazamiento de la soberanía del pueblo a los cuarteles.

Aunque el plato ofrecido no es como para despertar el apetito, ellos esperan que aflojando un poco los controles podría organizarse una nueva burocracia en los sindicatos a la que se sumaría lo peor de la vieja burocracia peronista, que sirviera de puente entre las masas domesticadas y la oligarquía gobernante.

A ellos les ha pasado lo que al aprendiz de brujo: liberaron fuerzas que ya no pueden controlar. Todo desplazamiento por la violencia del poder político de un sector social a otro -trátase de una revolución o de una contrarrevolución- tiene su propia lógica de desarrollo, según la cual suben en un primer momento los sectores más moderados, los que intentan un compromiso entre el pasado y el presente, para ser barridos por el ímpetu de los partidos extremos, fuertes porque plantean soluciones tajantes para un conflicto que sólo por la violencia ha podido resolverse. Intentar la transacción les costó el poder, pues era como detenerse a mitad de camino en una pendiente de ochenta grados. Ya en tierra, no han aprendido nada con el golpe y nos proponen nuevas acrobacias.

Así como es mezquino frente a las exigencias de la realidad, el planteamiento de los nacionalistas despliega un generoso utopismo cuando se lo inserta en el acontecer del 16 de septiembre, del que forma parte. Por eso, la flexible actitud que captan los observadores superficiales debe equilibrarse con un triple o cuádruple cordón de seguridad, no sea que la demagogia se les escurra de los dedos y todo acabe en una desastrosa victoria del... "marxismo".

La demagogia y el postulado de una política "flexible" obligan a protestar contra las inhabilitaciones, contra la existencia de presos políticos, contra las payasadas investigadoras.

El equilibrio se restablece, sin embargo, afirmando que la disolución del Peronismo es un hecho revolucionario "Irreversible". De este modo queda abierto el camino para la puja electoral de minorías en que las menos flacas representarán la comedia de gobernar en nombre del pueblo argentino. La protesta contra ciertos excesos oligárquicos sirve aquí para beneficiarse con el peor de los atropellos: la proscripción de aquellas fuerzas, buenas o malas, por las cuales la auténtica mayoría está dispuesta a votar.

Pero puede ocurrir que así y todo cierta blandura en los controles deje filtrar un hálito de voluntad popular. Nada excluye que, a la corta o a la larga, se exteriorice la decisión de cambiar radicalmente el curso de las cosas.

Entonces aparece la segunda línea de defensas: la teoría de la democracia totalitaria. Si se analiza con cuidado, podrá verse que los nacionalistas septembrinos no se consideran democráticos; lo que ellos aman es la "libertad". Si una mayoría, dicen ellos, quita la libertad a una minoría, será democrática por cuanto democracia significa "gobierno de la mayoría"-; pero totalitaria. Corolario: queda para las minorías así avasalladas el derecho de rebelión.

Nuevamente hondas cuestiones sociales se enmascaran con formalismos políticos. Esto puede pasar en las épocas de equilibrio, cuando ninguna fuerza se propone seriamente alterar el régimen económico-social. Pero no cabe duda de que la expropiación de una minoría parásita como la de los grandes terratenientes significa con respecto a ella un paso altamente totalitario, puesto que tiende a su completa liquidación como clase. Tras este nuevo sentido de la libertad (voluntad de la mayoría a condición de que no se "oprima" a la minoría), se esconde el "derecho" a la rebelión de las clases dominantes, si el pueblo, nominalmente soberano, pretende expropiarlas para instaurar un orden social superior.

Pero este "derecho" es ilusorio mientras quede en los papeles. Fracasado el plan demagógico, porque las masas lo rechazan y ensayan su propio camino revolucionario, o porque, adoptado por ellas" es rebasado y roto en sus artificiosas limitaciones, ¿ qué les queda a las clases dominantes sino resignarse a su próximo fin? Nada, salvo la fuerza. El militarismo cumple aquí la función de guardián armado de la burguesía, listo para actuar como "última ratio" en defensa de la sacrosanta propiedad privada.

"No es de extrañar tampoco que los enemigos jurados de las instituciones armadas, las fuerzas propagandistas del desorden y la desintegración social, vengán desarrollando una labor tenaz de destrucción de ese espíritu castrense que, con las convicciones religiosas, es el más duro obstáculo que se opone a su triunfo", dice "Azul y Blanco" en uno de sus editoriales.

Estos señores, como la clase a la que representan, están con las fuerzas armadas, más que para defender al país en su soberanía, para favorecer cierto tipo de organización militar por

consideraciones de política interna: La que permite a la casta de oficiales, instruidos en el más cerrado espíritu burgués, disponer de la fuerza sin el control del pueblo, y, en más de una ocasión, contra el pueblo.

Si a la palabra soberanía popular no ha de dársele un significado vacío, mal se la puede despojar del primero de sus atributos reales: la posibilidad concreta de gobernar sobre las fuerzas armadas, determinando el pueblo, no los técnicos que las dirigen, la oportunidad y el sentido de su actuación. La oligarquía y sus representantes dan por sentado que también el ejército, con su actual jerarquía vertical, sometido a la voluntad omnímoda de sus jefes, es un hecho "irreversible". Es decir, que siempre se está a tiempo de vetar la "ley agraria" salvando los derechos de la minoría mediante el pronunciamiento militar encabezado por quienes han sido educados para agentes de esa minoría.

Por eso, la proposición de Amadeo de que la próxima presidencia sea ejercida por un hombre de las fuerzas armadas no puede sorprender a nadie, en una época de tensiones como la que atravesamos. Ni su fundamentación de que cualquier divergencia entre el poder civil y el mando militar se resolvería a favor de éste en caso contrario.

Es la mano de hierro bajo el enguantado puño: gobierno el pueblo mediante elecciones libres (previa disolución del partido mayoritario); pero cuídese de favorecer la "desintegración social" (es decir, de cambiar el orden existente, las actuales formas de propiedad y relaciones de producción, por otras que satisfagan las necesidades de las masas); porque entonces vendrá el brazo armado de la burguesía a poner las cosas en su lugar, desbaratando la maniobra de los democráticos "totalitarios" y para impedir todo peligro, resígnese a empezar por el final, votando "libremente" por el prefecto de la guardia pretoriana.

¿Cómo es que los restantes partidos "democráticos" no abrazan alborozados a Amadeo, autor de tan genial descubrimiento? Porque los "políticos" tienen también sus aspiraciones: por aferrado que esté al poder, un hombre de las fuerzas armadas puede resignarse a soltarlo, y siempre le quedará el consuelo de cosechar honores en su carrera específica. Pero si un político renuncia a la política, ¿a qué dedica el resto de sus días? Bienvenido el golpe oligárquico si él nos entrega diputaciones sin votos, ministerios con rechiflas, presidencias de bambalinas. Pero entregar el mando a quien no pertenece a la "profesión" es un caso de comercio desleal que sólo puede provocar la indignada protesta de las ratas de bufete.

ligro, resignese a empezar por el final, votando "libremente" por el prefecto de la guardia pretoriana. ¿Cómo es que los restantes partidos "democráticos" no abrazan alborozados a Amadeo, autor de tan genial descubrimiento? Porque los "políticos" tienen también sus aspiraciones: por aferrado que esté al poder, un hombre de las fuerzas armadas puede resignarse a soltarlo, y siempre le quedará el consuelo de cosechar honores en su carrera específica. Pero si un político renuncia a la política, ¿a qué dedica el resto de sus días? Bienvenido el golpe oligárquico si él nos entrega diputaciones sin votos, ministerios con rechiflas, presidencias de bambalinas. Pero entregar el mando a quien no pertenece a la "profesión" es un caso de comercio desleal que sólo puede provocar la indignada protesta de las ratas de bufete.

¿DIOS O SATANAS?

Cicerón: ¿César está con el culpable de la conjura o está contra el culpable?

César: Estoy contra el culpable de la conjura. ¡Es el Estado mismo!

(Salustio, "Conjuración de Catilina")

Pero la pura fuerza, ya lo dijo Santo Tomás, no basta para garantizar la permanencia de un régimen de explotación. Si la demagogia puede operar como válvula de escape, trae en cambio el peligro de dar alas al movimiento popular, produciendo resultados contrarios a los que se buscaban. Entre la estudiada blandura y el puño policial, la ideología juega el papel intermedio de paralizar a las masas convencionales de que su explotación se denomina justicia. En esta tarea la jerarquía eclesiástica ocupa el primer lugar, y a nadie extraña que el nacionalismo católico se esfuerce por imponernos la teocracia demagógico-castrense, y empeñe áspera lucha por el control de

los resortes educativos. No es para ellos una batalla espiritual la que se libre, sino política.

Así lo confiesan cuando afirman, por ejemplo: las instituciones eclesiásticas son el más duro obstáculo que se opone al triunfo de "las fuerzas propagandistas del desorden y la desintegración social". Bien mirada, la frase es un disparate, pues el desorden no está en los "agitadores" sino en las cosas, es decir, en la crisis de un orden: ¿quién sino el capitalismo en descomposición, engendra la violencia, la guerra, el caos y la anarquía? La actividad revolucionaria pone remedio a la decadencia de un sistema dando a la sociedad nuevas instituciones económicas políticas que reconcilien al hombre con sus semejantes y consigo mismo.

Pero no es a la letra de las declaraciones a lo que hay que atender, sino a su espíritu. Si los nacionalistas ansían perpetuar la propiedad burguesa y oligárquica; si ellos conciben la "política obrera" como un modo de castrar al movimiento de las masas imponiéndole la resignación de los esclavos, es lógico que pacten con la Iglesia, vale decir, con la institución que predica el origen divino de la propiedad, la intangible división en clases, la naturaleza sagrada de la explotación económica. La frase arriba transcrita dejaría de ser un disparate si se convirtiese en esta otra: "La Iglesia, con su propaganda ideológica, con su explotación de la ignorancia y del error colectivo, es un baluarte de la propiedad privada, un arma de primer orden contra la revolución social"

Claro que para cumplir tan oscuro papel hay que echar por la borda los últimos restos de seriedad, crítica y de consecuencia teórica. León XIII, ya lo hemos visto, el papa que con "Rerum Novarum" acuñó la doctrina social-cristiana, antes de que Pío XI le diera su novísima forma corporativo-fascista, extrae de las jerarquías celestes imitación para las de este valle de lágrimas, olvidando que aquellas je-

rarquías son, por el contrario, la proyección idealizada de las castas feudales un tiempo defendidas por la Iglesia, gran feudataria ella misma. Pio XII encuentra en la propiedad privada una institución milenaria, verdadera esencia del mundo occidental. Pasa por alto que ese mundo desconoció hasta hace pocos siglos la propiedad privada, y basó todo su sistema económico en la existencia de trabajadores manuales incapaces de poseer y poseerse (los esclavos), o sometidos a una *capitis diminutio* incompatible con la "dignidad humana" que el Sumo Pontífice venera. Más importante todavía es que semejante estratificación jurídica de los grupos humanos —opuesta, no sólo al socialismo sino al régimen burgués de producción— fue santificado por la Iglesia, como hoy lo es ese régimen, cuando ya ha agotado sus posibilidades de progreso histórico.

¿Qué misterio vincula cierto tipo de organización económica con la permanencia de los valores espirituales? Rechacemos en buena hora el carácter "materialista" del marxismo. ¿Qué impide, sin embargo, la adopción de un socialismo católico, por ejemplo? La ley de Dios, el derecho natural, contesta la Iglesia. Oculta, entonces, que ella ha sido la principal violadora de esa ley, de este derecho. ¿Tan pronto han olvidado las primitivas comunidades judeo-cristianas? ¿Las predicaciones de San Juan Crisóstomo? ¿El régimen comunitario de los monasterios, modelo de organización económica medioeval? ¿Las misiones jesuíticas?

Este fariseísmo religioso de las clases dominantes no es patrimonio del siglo veinte ni lo inventó el papado romano. Ya en el primer siglo de nuestra era, afirmaba Polibio de las instituciones romanas:

"En mi juicio la superstición, que en cualquier otro pueblo es repudiable, aquí es la que sostiene al Imperio Romano. Ella tiene tal autoridad e influencia en los asuntos, tanto particulares como del Esta-

do, que toda ponderación es corta. Esto, sin duda, causará admiración a muchos, pero a mi modo de ver está introducido por causa del pueblo. Si fuera posible que un Estado se compusiera de sabios, tal vez no sería necesario semejante instituto; pero como el pueblo es un animal inconsciente, lleno de pasiones desarregladas y en quien domina la ira, la inconsideración, la fuerza y la violencia, es preciso refrenarlo con el temor de las cosas que no ve, y con semejantes ficciones que le horroricen. He aquí por qué a lo que yo alcanzo, no sin motivo ni al aire introdujeron en el pueblo los antiguos estas ideas y opiniones acerca de los dioses y de las penas del infierno, y sería locura e inconsideración que nuestra época las desechase".

A lo que, siglos más tarde, replicaría San Agustín con argumentos que "mutatis mutandi" cuadran a la falange del nacionalismo clerical:

"Así también, los conductores del Estado, hombres no justos, ciertamente, sino más bien diabólicos, en nombre de la religión, persuadían al pueblo de que debían aceptar como verdades lo que ellos sabían que eran mentiras, encadenándolos así más firmemente a esa forma de sociedad para poder subyugarlos y someterlos... (A Séneca) la filosofía lo había hecho libre; pero siendo un distinguido Senador del pueblo romano, debía reverenciar lo que negaba, debía fingir lo que condenaba y adorar lo que despreciaba".

Queda probado, con la autridad de un Padre de la Iglesia, el carácter diabólico, ateo e idolátrico del nacionalismo católico y otras corrientes similares que buscan la sumisión de las masas inculcándoles superstitiosa reverencia hacia los sagrados instrumentos de su esclavitud.

Yerraría, sin embargo, quien explicara la religión como un invento de las clases dominantes introducido en el pueblo. En realidad aquellas clases, en

determinada etapa de su desarrollo histórico, subordinan el espíritu religioso a sus fines. "Las representaciones religiosas" explica Freud... han nacido de la necesidad de defenderse contra la abrumadora prepotencia de la naturaleza, necesidad a la que más tarde se añadió un segundo motivo, el impulso a corregir las penosas imperfecciones de la civilización". ¿En qué sentido, sin embargo, se opera esta corrección? El cristianismo contemporáneo a Jesús, llamaba a la violencia revolucionaria contra el despotismo y prometía la resurrección más o menos inmediata a quienes cayeran en la lucha, el descenso a la tierra del reino de los cielos. El cristianismo eclesiástico, en cambio, ordena el esclavo someterse, a cambio de recompensas ultraterrenas. Busca consolar al oprimido, para impedirle que luche contra las condiciones de su opresión.

¿QUE SE OCULTA TRAS EL ANTICOMUNISMO?

La prueba de fuego de una política es su proyección a la arena mundial. Allí se aguzan sus perfiles, el sentido a veces oculto que la anima. El valor de la "democracia" británica puede engañar a los paseantes de Hyde Park; pero se torna cristalino en las agitadas aguas de Suez. Del mismo modo, la sinceridad nacionalista de Arnadeo y su tendencia, conviene medirla no por su apego a determinadas fórmulas "vernáculos", sino a la luz de sus actitudes concretas frente a América Latina, el imperialismo opresor, las revoluciones coloniales.

Hasta 1945 el nacionalismo oligárquico no presentaba dificultades al respecto. Era partidario de Hitler, de Mussolini, de Franco. Pero ese año se produjo el derrumbe: las esperanzas "igual que golondrinas volaron a otro nido". Aquel nacionalismo que odiaba a Londres y a Washington con la misma fuerza que amaba al nazismo y al fascismo, pronto enterró

a sus muertos y se proclamó parte integrante del mundo occidental. Del sector más virulento convergió al más sólido de la reacción imperialista.

Quien dice Estados Unidos dice América Latina, clave de su poder mundial. Razones geográficas impiden a los yanquis descargar todo el peso de su influencia en Asia y en Europa. Tropezan allí con otros imperialismos no por decadentes menos tenaces. La presencia soviética los obliga a respetar ciertas formas de equilibrio, como la India. Distinto caso es el de América Latina. El aislacionismo, que fue entre ambas guerras la actitud preferente de las altas finanzas yanquis, no terminaba por supuesto en Río Bravo sino en Tierra del Fuego. Era un aislacionismo a lo Monroe.

Pero si existen causas geohistóricas que alejan a América Latina de otras zonas de influencia, colocándola bajo el virtual protectorado estadounidense, no hay que olvidar que cada vez menos la política mundial se define por el juego de la diplomacia o la contienda entre camarillas gobernantes de las grandes potencias. Cuanto más el imperialismo necesita manipular a los hombres como materia colonial, más éstos se tornan rebeldes a la explotación y asumen la voluntad de sus destinos. El destino del Continente es el destino de sus masas populares.

Estados Unidos ensaya aquí las formas clásicas de penetración económica, cultural y política: desde la propaganda hasta los máuseres; desde los agentes nativos hasta los dólares. Pero hay una debilidad latinoamericana que es, correlativamente, la fuerza principal de nuestros opresores. La antigua fábula del león y los toros se renueva en la tragedia de nuestra balcanización. Las palabras de Trotsky resumen el problema: "Estados Unidos basó su grandeza nacional en la unidad de sus Estados. Este mismo país impide hoy que los Estados de Latinoamérica se unificquen. Los civilizadores cierran el paso a los que se

civilizan".

Puesto que la superexplotación produce antagonismos imposibles de resolver sin liquidar sus causas, es decir, la expansión imperialista y el régimen social interno de los Estados Unidos, la diplomacia de Wall Street se ve obligada a contemporizar con los movimientos nacionales que se producen en América Latina, a condición de que éstos renuncien de antemano a todo plan continental, autolimitándose en veinte casilleros ficticios, en veinte impotencias paralelas sin razón histórica. El antiimperialismo de campanario, el "nacionalismo" argentino, chileno, colombiano, son aceptables como mal menor para los amos de las finanzas yanquis, que confían en estrangularlos con los mil métodos de la presión económica fría, la provocación política y el sabotaje interno. Ningún antiimperialismo es consecuente en América Latina si no aborda el problema continental en su conjunto, si en las condiciones modernas que lo tornan materialmente posible e históricamente necesario, no retoma la línea bolivariana de la nación-continente (22), de la unidad federativa de las veinte repúblicas, cuyo fundamento es: comunidad lingüístico-cultural; similitud de problemas internos; el mismo opresor; complementación económica; fuentes históricas comunes.

Nada más dialéctico que el nacimiento de una conciencia nacional. Si, como decía Hegel, la conciencia del ser es la conciencia de la muerte, la conciencia de nuestra comunidad latinoamericana nace de su negación: frente a España absolutista, en la gesta de la independencia; frente al imperialismo extranjero, en los tiempos modernos.

Por eso Estados Unidos, para reforzar la balcanización con argumentos psicológicos, se esfuerza en sustituir el antagonismo real entre las dos Américas por antagonismos ficticios que retardan el desarrollo de nuestra conciencia nacional. Uno de ellos fue, hasta 1945, el antifascismo. Según esto, el Norte

y el Sur debían hacer frente común, olvidando sus "rencillas", para aplastar la amenaza engendrada en el centro de Europa. De nuevo la fábula, esta vez la del león y el cordero. Gozosos la aceptaron los de la vieja izquierda: desde los Frentes Populares, socialistas y comunistas vienen pactando con la burguesía "democrática" contra la burguesía "fascista", con el explotador directo de América Latina contra el explotador hipotético. Aún ciertos jefes del nacionalismo democrático entraron en este juego, como ocurrió con Haya de la Torre cuyo "interamericanismo democrático sin imperio", le costó cinco años de reclusión diplomática y una melancólica ancianidad.

Pero el fascismo no da para mucho en las actuales condiciones históricas; su prolongación posible: democracia contra dictadura, sólo germina en infantes seniles y viejos añejados como nuestros "liberales" burgueses. Es obvio que Estados Unidos se apoyó preferentemente en dictaduras policiales como las de Batista, Pérez Jiménez, Trujillo. Cada vez más lejanos están aquellos tiempos de las oligarquías "ilustradas", que podían guardar ciertas formas mientras entregaban "sus" países al vasallaje extranjero.

Pero no importa: allí donde el fascismo fracasa o se revela insuficiente, cumple a maravillas su papel la nueva cruzada del anticomunismo.

La Unión Soviética no nos amenaza.

Estados Unidos e Inglaterra siguen siendo nuestros opresores fundamentales.

Como ayer el "antifascismo", el anticomunismo de hoy suplanta un mal concreto por un peligro hipotético; un antagonismo real, que al enfrentarlo define nuestro destino, por otro ficticio tras el que volvemos a enajenarnos, a mistificar nuestro ser, a relegarnos en la nada.

La solidaridad de un revolucionario con todo aquel que es víctima de una explotación, de una injusticia, de una violencia, es deber fundamental que

no puede discutirse sin falsear todo el sentido de la lucha. Los "revolucionarios" que denuncian a Francia en Atrica del Norte pero defienden la masacre de las tropas soviéticas contra el heroico, admirable y martirizado proletariado de Hungría, son los mismos que en el 45 militaban en la Unión Democrática, y diez años más tarde saludaban la "libertad".

Pero no bastan las declaraciones solidarias para juzgar una política. Hay que responder concretamente a estas dos preguntas: ¿entre el imperialismo yanqui y la burocracia soviética, cuál es el opresor fundamental de América Latina? ¿La relación entre ambos regimenes, en qué sentido tiende a modificarse, cómo evoluciona cada uno?

A lo primero se responde —si hay buena fe— con una palabra: Estados Unidos. A lo segundo, con el examen de la naturaleza social del imperialismo, por un lado, de la Unión Soviética, por el otro. Concretamente: ¿puede el estamento social dominante en la U R S S, la burocracia del Estado, convertirse en dueña del mundo, extender sobre los cinco continentes la explotación político-económica que hoy soportan las masas soviéticas?

Busquemos la respuesta en los hechos: Yugo-eslavía, Hungría, Polonia, y en otro sentido China, ponen de manifiesto que la burocracia soviética no es capaz de establecer un firme bloque de países sometidos. El poder mundial de la burguesía era sólido en la medida en que esta clase representó, hasta cierta etapa de su evolución, que se cierra definitivamente con la primera guerra imperialista, un formidable factor de progreso histórico. La burguesía industrializó el mundo, creó la gran industria, echó las bases técnicas para liberar al hombre del imperio de la naturaleza.

La burocracia soviética responde a causas históricas por entero diferentes: nace de una revolución, pero negándola. El derrocamiento del zarismo, la ex-

propiación de terratenientes y capitalistas como resultado de la rebelión obrero-campesina de Octubre de 1917, creó en Rusia formas sociales superiores a las del capitalismo. Pero esas formas (economía de Estado; monopolio del comercio exterior; democracia revolucionaria de las masas a través de los Consejos de Obreros y Campesinos) entraron en contradicción con el atraso económico y cultural de Rusia, con el predominio aplastante de los elementos no proletarios de origen campesinos y pequeño-burgués, con la penuria técnica y la pobreza heredadas, al quedar aislada Rusia y sometida a implacable cerco capitalista, después que en el resto de Europa las revoluciones fueron derrotadas. Esta contradicción entre socialismo y barbarie cuajó en la burocracia, vale decir, en un estamento dominante que sin romper las nuevas formas creadas por la revolución de Octubre, realiza dentro de ellas la expropiación política del proletariado; impone un retorno, si no a las instituciones, por lo menos al espíritu de la vieja sociedad de clases, restaura en provecho propio la desigualdad, el supertrabajo, la violencia policial. Pero esta función de la burocracia, que la inhabilitó para erigirse en conductora de una revolución mundial contra el capitalismo, con el cual pactó, condenando a las masas a reiterados desastres que apretaron el cerco antisoviético, esta función, decimos, no expresa una necesidad general del desarrollo histórico, sino determinadas circunstancias que no pueden abstraerse de sus condicionantes reales: el aislamiento de una revolución proletaria en un país atrasado, rodeada por el cerco del imperialismo mundial. Pese a cuantos creen que el antagonismo decisivo de la época se denomina Washington-Mosú (y en esto coinciden "comunistas" y anticomunistas) la burocracia soviética es un subproducto histórico del régimen imperialista.

La burocracia, decía Trotsky, vacila entre dos

abismos:

El triunfo revolucionario en los países avanzados, o por lo menos, la extensión de la revolución victoriosa a otras áreas del planeta, destruye sus condiciones de existencia, torna imposible su dominación. Por eso ha traicionado al movimiento revolucionario, entregándolo siempre a alguna fracción de la burguesía. Tito y Mao Tse Tung, para tomar el poder, tuvieron que elegir entre la obediencia a Moscú y el camino que les trazaban las masas.

La restauración capitalista en la Unión Soviética, por otra parte, destruiría las bases del privilegio burocrático, al liquidar la propiedad de Estados que, vaciada de contenido popular, es la fuente de su poder.

Pero no es posible eludir el conflicto histórico fundamental entre las burguesías y las masas, entre el imperialismo y las revoluciones coloniales, entre el régimen capitalista de explotación y el socialismo. Este conflicto se resuelve, o en un improbable triunfo imperialista, es decir, en la crónica declinación hacia el caos; o en el triunfo de las masas. Ambas perspectivas entrañan el fin del poder burocrático.

Este poder, al terminar la guerra, efectuó un intento de supervivencia condenado de antemano al fracaso: extender el régimen en frío, absorber estructuralmente —sin revolución popular— los países del Oriente europeo a las condiciones vigentes en la U.R.S.S. Chocó con dos impedimentos decisivos: el conflicto nacional creado y la superioridad de los niveles culturales y técnicos. El régimen interno de la Unión Soviética no es exportable. Y aún más: sea por la vía revolucionaria (China, Yugoslavia) o por la ocupación militar (cortina de hierro) toda extensión del área no capitalista debilita automáticamente el foco burocrático, aproxima la hora de la segunda revolución del proletariado ruso.

De esto es el imperialismo el último en benefi-

ciarse: las masas no salen a la lucha para devolver sus fábricas a los burgueses, para canjear una opresión por otra, sino para restituir al socialismo su verdadera faz, como instrumento de liberación económica, cultural y política.

Los métodos terroristas y bárbaros de la burocracia soviética, no expresan por cierto su estabilidad, sino el difícil equilibrio sobre el cual se sustenta. La descarnada violencia de que se sirve para suprimir sus contradicciones internas y su falta de viabilidad histórica, engendra la insurrección política de las masas. Pero esa insurrección no es un paso atrás hacia el capitalismo, sino un paso adelante, hacia el socialismo. Si el aplastamiento del proletariado alemán en 1924, la derrota inglesa en 1926, el exterminio de la revolución china en 1928, el ascenso de Hitler, la tragedia de España, etc., fortalecieron simultáneamente al fascismo europeo, al imperialismo yanqui y a la burocracia stalinista de la U.R.S.S., las victorias en China, Yugoslavia, Indochina, Polonia — y aún la transitoria derrota padecida en Hungría— son otros tantos jalones de la revolución mundial. Nada esperen de ellas los apóstoles del pasado ni los fraudulentos emisarios de un mentido comunismo.

Por consiguiente, la pretensión imperialista de presentar al régimen soviético como una consecuencia más o menos inevitable de la práctica socialista; y como un imperialismo orgánico, es decir, como un poder capaz de extenderse y consolidarse más allá de sus fronteras nacionales, es una maniobra de diversión destinada a disimular "al enemigo", como dice Amadeo que dice Karl Schmidt.

Ni en la actual coyuntura, ni conforme a las leyes de desarrollo del imperialismo yanqui por un lado y de la sociedad soviética por el otro, es la burocracia de Moscú "el enemigo" de América Latina. Los que se basan en el dilema "comunismo" —anticomunismo; los que adhieren a Estados Unidos considerán-

dolo el "mal menor", crean fantasmas para disminuir la entrega. Lucharemos contra el "comunismo", es decir contra su caricatura policial encarnada en la burocracia soviética, acelerando nuestra lucha contra el imperialismo. Todo triunfo de las masas, en cualquier parte del mundo, debilita objetivamente, no sólo al imperialismo sino también a aquella burocracia; acerca la hora de la revolución política del proletariado ruso, que convertirá su actual cárcel en país de auténtico socialismo.

LATINOAMERICA VERSUS HISPANOAMERICA

Hasta el fin de la guerra el "hispanoamericanismo" de los nacionalistas católicos fue la fórmula con que se pretendió unir a veinte oligarquías de encomenderos blancos, educados en la tradición del absolutismo español, al "nuevo orden" que impondrían al mundo las armas del Eje.)

El plan iba dirigido, no solamente contra uno de los grupos imperialistas, el de los bandidos "democráticos", sino contra las propias masas latinoamericanas, que sólo explotación y violencia podían esperar de los autoritarios adalides del fascismo.)

No obstante, fue Estados Unidos quien se alzó con las riendas del capitalismo mundial. El anticomunismo reemplazó a la lucha antifascista, como coyunda entre opresores y oprimidos para una nueva cruzada contra molinos de viento.

Si varió la sustancia no variaron los fines; ni, por supuesto, la forma, que continuó siendo el panamericanismo. La originalidad del nacionalismo católico, en esta nueva etapa caracterizada por su alianza con el enemigo de ayer, consiste en que adhiere al ideal panamericano combatiéndolo verbalmente.

Nada de mistificación liberal sobre hermandad entre las dos Américas. Económica, cultural y polí-

ticamente, en espíritu, lengua y tradiciones, son entidades distintas y hasta antagonicas. Llama la América Española integrarse en una gran federación política. Pero mucho cuidado con explotar el "resaca-miento" antilyanqui: como quieren los perfitos marxistas Hispanoamérica unida es un signo de primer orden para Estados Unidos y su cruzada occidental contra Oriente comunista. Anarquizada, en cambio representa un apoyo ficticio, contradictorio y débil.

Concedemos a Amadeo que si Estados Unidos tuviera libertad de renunciar a un control absoluto sobre su zona vital de influencia; si sus clases dominantes pudieran mantener los privilegios burgueses en el ámbito de sus fronteras sin recurrir a la explotación colonial, quizás admitirían que un nuevo gran Estado englobase a las veinte repúblicas de América Latina. Pero eso es ignorar el ABC de la cuestión nacional en nuestra época: ningún país imperialista puede renunciar a su zona de influencia sin desatar contradicciones internas que den por tierra con el conjunto de su economía burguesa. Ahora bien, el instrumento principal del dominio y la explotación yanqui sobre América Latina, es la disolución de nuestro continente en una nube de soberanías raquíticas. Plantear la unidad latinoamericana sin conflicto con el enemigo directo —antes bien, en alianza con él— es como defender la integridad física de los ratones en una asamblea de gatos famélicos.

Las oligarquías parasitarias miran hacia Estados Unidos, no porque preocupe Moscú sino en resguardo de sus privilegios económicos. Saben que los yanquis se han convertido en defensores de la explotación feudal y burguesa allí donde se encuentre. La revolución popular por la unidad de América Latina es una lucha simultánea contra el opresor extranjero y sus agentes internos. No irán las masas a estructurar nuevas formas políticas para dejar intactos los

intereses económicos de terratenientes, burócratas, grandes comerciantes o inversores extranjeros. La lucha por la tierra, el control obrero, la planificación económica y un auténtico gobierno popular es el motor histórico de la unidad continental. Mal pueden aquellos que ya han tomado partido a favor de estructuras arcaicas y reaccionarias cumplir en frío una tarea que por los antagonismos que suscita y las dificultades que enfrenta no admite que se la trate con métodos legalistas y ausencia de impulso popular. Sólo en las masas desposeídas, en su presencia rectora, en su batallar revolucionario, está la fuerza histórica capaz de romper la asfixia de nuestro atraso, de nuestra fragmentación y de nuestro vasallaje.

LA FAMOSA CULTURA OCCIDENTAL

Hemos visto que al admitir la tesis imperialista de que el comunismo soviético es el peor enemigo, los nacionalistas católicos falsean la auténtica perspectiva de la unidad latinoamericana, convirtiéndola en caricatura de las tendencias que pugnan por fender a los pueblos de nuestro Continente.

Un examen más detenido de la cuestión nos lleva a otro interesante hallazgo. Para el nacionalismo católico, el régimen soviético no tiene un significado absoluto, sino que juega en función del conflicto general entre Oriente y Occidente. Oriente son, no solamente los países de la órbita soviética, sino el conjunto de pueblos de color, que pugnan por sacudirse el yugo colonial impuesto por Occidente blanco. No podía faltar en esta antítesis de apariencias raciales el supremo disfraz religioso. Piadosas meditaciones, por ejemplo, suscita en Amadeo el peligro de que Goa sea incorporada a la nación india: la tumba de San Francisco Javier quedaría en ese caso en manos de infieles. Para quien contraste la nega-

tiva del gobierno de Nueva Delhi de resolver "manu militari" una cuestión servida en bandeja, con la cristiana historia de los piratas portugueses en las cinco partes del mundo, semejante planteamiento sólo sonrisas puede provocar. Un historiador católico —Enrique de Gandía— afirma que en menos de cinco años los conquistadores portugueses dieron muerte a trescientos mil indígenas paraguayos, a principios del s. XVI. Este es el trasfondo verdadero de la famosa civilización occidental, cristianísima y cultísima mientras no se trate de saquear en masa a pueblos indefensos, caídos bajo el cuchillo de sus aprovechados educadores.

No obstante, y a pesar del asombro que semejantes ideas pueden provocar en pleno siglo XX, es un acierto de los nacionalistas católicos reconocer la naturaleza fundamental del conflicto entre el oriente colonial y el occidente imperialista, conflicto que subordina a los restantes, entre ellos el de E.E.U.U. y la U.R.S.S. Menos beneplácito merece la elección de nuestros nacionalistas, para quienes América Latina es un engranaje del mundo "blanco", no obstante que las tres cuartas partes de sus habitantes son indios, mestizos y negros, y que socialmente considerado nuestro continente soporta una situación semicolonial semejante a la de los pueblos sometidos de Asia, Africa y Oceanía.

Así considerado, el anticomunismo de Amadeo y los suyos ha de entenderse como hostilidad general a las revoluciones nacionales, cualesquiera sean sus banderas, siempre que ellas asuman un carácter avanzado y popular, y coloquen a aquellos pueblos tenidos por "naturalmente" esclavos en pie de igualdad con sus opresores de Europa y Estados Unidos.

Cómo se concilia este planteamiento con los restos de "nacionalismo" que aún hoy se hacen flamear, es algo que preocupará a más de uno. Pero si recordamos la plataforma "blanca" del litoral rioplatense,

y la existencia de baluartes racialmente "incontaminados" en las clases explotadoras de los restantes países, fuerza es suponer que Amadeo y su séquito piensan en una federación nacional latinoamericana sin el pueblo latinoamericano. Algo así como una inmensa Sud Africa que se extendiera desde el Río Bravo a la Tierra del Fuego.

Inútil señalar la ridiculez de definir a Occidente conforme a términos raciales, de régimen social o de credo religioso. En la segunda mitad del siglo XX, la línea de la cultura greco-romana nada tiene que ver con la defensa de la raza blanca, del catolicismo o del régimen burgués. Si occidente significa civilización, técnica y humanismo, no debe todo a Grecia, que desconoció al Dios-hombre, creación de pueblos semitas (23). Romanos y bárbaros heredaron aquella cultura cuando sus fuentes primitivas se habían ya agotado. Por otra parte, la realidad del mundo moderno presenta a un puñado de pueblos que transforman la civilización en instrumento para explotar al resto del género humano. Pero cuando la cultura se convierte en un patrimonio monopólico e interesado pierde su atributo esencial: la universalidad. Bastardeada, sólo resta de ella una miserable técnica de saqueo, terrorismo y engaño. A estas armas recurre el imperialismo para mantener su hegemonía en una lucha sin cuartel que obliga a los pueblos a elegir entre la revolución y el caos (24)).

Si por Occidente entendemos civilización y la herencia cultural de las generaciones pasadas, su defensa no la ejercen las declinantes burguesías imperialistas que pretenden arrastrar al género humano en el derrumbamiento de un sistema social caduco. Occidente está en los focos de una sociedad que lucha por renovarse: en el proletariado con conciencia de clase de las metrópolis capitalistas, en los pueblos coloniales que toman las armas por su liberación. En Egipto, Yugoslavia, China, Indochina, Africa

del Norte, América Latina, cuyo embate victorioso contra "los bárbaros del siglo XX" abrirá al planeta el camino de una libertad y una cultura puestas al servicio del hombre, y, por eso mismo, auténticas.

LA OFENSIVA CONTRA EL PARTIDO OBRERO

Podemos ahora intentar una evaluación global del nacionalismo oligárquico, que a pesar de sus novísimos ropajes, a tono con las profundas modificaciones experimentadas en la última década por la sociedad argentina, persiguen los mismos fines antiobreros de la Legión Patriótica, antidemocráticos de la conspiración contra Yrigoyen, fascistas de la "década infame".

(La polémica entre "liberales" y "nacionalistas", suscitada al día siguiente del 16 de septiembre, no enfrenta dos concepciones capitales, dos fuerzas históricas de las cuales una pugna por renovar lo que otra pretende mantener, sino, para emplear las palabras del viejo Yrigoyen, "variantes de una misma ignominia".)

Están los que pretenden, lisa y llanamente, retrotraernos a la década infame. Son los emigrados del "ancien régime" que nada han visto y nada han aprendido. Estos señores quieren continuar la dictadura oligárquica que el país padece con alguna forma de gobierno fraudulento. A través de una oportuna reforma constitucional, por ejemplo, sueñan con reemplazar la voluntad del pueblo en el gobierno, por la voluntad de las camarrillas de políticos burgueses profesionales. Si esa combinación no da resultados, quedan mil otras para reemplazarla o reforzar sus efectos.

Como semejante proceder vulnera las aspiraciones y necesidades del pueblo argentino, ascendido a un nivel material y a un estado de conciencia incompatibles con el abismo en que se lo quiere sumergir,

planteos como los ensayados por los héroes del 13 de noviembre sólo agravan la formidable crisis argentina e incuban la solución revolucionaria que, precisamente, ellos querían evitar.

Pero otro sector, el desplazado con la caída del general Lonardi, ha dado la voz de alerta. Los liberales oligárquicos, dice, con su ceguera, empujan el país al caos. A más de un siglo de distancia preparan un nuevo brote de anarquía, como la que sucede a la aventura unitaria de 1819, al zarpazo rivadaviano de 1826, al ignominioso crimen de Navarro. Este sector llama a los triunfadores del 16 de septiembre a una política de concordia con los vencidos. No por ello renuncia a las "conquistas" del golpe militar; pero debe darse a los sindicatos obreros y en general a las fuerzas desplazadas por el pronunciamiento un lugar en la nueva situación creada.

¿Es ello posible? La crisis argentina podría resolverse en los términos del acuerdo si no respondiera a profundas causas que afectan la economía mundial en su conjunto, y en lo que respecta a nuestro país, el equilibrio de su presente estructura social.

La propia declinación y caída del peronismo lo pone de manifiesto. El ímpetu de las masas salvó al país de una nueva década infame, el 17 de Octubre de 1945. El gobierno surgido de las elecciones de 1946 realizó un serio intento de establecer las bases del bienestar obrero y de una economía nacional libre de la tutela imperialista, sin modificar las formas de la propiedad burguesa. Antes bien, las respetó aún en aspectos típicamente parasitarios, como el latifundio terrateniente y el capital imperialista colonizador, al par que favorecía el desarrollo y enriquecimiento de la clase media industrial. Este compromiso entre el pasado y el presente fue viable mientras subsistían las condiciones de post-guerra. Luego vino la crisis y la agudización de todos los conflictos. Se abrió entonces —y la analogía con el

yrigoyenismo es en muchos aspectos notable— una época esencialmente revolucionaria. Las fuerzas oligárquicas estrecharon filas y pasaron al ataque, con el objeto de impedir que las masas completaran su experiencia histórica e impusieran una superación por la izquierda de la crisis de estancamiento.

En el mejor de los casos, toda pretensión de repetir la experiencia de los últimos diez años como si las circunstancias fueran idénticas, no pasa de ingenua utopía.

Más modestos, sin embargo, son nuestros "nacionalistas". Ellos pretenden un régimen a mitad de camino entre Perón y Aramburu. Una sólida clase dirigente, fuerzas armadas dispuestas a tirar contra la democracia, cuando ella se haga "totalitaria", puertas abiertas a la educación clerical, a la propaganda clerical, a las ideas clericales. Con este triple cordón de seguridad, bien se puede ensayar un acuerdo con cierta burocracia neo-peronista que castre al movimiento obrero de su potencia revolucionaria.

Pero la vida sigue su curso, mal que les pese a los doctrinarios. Los enlevitados líderes "populares" despliegan prodigiosa dialéctica sin conseguir el objetivo que los mueve a todos, aunque distintos sean los métodos. La liquidación histórica del peronismo está cada vez más lejana. El gobierno de la "revolución" ha aprendido a dividir a sus amigos y cohesionar a sus enemigos. Estos ganan en prosélitos lo que hace dos años era imposible imaginar. Contra lo que Amadeo y su tendencia opinan, no es ceguera lo que trasluce semejante política, sino la imposibilidad creciente de conciliar a la vieja Argentina oligárquica con la nueva Argentina, que las violencias, los fraudes y las entregas no hacen más que ayudar a nacer.

¿Significa esto que los trabajadores quieren volver al 15 de septiembre? Sería como añorar la presencia de Teissaire, Apold y los incontables vivi-

llos y traidores de la burocracia partidaria, administrativa y sindical del gobierno caído. La derrota abrió profunda huella en la conciencia del proletariado. Hoy nadie concibe un gobierno popular asentado sobre estructuras ajenas a la voluntad del pueblo. La soberanía empieza por el control democrático sobre las instituciones armadas. De la actual jerarquía castrense a un régimen de milicia popular va un salto decisivo que ya han recorrido mentalmente centenares y miles de cuadros sindicales argentinos.

Otro tanto puede decirse de la planificación económica, del control obrero de la producción, de la expropiación global de la clase terrateniente, de la necesidad de una ideología revolucionaria acorde con el desenvolvimiento histórico del país.

Se trata de una conciencia en gestación, que no reniega del pasado, antes bien lo proclama con legítimo orgullo, y se afina en él para proyectarse, superada, en el porvenir.

Es la conciencia del partido obrero, expresión política de la nueva realidad sindical, instrumento combativo del liderazgo proletario en el próximo e irreversible triunfo de la revolución nacional anti-imperialista.

Y ese fantasma, ese fantasma de carne y hueso que se incuba y toma forma en el corazón de las masas argentinas, hoy oprimidas y humilladas por el puño de hierro de la dictadura oligárquica, es lo que no deja dormir a quienes postulan un lugarcito bajo la constelación del 16 de septiembre.

Los nacionalistas oligárquicos salen a la lucha con el fin fundamental de tronchar in ovo esta superación ideológica del proletariado argentino, que lo capacitará para espléndidas victorias de proyección continental. Todo su esfuerzo tiende a convenirlo de que cambie su misión histórica por tristes migajas que queden del festín. “¡Renegad de vues-

tro ayer, pasad “con condiciones” al bando de la “libertad”, que tendréis en nosotros mesurados tribunos, mentores paternos!” Felizmente las masas conocen más teoría política que todos los matices de la “revolución” septembrina. Se moverán para dar un paso al frente. ¡Pero no hay fuerza humana ni divina que las obligue a retroceder!

Bien lo saben los desairados adalides del nacionalismo septembrino. Tampoco ignoran, que paralelamente a este proceso en que la clase trabajadora adquiere conciencia de sí misma y de su papel histórico, una nueva generación revolucionaria enarbola la bandera del marxismo como expresión ideológica del nuevo movimiento.

Por ley inexorable, ambas fuerzas buscan su punto de unión. La síntesis del movimiento de masas y de su ideología dará el impulso arrollador para barrer a los pigmeos que quieren alzarse con los destinos del país.

Impedir que se unan: a eso convergen todos los intentos. Desde la delegación policial al elegante análisis de Amadeo, no queda resorte sin mover. Y como no hay mejor prueba que la que suministra el enemigo cuando tiene penetración política y su causa está condenada por historia, cerremos este ensayo con las siguientes palabras de “Ayer-Hoy-Mañana” que son el memento mori de quienes pretenden remendar el podrido andamiaje del capitalismo oligárquico argentino:

“Muchos proclaman ya, a lo largo del Continente, la unidad política y espiritual de Iberoamérica... Una corriente poderosa ha levantado la bandera de la unidad iberoamericana bajo el signo ideológico del marxismo y con el incentivo de la revolución social. Esta corriente es mucho más peligrosa para nosotros que el comunismo oficial porque asume con autenticidad los más graves problemas que deben soportar en la hora presente los pueblos iberoamericanos...”

Ha captado la tremenda realidad que significa la existencia de pueblos miserables y desesperados y moviliza sus resentimientos para hacerlos servir a su causa. Ha registrado la presencia de recelos raciales y afirma un indigenismo negador de la cultura tradicional. Presenta a la Iglesia como aliada de los opresores... Utiliza el rencor... de la riqueza próxima e inaccesible y promueve un odio implicable contra los Estados Unidos. Dice Karl Schmidt que en política lo importante es saber quién es el enemigo y por eso nosotros, señalando a esa corriente, decimos con toda la fuerza de nuestra voz: **he ahí al enemigo**. La izquierda liberal... no nos preocupa como posibilidad de futuro... En cambio la izquierda revolucionaria y marxista tiene temibles posibilidades... No nos preocupa que los mineros bolivianos y los salitreros chilenos puedan sentirse atraídos por el lema: "Mayo y Caseros". Pero nos inquieta profundamente la posibilidad de un gran alzamiento de masas bajo el signo conjugado de la doctrina marxista y de la revolución mundial de color."

Notas:

- (1) "Ayer-Hoy-Mañana", pág. 107.
- (2) "Los elementos autóctonos del nacionalismo fueron mucho más decisivos que los importados para configurar la fisionomía del movimiento". Ob. cit. pág. 114. Mal se combinan estas líneas con las que Marcelo Sánchez Sorondo escribió en 1945: "Nuestra convicción comenzó siendo religiosa. Después, fuimos extendiendo con intemperancia de la verdad, también a la política. Y fuimos en política por su lado estético partidarios de la monarquía, y por su lado, dignos cinegético —movido—, fascistas, acérrimos fascistas". ¿Qué cataclismo ha traído semejantes cambios? La huida general del 17 de octubre y diez años de régimen popular.
- (3) Esto parecen olvidarlo los que creen compatible asumir en la Argentina banderas populares y de renovación social, manteniendo el culto de las antiguas "glorias" y embelleciendo el papel del nazismo y el fascismo, baluartes de la contrarrevolución europea. No se puede protestar contra la agresión francesa en África del Norte y olvidar simultáneamente la conquista de Abisinia por Mussolini. El carácter imperialista de los regímenes fascistas apenas si merece probarse. No lo ignoraba Hitler cuando decía, en uno de sus discursos: "Nosotros no pudimos presentar a tiempo nuestras pretensiones en el mundo a causa de la importancia del Imperio alemán)... En esta época en que la tierra fue repartida —en el transcurso de uno o dos siglos—, nuestro pueblo estuvo ocupado en lujas intestinas... Mientras tanto Inglaterra se procuraba un imperio mundial y Rusia se facilitaba el camino hacia el Asia Oriental. Por último, también Francia conquistó un imperio mundial". (Henry Picker, "Adolfo Hitler, conversaciones...", pág. 435). Esto fundamentaba el plan imperialista: "Hay que organizar el Reich conforme al modelo de Esparta, para prepararlo para la hegemonía europea... Sólo el pueblo alemán será un pueblo de guerreros; el sólo tendrá el derecho de llevar armas; las otras naciones servirán de ilotas y trabajarán para la casta de los guerreros germanos. Una gran potencia existirá: Alemania. Lograremos hacer de nuestro sistema político-social una realidad mundial, que impondremos a todas las naciones". ("Hitler m'a dit", p. 50 y ss. cit. por Henry Vallotton: "Bismark et Hitler").

(4) El carácter socialmente reaccionario del fascismo se liga estrechamente a su política exterior imperialista. "El corporativismo —expresaba Aurel Kolnai, uno de sus teóricos— se preocupa de asegurar el funcionamiento sin obstáculos del capitalismo, logrando, en cada rama, una armonización benévola, una renuncia a la lucha de clases entre las asociaciones de patronos y los sindicatos obreros". Dicho de otra manera: el fascismo pretendió, burocráticamente y apelando al terror policial, suprimir la lucha de clases, perpetuar

No cabe, sin embargo, desmoralizarse. "La voz nacional" que así se denominó nuestro órgano periodístico apareció en marzo de 1922. El general Iriburu y el presidente Figueroa Alcorta fueron suscriptores de mismo.

El "Político británico en el Río de la Plata". Naturalmente, Scazzoni. Otro no apostó a por qué de la puntillidad legal de "Ingoven" que no escribaba tanto en los prejuicios políticos de caudillo como en la impotencia y cobardía histórica de la clase a la que representaba.

9. Resulta evidente que este movimiento (elarriburismo) —no obstante el aparato doctrinario, influido por el momento histórico— concilia estrictamente en sus finalidades con el radicalismo tradicional y obedeció a idénticos móviles" (Ernesto Palacio, "Historia de la Argentina 1853-1938" pag. 612)

10. Así, los hermanos Iriburu manifiestan en "La Argentina y el imperialismo británico" que ellos no están contra el régimen aristocrático como principio de gobierno sino contra el mal empleo que de él hace la oligarquía argentina. La última parte del libro —"Historia de la oligarquía argentina"— es por muchos conceptos digno de leerse, pero también de criticarse. Porque la idea que los Iriburu tienen de la oligarquía es puramente superestructural se refiere a la burguesía comercial, a los políticos profesionales y a los abogados del capital extranjero, pero pasan por alto que todos esos sectores se apoyan en la estructura latifundista y pastoril-ganadera de la República. Olvidan, en una palabra, a la burguesía terrateniente a la cual, dicho sea de paso, ellos pertenecen.

11. El emperador democrático Noble escribía en 1938 "Mussolini es el modelo viviente del moderno hombre de Estado. El sueño anheloso de Nietzsche, que predecía para el futuro la implantación de una estirpe directora de superhombres... parece concretarse en este espléndido retoño de los grandes de la antigua Roma. Nosotros, los argentinos... vemos en el surgimiento incontestable de la madre latina, el documento fiel y preciso de la influencia ejercida por el genio de Mussolini. Una vez más, Roma ha detenido la irrupción del bárbaro en el umbral de Occidente. Los argentinos nos regocijamos con alegría de hermanos por la gloria de Italia y Mussolini". Tras haber rendido pleitesía a César durante la década 1946-1955, Noble se hizo Bruto el 20 de septiembre. Los dividendos de "Clarín" son más sólidos que los cinco mil pilotos de la guerra. Así, cualquiera "elige la libertad".

12. Deslindar confusiones es en este punto imprescindible. La ideología liberal correspondió en Europa a la burguesía revolucionaria, que al régimen de los gremios opuso la "libertad de trabajo", es decir, la posibilidad de obtener obreros en cantidad para la gran industria; a la servidumbre campesina, y con el mismo fin, el libre tránsito; a la multiplicidad de pesas, medidas, aduanas

interiores, leyes, etc., dentro de una misma nación, el mercado único; a las barreras aduaneras de los países atrasado; el libre comercio; la universalización del régimen mercantil. Liberales fueron los industriales ingleses para abaratar el trigo importándolo con el objeto de disminuir el costo de manutención de la clase obrera. El liberalismo político pretendía barrer con el Estado feudal dominado por una nobleza parasitaria, en beneficio, no del pueblo, sino de la burguesía. Una tendencia no se define por su forma, que es variable según las circunstancias de tiempo y lugar, sino por su función dinámica. El liberalismo significaba en la Argentina desarrollo nacional independiente mediante estructuras políticas modernas que aseguraran el progreso económico salvaguardándolo simultáneamente de la enajenación. Copiar las formas, pero invertir el signo, tal fue la tarea de Rivadavia. Pero en cambio Moreno el cerebro más claro, de la generación emancipadora, comorendía que en un país atrasado y primitivo, como la Argentina de las primeras décadas del s. XIX, sólo el Estado podía suplir la inexistencia de una burguesía industrial impidiendo que nuestra vinculación con el mercado europeo nos convirtiera, como nos convirtió, en provincia agraria de ultramar. El odio a Moreno de Federico Irbarguren ("Así fue Mayo") y la pretensión de presentarlo como agente inglés o algo por el estilo (achacándole, de paso, barbaridades como el armisticio con Elic, que firmaron los enemigos de Moreno, la Junta Grande, a quienes Irbarguren defiende); el de los Irazusta a Carlos III (antecesor, según ellos, de Rivadavia, lo que es el colmo del disparate), prueban que el medioevalismo ideológico suscita extrañas aventuras mentales entre sus discípulos del siglo XX. Al contrario de lo que ellos opinan, la tradición política argentina (la popular, se entiende) es liberal. Léanse las instrucciones de Artigas a sus diputados: "Asamblea del año 13. Recuérdense los intentos de los caudillos de organizar constitucionalmente a la República, contra las opiniones de Rivadavia (1821), Rosas, Valentín Alsina y demás gobernantes porteños. El segundo equívoco consiste en confundir liberalismo y democracia, porque en ciertas épocas hayan marchado juntos. Que son cosas distintas lo demuestra el actual régimen, que es liberal, pero no es democrático. Tiene que implantar su liberalismo mediante la dictadura, porque democráticamente sería barrido del mapa. Contra la opinión de Rousseau y otros teóricos de la democracia moderna, el liberalismo —ideología de comerciantes, industriales y financieros— ha pretendido excluir al pueblo de la cosa pública, mediante el censo electoral (sólo votan los ricos), la división de poderes (establecida expresamente con el propósito de que la mayoría sufragase, pero no gobernase), el control financiero de la prensa, y el soborno directo o indirecto de los parlamentarios profesionales. Lógico es que quienes permanecen prisioneros del clericalismo ul-

tramontano asuman la hostilidad eclesiástica frente a la Revolución Francesa, confundiendo en un mismo saco a la democracia, el liberalismo popular y el liberalismo colonialista de los entregadores. No se trata de renegar de la "igualdad, libertad y fraternidad" proclamadas por la gran Revolución, sino de hacerlas posibles, destruyendo el imperialismo y todas las formas de privilegio económico.

(13) "La buena voluntad de Pío XI y de Benito Mussolini se concreta primero en la visita oficial del Duce al Pontífice el 11 de febrero de 1932, y en la absoluta integración del clero italiano en la guerra contra Etiopía. Fue una entusiástica adhesión a la empresa: el clero ofreció el oro, y el arzobispo de Milán, cardinal Schuster, dio una interpretación religiosa a la campaña, defendiéndola como cruzada católica" (Ismael Herráiz, ob. cit. pág. 166). En cuanto a las relaciones entre Mussolini y el Vaticano, "el período... de 1922 a 1931, podría dividirse, a su vez, en dos intervalos: un período de pugna parcial y a veces enconada entre la Iglesia y el Estado, que se extiende desde la inauguración del fascismo hasta el acuerdo de Letrán en 1929, y otro, desde el acuerdo de Letrán, que reconoció el catolicismo como religión oficial a cambio del apoyo del Papa a la dirección fascista para la reconstrucción del nuevo Imperio romano, hasta la recomendación por el papado de las ideas corporativas como solución de la "cuestión social" en general (Cuadragésimo Anno). El más notable de sus éxitos ha sido el "fascismo clerical" de los infortunados totalitarios Dollfus y Schuschnigg, y el sistema del general Franco que surgió de la guerra civil española" (Robert A. Brady, ob. pág. 83).

El apoyo del Vaticano al fascismo está en las raíces mismas del pensamiento social-católico. Un sector, en el que figuraban emigrados franceses vueltos a su patria después de 1815, pretendía el retorno a un orden medioeval corporativamente organizado (Phillippe Buchez, Lamennais, etc.). La revolución de 1848 los convenció a todos de que el socialismo era el principal enemigo. Entonces, los condes De Mun y La Tour du Pin desarrollaron la idea del "sindicalismo mixto" destinado a ganar el alma del obrero y a inducirlo a colaborar espontáneamente con el patrón, **jefe natural** de sus trabajadores. León XIII, en "De rerum novarum", tras afirmar que "está ordenado por la naturaleza que en un Estado estas dos clases (los ricos y los pobres) deben existir en concierto y armonía" (lo que no sólo condenaba la lucha de clases, sino que erigía en norma la desigualdad social) ofrecía como modelo de organización la de los gremios medioevales. Esto empujó a los núcleos de la Acción Social Católica a organizar sindicatos de patrones y obreros, "sindicatos mixtos", también llamados "colaterales", que son el antecedente inmediato de las corporaciones fascistas. Firmado el pacto de Letrán, Pío XI, en "Cuadragésimo Anno", otorga el apoyo oficial del papado al régimen corporativo:

"no hace falta meditar mucho para comprender las ventajas de la institución (fascista), que puede describirse suscintamente como sigue: colaboración pacífica de las clases, represión de las organizaciones y los esfuerzos socialistas, influencia moderadora de un ministerio especial". En otro lugar, manifiesta la encíclica con lenguaje propio del Ministerio de Propaganda de Italia fascista: "Las corporaciones están formadas por representantes de los sindicatos de obreros y patrones del mismo gremio o profesión, y, en su calidad de órganos genuinos y verdaderos y de instituciones de Estado, dirigen y coordinan las actividades de los sindicatos en todas las cuestiones de interés común". Toda esa fraseología, tiende, como hemos visto, a imponer con métodos policiales el capitalismo a las masas, disolviendo sus sindicatos, creando otros de carácter ficticio, y alentando la concentración monopólica a través de las organizaciones nacionales de industriales. "La mayor parte de los líderes obreros —afirma Brady— no son, en realidad, obreros, pues proceden típicamente de la clase media. En todo caso, deben pertenecer al partido fascista, son designados sobre la base de las listas que el partido recomienda y que han sido seleccionadas por la jerarquía del partido, y no deben responsabilidad alguna a los sindicatos, a los cuales no representan, sino mandan".

(14) Las reivindicaciones "nacionalistas" de Pavelic pretendían enfrentar la nación croata con la serbia, impidiendo la única salida nacional posible en esa región de los balcanes: la unidad yugoeslava, paso intermedio hacia la Federación Balcánica. Un nacionalismo croata independiente sólo puede surgir (y el caso es formalmente al de Bélgica, Israel, Uruguay), apoyándose en un imperialismo extranjero, en este caso, el alemán. Como siempre, detrás de Pavelic estaba la Iglesia, pugnando por atomizar soberanías, e impedir la constitución de Estados poderosos.

(15) Bueno es recordar la voz de alarma que en 1949 diera el cura Menvieille, mentor de más de un nacionalismo oligárquico, denunciando el carácter "materialista" de la constitución votada ese año.

(16) Nos referimos aquí al nacionalismo oligárquico o seudo-nacionalismo. El nacionalismo estaba en Yrigoyen, no en quienes lo voltearon. Durante la década del 30, FORJA intentó revitalizar la tradición yrigoyenista contra la fracción de Alvear, que había copado la U. C. R. Entre ambos polos se extiende toda una serie de matices intermedios, que no es el caso examinar aquí.

(17) El mito "dialéctico" del 16 de septiembre opuesto al 13 de noviembre es totalmente inadmisibile. Los septembrinos trajeron a Prébisch. Las opiniones económicas de Lonardi eran éstas: "Facilitará el gobierno en lo posible el libre intercambio. Londres, 15 A.P. Pregunta: ¿Se contempla hacer volver a la Argentina a una economía libre, poco a poco, y permitir la importación de

artículos de consumo, p.ej., tejidos ingleses, whiskey escocés y cigarrillos ingleses, o se contempla postergar esta cuestión para después de las próximas elecciones? Respuesta: No hay inconveniente en anticipar decisiones económicas, aún en materia fundamental, por el gobierno provisional. Soy partidario de un intercambio lo más libre posible, finalidad que buscaremos con prudencia, gradualmente. Es uno de los más vivos deseos el que nuestro pueblo pueda adquirir los magníficos productos de la industria británica, a que tan acostumbrado estuvo en un pasado no muy lejano" ("Clarín", 15 de octubre de 1955). Veinte días después se anunciaba con bombos y platillos la liquidación del IAPI. Por lo demás, el capital financiero internacional comprendía mejor que los nacionalistas septembrinos la función que éstos cumplían en el primer gobierno provisional: "Washington, 1, AP.: Por un instante hubo en ésta alguna sorpresa por la designación del Dr. Mario Amadeo como Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Lonardi. Amadeo se opuso vigorosamente a la ruptura de relaciones con las potencias del Eje durante la guerra mundial última. La neutralidad de Amadeo se atribuyó a su odio al comunismo y a la falta de confianza en Rusia Soviética, más bien que a cualquier antagonismo hacia Estados Unidos, Gran Bretaña u otro aliado occidental" ("El Mercurio" de Chile, 2 de octubre de 1955).

(18) Un escritor del campo reaccionario ha formulado con notable acierto el problema: "Tal razonamiento (el de equilibrar las clases) sería plenamente valedero si las dos fuerzas sociales de que se trata fueran legítimas, vale decir, correspondieran a factores necesarios y asociados de la vida y el trabajo comunitarios. Pero no hay nada de eso. La burguesía capitalista, en cuanto detentadora de los instrumentos de la producción, es una clase sin valor eficaz en el proceso de la producción. Por tanto, no se puede resolver el conflicto de dos clases, una de las cuales es parasitaria, poniéndolas a ambas en el mismo plano" (Jaime de Mahieu, "Evolución y porvenir del sindicalismo", pág. 78).

(19) Adverta el lector, y esto le evitará muchísimos peligros, que cuando un burgués siente apretársele el nudo de la bolsa, las palabras celestiales vuelan a sus labios: santo, divino, cristiano, sagrado y otras del repertorio.

(20) Suministraremos otro ejemplo de "realismo": "El general Bengoa —dice Amadeo en la página 38— contestó que comprendía la preocupación patriótica que inspiraba a los promotores del movimiento. . . . Ahora bien, continuó diciendo, para que un movimiento militar tenga máximas posibilidades de éxito, es necesario contar con apoyo de un número decisivo de elementos. . . . Tal apoyo sólo podrá lograrse. . . . porque la existencia de un clima de agitación pública y de inquietud colectiva traspasara los cuarteles y gravitara decisivamente en el ánimo de los militares. . . .

Acaso no había llegado todavía esa situación de desorden callejero y ostensible capaz de provocar la intervención del Ejército". En 1954, al relatar la caída de Yrigoyen, afirmábamos: "La gestación del golpe de setiembre documenta lo que decimos: "Los señores Juan E. Carulla y Daniel Videla Dorna —manifiesta el uriburista Beresford Crawkes se apersonaron al general (Uruguay) uriburista para dicho movimiento el cargo de jefe de la pidiéndole aceptara para dicho movimiento el cargo de jefe de la revolución. Luego de hablarse ampliamente sobre el punto, se convino de que era prematuro el estallido, puesto que no había en el pueblo agravios tales que lo justificaran. . . . Fue así que se pensó (en crear) agrupaciones patrióticas encargadas de hacer una vasta campaña derrotista del gobierno, difundiendo cautelosamente en el pueblo la idea revolucionaria". Nuestro comentario era el siguiente: "Merece amplias reflexiones esta típica maniobra oligárquico-imperialista, que acecha constantemente a las revoluciones populares. La pequeña burguesía nacional, a la que Yrigoyen representaba frente a la oligarquía, no fué capaz entonces, ni lo es ahora, de llevar a sus últimas consecuencias la revolución del pueblo. . . . El estancamiento del proceso revolucionario produce todos los síntomas de la prutrefacción. . . . La inconsecuencia de la pequeña burguesía deja intactas las bases económico-políticas de la contrarrevolución oligárquica. . . . La podredumbre burocrática subraya cuanto hay de antipopular en el aparato burgués del Estado y lo torna impotente frente a sus enemigos reaccionarios. La demagogia "izquierdista" del imperialismo solivianta los ánimos e impide el surgimiento de una auténtica izquierda revolucionaria que continúe el proceso, superando dialécticamente su primitiva jefatura burguesa y elevando al proletariado a la conducción política de revolución liberadora. A falta de un auténtico partido obrero que lo superara por la izquierda, la revolución yrigoyenista fue inevitablemente derrotada por la restauración oligárquica e imperialista. Tal es la principal enseñanza que se deriva de este importante período de la política argentina". A la que hay que agregar (y para eso emparejamos el episodio de Bengoa con el de Carulla y Videla Dorna) lo que podría denominarse "técnica oligárquica de la preparación civil de un golpe de Estado".

(21) Ciertos nacionalistas, como Ramón Doll, han vislumbrado parte de la verdad. Sobre la falacia de aplicar a nuestro país categorías políticas del parlamentarismo europeo, dice en "Acercas de una política nacional" (pág. 165): "Oligarquías liberales sir base popular, y gobiernos fuertes con apoyo democrático, han sido alternativamente habituales en América; ni unas ni otros pueden adscribirse, sin faltar a la verdad, a las dos líneas históricas europeas que forman el zig-zag revolucionario y reaccionario".

Esto es una verdad a medias. Las masas repudian a la pseudo-izquierda socialista y comunista, pues ésta, en realidad, sirve a los

intereses del liberalismo oligárquico. Pero, por otra parte, ningún gobierno con apoyo popular está en condiciones de mantenerse y derrotar al adversario sin ir a las raíces de la crisis social argentina. La revolución no puede limitarse a desplazar políticamente a las fuerzas oligárquicas: debe expropiarlas, liquidando la propiedad terrateniente y el gran capital parasitario. La insuficiencia de nuestros "gobiernos fuertes" con apoyo de masas (Rosas, Yrigoyen, Perón) para producir transformaciones de estructura acordes con las necesidades de cada época histórica, explica el desdichado fin de todos ellos. Más adelante dice Doll: "¿Acaso un jefe de masas o un grupo oligárquico no pueden igualmente salvar o vender a la nación en un momento determinado?" (ob. pág. 179). Nueva confusión. Que un jefe de masas venda a la nación es posible, aunque difícil. Pero resulta seguro que ninguna política de salvaguardia nacional logrará imponerse sin el apoyo de las masas; o sea que, en realidad, no existe nacionalismo oligárquico. Sólo el simple apoyo de las masas es insuficiente, si el movimiento no está animado de un impulso renovador que bata al enemigo en el corazón de su poder, impidiendo las hasta aquí periódicas restauraciones. De esto surge la necesidad de la izquierda nacional, única capaz de tender el puente ideológico y organizativo entre el movimiento espontáneo de las masas y la revolución que el país necesita. **Del cesarismo democrático pasaremos así a la época del partido obrero y de la hegemonía proletaria en la revolución nacional.**

(22) "Luego que el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia, o que circunstancias más favorables nos permitan comunicaciones más frecuentes y relaciones más estrechas, nosotros nos apresuraremos, con el más vivo interés, a entablar por nuestra parte el pacto americano que, formando de todas vuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así unida... podrá llamarse la reina de las naciones, la madre de las repúblicas..." (Carta de 1818 a Juan Martín de Pueyrredón). "Sin duda, Venezuela, consagrada toda a la santa libertad, considera sus sacrificios como triunfos... Hoy está cubierta de luto: pero mañana, cuando, cubierta de laureles, haya extinguido los últimos tiranos que profanar su suelo, entonces os considerará a una sola sociedad, para que nuestra divisa sea: "Unidad en la América Meridional". Si, una sola debe ser la patria de todos los americanos" (Bolívar. Proclama al pueblo argentino del 12 de junio de 1818).

(23) El cristianismo, para los romanos contemporáneos de los primeros discípulos de Jesús, era una ecta enemiga de la "tradición occidental" y Tácito, en las palabras que transcribo, reaccionaba —valga el anacronismo— como un discípulo de Ame-

deo: "El autor de esta secta, Cristo, había sido condenado a muerte bajo el reinado de Tiberio, por el procurador Poncio Pilatos, pero la funesta superstición, reprimida por un momento, se había difundido no solamente por la Judea, donde el mal tuviera nacimiento, sino también en Roma, donde las atrocidades y las afrentas llegan de todas partes y se practican".

(24) Pero cuando una civilización no ha logrado evitar que la satisfacción de un cierto número de sus partícipes tenga como premisa la opresión de otros, de la mayoría quizás —y así sucede en todas las civilizaciones actuales— es comprensible que los oprimidos desarrollen una intensa hostilidad contra la civilización que ellos mismos sostienen con su trabajo, pero de cuyos bienes no participan, sino muy pocos. En este caso, no puede esperarse, por parte de los oprimidos, una asimilación de las prohibiciones culturales, pues, por el contrario, se negarán a reconocerlas, tentarán a destruir la civilización misma, y eventualmente a suprimir sus premisas. La hostilidad de estas clases sociales contra la civilización, es tan patente que ha monopolizado la atención de los observadores, impidiéndoles ver la que latentemente abrigan también las otras capas sociales más favorecidas. No hace falta decir que una cultura que deja insatisfecho a un núcleo tan considerable de sus partícipes y les incita a la rebelión no puede durar mucho tiempo, ni tampoco lo merece" (Sigmund Freud, Obras completas. T. XIV. pág. 18).

AUTOCRÍTICA DE LA REVOLUCIÓN POPULAR

Digitalización: Néstor Miguel Gorojovsky e Izquierda Nacional de Argentina

En el último cuarto de siglo (1930-1955), dos gobiernos populares, el de Yrigoyen y el de Perón, han sido derrocados por la conspiración oligárquica. La semejanza entre ambos acontecimientos es demasiado evidente como para que necesite ser subrayada. En el primer número de "Izquierda" hemos examinado el mecanismo social y político de la caída de Yrigoyen. Aquellas páginas, escritas en 1954 y publicadas un año después, más que intención histórica, tenían el propósito de una advertencia que los acontecimientos de los últimos meses se han encargado de corroborar .

YRIGOYEN:

IMPOTENCIA DE LA PEQUEÑO-BURGUESIA PARA ACAUDILLAR LA REVOLUCIÓN NACIONAL

Decíamos entonces que Yrigoyen cayó porque su movimiento fue incapaz de superar las contradicciones que lo frenaban. El presidente radical respetó las palancas fundamentales del poder oligárquico: la propiedad terrateniente del suelo, vinculada al sistema del imperialismo mundial, no perdió la hegemonía política, y a través de ella, su decisiva influencia política.

En el terreno político, el estado burgués argentino, consolidado por la oligarquía a partir de 1860 fue mantenido por los gobiernos radicales, no obstante que su estructura neutralizaba los fines de una profunda revolución popular. La reacción conservadora utilizó la división de poderes para hostilizar al presidente con un parlamento hijo del fraude; de la independencia judicial hizo un baluarte oligárquico; otro tanto sucedió con las autonomías provinciales, que, o fueron reductos "situacionistas" o sirvieron para acusar a Yrigoyen de "tirano" cuando éste las allanaba.

La "libertad de prensa" (es, decir, la prensa como función de los grandes capitales) fue ampliamente utilizada en la creación del clima político de la revuelta.

Semejante sistema de "garantías" permitió a los conservadores preparar "legalmente" su retorno al poder. A sus órdenes militó la infiltración oligárquica en el radicalismo (Alvear-Melo) y la izquierda demagógica capitaneada por los socialistas.

LA "IZQUIERDA CIPAYA", PEON DEL FRENTE OLIGÁRQUICO

Es necesario, aunque brevemente, referimos a la táctica de esa "izquierda" servil al imperialismo. A ella corresponde buena parte de la responsabilidad por las derrotas sufridas, y bajo otros nombres la vemos actuar en el presente.

Juan B. Justo educó a su partido en la hostilidad a la industrialización argentina. Correlativamente vio en el nacionalismo pequeño-burgués de Yrigoyen una evolución histórica, contra la cual asestó sus golpes.

Aconsejó a los obreros (en nombre de un falseado internacionalismo), desentenderse de las luchas generales del pueblo por la independencia económica y el sufragio universal. De este modo, el Partido Socialista separaba a la clase obrera, el sector más combativo de nuestra sociedad, de las grandes corrientes que pugnaban por renovarla. Así descabezadas, estas corrientes no podían sino estancarse en soluciones a medias, pues la experiencia ha probado que la pequeña-burguesía, como

clase, es incapaz de una conducta autónoma tanto del proletariado como del imperialismo.

LA CRISIS DEL YRIGUYENISMO

Mientras el movimiento yrigoyenista, como resultado de su incapacidad para reestructurar a fondo la sociedad argentina, daba crecientes muestras de senectud y estancamiento; mientras se disgregaba y corrompía bajo la molición presupuestaria, Juan B. Justo y sus discípulos se negaban pertinazmente a superar esa primera etapa de la revolución popular argentina, para lo cual era imprescindible integrarse previamente a ella.

En tales condiciones, la victoria oligárquica era una fatalidad. No hay revolución popular que logre mantenerse y consolidar sus conquistas, si no es suplantada a tiempo la conducción burguesa o pequeño-burguesa por la conducción del proletariado, caudillo natural de la nación oprimida por el imperialismo.

Aunque meticulosamente preparado, tanto en el aspecto militar como en el psicológico, el golpe del 6 de septiembre logró el triunfo, no tanto por la fuerza de los conspiradores como por la debilidad del gobierno radical.

Los socialistas, repitámoslo, impidieron --al defecionar como partido obrero-- que la crisis fuera superada por la izquierda, y con su ensordecedora gritería coadyuvaron a la creación del clima "golpista".

Quince años más tarde, el peronismo retomaba las banderas de Yrigoyen, mientras el partido que éste fundara se pasaba con armas y bagajes al nuevo contubernio, la Unión Democrática.

Pero el lapso transcurrido implicó profundas renovaciones en la estructura económico-social argentina. La industrialización, acelerada por la guerra engendró un vigoroso proletariado que da fisonomía distintiva al período que se abre. Si el yrigoyenismo expresó a la clase media de las primeras décadas del siglo, el peronismo se apoyó sobre un sector social mucho más homogéneo, compacto y revolucionario: el proletariado. Eso no impidió que, al cabo de una década, cayera batido por una nueva conjuración oligárquico-imperialista.

Explicar la derrota es alumbrar el porvenir.

NATURALEZA SOCIAL DEL PERONISMO

LA BURGUESIA MILITAR CONTRA SI MISMA

Hemos dicho que el peronismo se apoyó en el proletariado argentino. Pero no fue el gobierno del proletariado. En un sentido amplio, el peronismo representó al país en su conjunto, que pugnaba por liberarse del torniquete imperialista. No hay que olvidar, sin embargo, que el país no es un todo homogéneo: se divide en clases cuyos intereses divergen.

La naturaleza social de un gobierno depende de las relaciones de producción que intenta expandir. Bajo la administración peronista se ha vivido una época de intensa acumulación industrial. Este desarrollo, logrado a expensas del imperialismo, trajo consigo el afianzamiento de la propiedad burguesa (individual) de los medios de producción. La antítesis proletariado-burguesía, que caracteriza la moderna sociedad capitalista, se desarrolló considerablemente durante los últimos diez años, pues fue la forma social de la industrialización en ascenso.

Pero el peronismo, aunque afianzó el desarrollo de la producción burguesa, particularmente en su aspecto industrial, nunca logró atraerse al grueso de la burguesía argentina.

En primer término, los industriales temieron chocar abiertamente con Estados Unidos e Inglaterra, por miedo a represalias económicas. En segundo lugar, no aceptaron que se movilizara al pueblo, única manera de afianzar la política antiimperialista, y mucho menos que parte de lo ganado al capital extranjero se convirtiera en mejores salarios y otras conquistas sociales. No olvidemos, por último, las conexiones de nuestra burguesía con la propiedad terrateniente y el capital internacional, ni su subordinación al mercado yanqui-europeo de medios de producción.

La burguesía industrial argentina, endeble y temerosa, al punto de no haber logrado hasta la fecha constituir un partido político que la represente, prefirió que todo se limitara a un reajuste de las condiciones imperantes durante la década del 30. Postuló su "lugarcito" en la constelación oligárquica, y en pos de ese objetivo militó, en la Unión Democrática, no sólo contra Perón y el pueblo, sino también contra sus propios intereses.

BONAPARTISMO BURGUES CON BASES OBRERAS

De ahí que el peronismo, para cumplir las tareas históricas de una burguesía nacional que se negaba a ser, y militaba contra sí misma, tuviera que apelar a una vasta movilización de las masas, efectuando al proletariado sustanciales concesiones económicas, sindicales y políticas.

Esto confirió al gobierno de Perón un singular carácter bonapartista: para llevar a cabo la política de la burguesía nacional y resistir la formidable presión del imperialismo, tuvo que apoyarse en las masas obreras de la ciudad y el campo, en la pequeña burguesía pobre y en los sectores populares del interior pre-capitalista.

Pero todo bonapartismo, por indirecto que sea su contenido de clase, no lo pierde sin embargo, y el de Perón fue, para decirlo en una fórmula, un bonapartismo nacional-burgués con base obrera y popular.

EL FRENO BUROCRÁTICO

El bonapartismo, que movilizaba las masas para desbaratar la presión imperialista-oligárquica, procuró al mismo tiempo canalizar el impulso del pueblo dentro de los límites de la legalidad burguesa. Ello explica que las formas clásicas del estado burgués argentino fueran mantenidas y aún desarrolladas durante la última década.

De este modo, las empresas nacionalizadas lo fueron sin el control obrero; los planes económicos se trazaron y cumplieron sin la intervención de los sindicatos; la lucha contra el agio no movilizó a los consumidores; la prensa, cerrada a la voz del pueblo, fue el órgano de la burocracia.

¿Pero era capaz la burocracia de cumplir al estilo burgués, es decir, respetando el orden heredado, las tareas de liberación nacional que la clase obrera pugna por cumplir al estilo proletario, o sea, revolucionariamente y no respetando otros límites que los señalados por el interés del pueblo?

La respuesta es negativa. Aunque la burocracia no es una clase, su elemento humano se recluta entre la pequeña-burguesía de cuello duro y los técnicos e intelectuales de las clases dominantes. Los, funcionarios apoltronados, las ratas de escritorio, poseen una tradición, un espíritu de cuerpo, una conciencia social, cuyo carácter distintivo es el odio antiobrero, la simpatía hacia el patrón, la rutina

sin riesgos, y el servilismo antinacional. De ahí que las cuatro quintas partes de la burocracia peronista haya combinado su amor al presupuesto y a la coima con un rabioso antiperonismo.

LA BUROCRACIA ESTRANGULA A LA REVOLUCION POPULAR

Legalizado el régimen por los comicios del 24 de febrero y elecciones posteriores, la burocracia burguesa desplazó al proletariado de la gestión pública directa; mas la sustitución no fue sin consecuencias, pues esa burocracia, lejos de cumplir las tareas impuestas por el proceso revolucionario, se convirtió en correa de transmisión del sabotaje oligárquico contra el gobierno popular. Si el bonapartismo quiso canalizar a las masas mediante el control burocrático estranguló al bonapartismo, determinando, en último análisis, su caída. La revolución popular se detuvo ante el tabú de la legalidad burguesa, y la legalidad burguesa aplastó a la revolución popular en beneficio del imperialismo.

Por segunda vez en la historia argentina, se prueba, al amargo precio de una derrota. Que ninguna revolución de masas puede estabilizarse y consolidar sus conquistas, si no va más allá del simple reajuste de la estructura social y política heredada; si no destruye las viejas formas de Estado y crea otras nuevas, basadas en la democracia directa de las masas, en el control efectivo y diario, en la autoridad suprema de las organizaciones populares.

LA IDEOLOGIA NACIONAL-DEMOCRATICA

Una prueba visible de nuestras afirmaciones la suministra la experiencia cultural del peronismo. Ninguna revolución puede afianzarse si no elabora una ideología que explique científicamente sus tradiciones, su dinámica interna y sus perspectivas últimas. La ideología asegura la continuidad del movimiento más allá de los hombres que lo encarnan. Suelda a las masas en un compacto frente y educa sin cesar a nuevos dirigentes para que sean la fiel expresión de las aspiraciones colectivas. Impide, por último, que la conducción política naufrague en el empirismo, en las soluciones de un día para el otro, conforme se presentan los problemas. El bonapartismo no logró elaborar una ideología de la revolución argentina, porque hacerlo hubiera significado poner al desnudo su contradicción esencial de movimiento burgués con apoyo obrero, en un país que, como el nuestro, es el de mayor desarrollo capitalista de toda América Latina.

De este modo, durante mucho tiempo, el sector más reaccionario de cuantos apoyaban al gobierno (los clerical-nacionalistas) tuvieron el virtual monopolio de la cultura (colegios, universidades) e influyeron decisivamente sobre el periodismo.

Cuando a partir de 1954 se quiso salvar esa contradicción, ya era demasiado tarde. En torno a la Iglesia se coaligaron las fuerzas imperialistas, que dieron por tierra con el régimen popular. La falta de una clara ideología nacional-democrática impidió explicar ante las masas el sentido trascendente de la lucha. La movilización contra la Iglesia, legítima desde todo punto de vista, y desatada en virtud de iniciativas del clero, no del gobierno, desembocó en desenfadadas provocaciones burocráticas, que en vez de aplastar favorecieron al enemigo.

LA PROPIEDAD TERRATENIENTE

Como hemos dicho, la limitación nacional-burguesa que sufrió el proceso revolucionario, impidió que la oligarquía fuera expropiada como clase.

Dueña de sus campos y de sus estancias, conservó intacto el poder económico-político. La nacionalización de la tierra hubiera liquidado una clase totalmente superflua, acelerando de ese modo el proceso de acomodación industrial. Al mismo tiempo, era indispensable esa medida para romper la espina dorsal, la base concreta del frente reaccionario. Pero esta tarea, que pone fin a la forma más parasitaria de propiedad privada, trascendía los objetivos de un régimen cuyo propósito declarado era operar reajustes en el capitalismo argentino, sin alterar en ningún caso su estructura fundamental.

EL CONTROL OBRERO DE LA PRODUCCIÓN

Del mismo modo, la industrialización, que fue consecuencia de una vigorosa política nacionalista, no estuvo acompañada de transformaciones cualitativas en el régimen de las empresas. Se elevaron salarios; las organizaciones sindicales y la legislación obrera conocieron un auge sin precedentes. Pero estas medidas no bastan, pues el problema esencial es democratizar la producción.

La clase obrera no puede limitarse a producir. Necesita participar en la dirección de las empresas. En caso contrario, toda batalla por la productividad se convierte en una ofensiva para aplastar a los trabajadores, en una lucha por mayores ganancias a costa de menores salarios y jornadas más prolongadas e intensas.

El control obrero de la producción es el primer paso para democratizar la economía, para elevar la productividad poniendo en juego la rica experiencia técnica del proletariado, para mejorar el nivel de los salarios, para consolidar al país frente al imperialismo.

La estructura del capitalismo clásico confiere a los patrones -como un corolario de su derecho de propiedad- el derecho absoluto a la administración de las empresas. La revolución popular debe cruzar el límite de esa estructura tan inhumana como reaccionaria, y dar a los obreros -a través de sus comisiones internas- la participación que les corresponde en el planeamiento y control de la actividad productiva.

CONTROL EFECTIVO DE LA SOBERANÍA POPULAR

En su sentido más escueto, el Estado es la organización de la Fuerza como poder autónomo enfrentando a la sociedad. Llegada una etapa de la evolución histórica que coincide con el surgimiento de las clases sociales y del antagonismo entre explotadores y explotados, el armamento colectivo del pueblo cede su lugar a castas diferenciadas que monopolizan los medios de represión y defensa (ejército permanente; policía) en beneficio de los explotadores, para impedir a la mayoría oprimida liberarse del yugo que la aplasta.

Por tal motivo, a lo largo de la historia, toda revolución popular destinada a operar profundas transformaciones en el régimen social, económico y político, se ha planteado como tarea concreta romper el monopolio de la fuerza de que gozan las, clases dominantes y devolver a las masas el derecho a armarse, es decir, a garantizar y hacer efectivo el principio de la soberanía popular, que por su naturaleza es indivisible e indelegable (Rousseau).

Es ésta una necesidad perentoria de toda revolución que ansíe consolidarse. Por tal motivo, las clases dominantes han envuelto el problema de las "fuerzas armadas" en una maraña de prejuicios y mitologías realmente fabulosas. Pero los hechos sociales cortan a machetazos la intrincada red de mentiras. El período de junio a septiembre, que fue de intensa agudización de todos los conflictos,

puso a la orden del día la creación de las milicias obreras, como única garantía contra el golpe oligárquico en desarrollo. Es análoga la experiencia boliviana, cuya revolución, al armar a los sindicatos y disolver el ejército permanente, ha podido resistir todas las tentativas de subversión oligárquica.

Por su extracción social, educación y tradiciones, nivel de vida, etc., la casta de oficiales tiende a respaldar el orden establecido y a ver un cataclismo cósmico, el reinado del Anticristo, en todo intento de reestructurar la sociedad en interés de las masas populares.

Diciembre de 1955

CONCLUSIÓN

La presencia de la clase trabajadora en el primer plano de la política argentina es el hecho decisivo de estos últimos diez años y una de sus consecuencias, la liquidación para siempre de la vieja "izquierda" socialista y comunista.

Pero los trabajadores no lograron en ese lapso sacudir el peso de la dirección burocrática, con la que se intentaba someter el movimiento a las conveniencias del capitalismo nacional.

La traición de la burocracia; la falta absoluta de perspectiva histórica de nuestra burguesía; la inexistencia de un partido nacionalista burgués consecuente, prueban que sobre la clase obrera recae la honrosa y dura misión de conducir a las masas pobres y explotadas hasta la liquidación definitiva del bloque terrateniente- imperialista.

El problema de nuestra revolución popular es antes que nada, un problema instrumental. Demoler el antiguo Estado, poner fin al imperio de la burocracia incontrolada e irresponsable, dar a las masas los medios prácticos para imponer su soberanía. Solo así podrá pensarse en la democracia económica, el control obrero, la expropiación de los terratenientes, el capital parasitario y el imperialismo colonizador.

Pero aquel problema se resume en este otro: el del partido revolucionario de los trabajadores. La dolorosa derrota de septiembre impulsará a los cuadros sindicales y políticos del movimiento de masas a investigar sus causas y extraer las necesarias conclusiones. De nada valen en este terreno las efusiones fáciles de quienes pretenden postergar sine die este imperioso balance autocrítico. También el imperialismo transige con los símbolos populares, para estrangular renovaciones que pondrán fin para siempre a su dominación sobre América Latina.

Esta depuración y concentración de las propias fuerzas no excluye - por el contrario, implica- el frente general de lucha con todos aquellos que no crean que la democracia consiste en disolver partidos, vetar candidatos, fraguar elecciones con alternativas análogas, amordazar los sindicatos y entregar el país a la Sociedad Rural y la banca extranjera. No espere nadie la liberación del pueblo sino de la actividad política de las propias masas. Ha pasado el tiempo si alguna vez lo hubo, de confiar en los cuarteles. De uno u otro lado de la frontera, la guerra misma es política, aunque con otras armas. Quien como amigo o enemigo separa al pueblo de la política, contrae una pesada responsabilidad. Mal que les pese a unos y a otros el movimiento de las masas se hará escuchar con toda la voz que tiene, y no necesita de bandos ni de edictos para hacer valer en los hechos lo que por derecho propio le corresponde.

¿Y qué son estas tareas, sino la herencia histórica y la continuación natural de las grandes jornadas del 45, de la revolución yrigoyenista, del federalismo democrático, de la generación libertadora de Moreno, San Martín y Monteagudo?

Honrosa tradición que nos pertenece a los marxistas revolucionarios y a ese pueblo insobornable que otra vez hará de la Argentina ciudadela de los hombres libres en la América del Sur.

EL MORALISMO: Utilización oligárquica de la clase media

Digitalización: Roberto Vera.

El contubernio oligárquico ha encontrado su tema: la moral. No hay político «democrático» ni usufructuario en general del 16 de septiembre. Que no presente al gobierno caído como a una banda de facinerosos que logró mantenerse diez años en el poder, gracias a la ignorancia de los más y al silencio impuesto sobre las minorías «ilustradas».

Si antes del pronunciamiento militar la campaña servía para socavar las bases del gobierno peronista, derrocado éste, las comisiones investigadoras y la prensa se apresuran a publicar los escándalos para justificar la dictadura y obtener el apoyo de la opinión pública.

Pero, quiénes han ejecutado el golpe de septiembre? El pueblo? No: la oligarquía y cómo la oligarquía, la venal y corrupta oligarquía, se erige en custodio de la austeridad republicana y en censora atrabiliaria de sus enemigos, los gobiernos populares? Porque necesita aliados, un mínimo de pueblo, en suma, para poder triunfar. Va a buscarlos a la clase media, cuya debilidad y confusión explota, ocultando sus propios fines tras el canto de sirena de dos otras consignas eficaces.

La «moral» es una de ellas; vale decir, la lucha contra la «corrupción» del peronismo: gobierno y sindicatos. Que se trata de un pretexto destinado a legitimar el alzamiento en armas contra un gobierno de mayoría popular, lo dice quien lo esgrime: el grupo social más comprometido por sus fraudes, peculados y entregas.

No obstante, el recurso obtiene resultados inmediatos e inflama el corazón de ciertos sectores de la pequeño-burguesía: tienen éstos su lista de agravios contra el movimiento de las masas, justos algunos, hijos de la miopía o el resentimiento los más. La propaganda oligárquica moviliza este sector social a modo de fuerza de choque, tras banderas especiosas como «moralizar», «restaurar las libertades», etc. El resultado está a la vista: conquistado el poder, luchan en el conglomerado heterogéneo clases y sectores para copar la situación. Y, por lógica inflexible, ella cae en manos de quienes laboraron para sí, mientras se desplazan al llano las fuerzas que practicaron la enajenación como conducta sistemática. Así, el nacionalismo católico desemboca en el plan Prébisch; la democracia de Frondizi, en las ejecuciones de junio; la pulcritud moral de unos y otros, en el gobierno controlado por los agiotistas de la «década infame».

Resultado de estos errores, fue la presencia de grupos minoritarios, aunque populares, en el pelotón septembrino. Explicar la ilusión acelera su disipamiento, de todas maneras inevitable pues la experiencia que hoy se vive vale más que cien sermones «democráticos» y administrativamente

«morales». Por eso, nos hemos propuesto examinar, en primer término, a la clase social que ha hecho profesión de pureza inmaculada cuando se trata de juzgar al adversario. Veremos seguidamente la inconsistencia del moralismo como cartabón político. Y, por último, las razones de su éxito momentáneo en las filas de la clase media argentina.

1. LA MORAL OLIGARQUICA VISTA POR DENTRO

El saqueo de las tierras públicas

Decía León Trozky que cuando un pequeño-burgués habla de moral hay que echar mano al bolsillo, porque la cartera está en peligro(1). Pero el pequeño-burgués opera aquí -aunque no lo sepa- por cuenta ajena. La oligarquía aparenta un código estricto para juzgar a sus adversarios» llámense éstos Yrigoyen o Perón, Paz Estensoro o Vargas. Pero, qué hay de ella?.

La nobleza antigua simbolizaba en escudos el origen de sus linajes. De aplicarse el método a nuestra aristocracia terrateniente, junto a la vaca consabida, habría que poner una ganzúa. La historia de las tierras públicas, base de la fortuna y el poder oligárquicos, no es sólo una historia de robos» sino de escándalos administrativos y complicidades gubernamentales. Bajo Rivadavia y Rosas, bajo Mitre y los gobiernos que lo sucedieron, los allegados al poder se abalanzaron sobre las tierras fiscales –las mejores y más extensas-, sin pagar un centavo o abonando precios irrisorios(2).

Esas tierras se valorizaron varios miles de veces en un siglo por el cómodo expediente de hacer trabajar a los demás. Nació así, de golpe, una desmesurada fortuna en pocas manos, que por imperio económico gozaron también del poder político.

La «década infame»

Qué uso hicieron esas «200 familias del gobierno así conquistado? Olvidemos el «Régimen», que estigmatizó Yrigoyen. La «década infame» fue el reinado del soborno y de la entrega.

La amenaza inglesa de suplantar carne argentina por la de sus dominios, produjo el pánico en la oligarquía, que sacrificó sin vacilar intereses nacionales a sus propios intereses de clase.

Vino así el tratado «Roca-Ruciman», por el que Inglaterra compró lo mismo, pero pagó mucho menos, es decir, descargó sus crisis sobre nuestro pueblo. Consecuencia del pacto fueron la ley de Banco Central, redactada en Londres traducida y empeorada por Pinedo y Prébisch(3), que enajenó al capital inglés nuestra soberanía financiera y crediticia; El Instituto Movilizador -700 millones de antes, repartidos entre la oligarquía y los bancos ingleses-; las Juntas Reguladoras, que «regularon» según la ley del pez grande; la conversión de la deuda externa, pacto secreto con la casa Bemberg que produjo pérdidas netas por miles de millones (sólo a la provincia de Buenos Aires 500 millones.); la concesión de la CADE -8.000 millones regalados a SOFINA, que gastó 14 para «adquirir» el Concejo Deliberante(4); la escandalosa evasión de impuestos sucesorios de la familia Bemberg, que encontró cómplices en los tres poderes y la administración; la Corporación de Transporte, ese despojo a colectiveros y empresarios argentinos perpetrado en aras del monopolio inglés; los cien millones de la cláusula oro del puerto de Rosario con que remató su medio siglo una empresa extranjera que no puso un centavo de capital y fue la más próspera del mundo; los convenios del petróleo, que redujeron a YPF a la impotencia, confirmando a Manuel Ugarte cuando decía que en la Argentina el proteccionismo regía para el capital extranjero.

A qué seguir? Por cada una de esas operaciones, el pueblo argentino perdía más dinero y bienestar que cuanto pudieron sustraerle en diez años aquellos jarcas enriquecidos del peronismo.

Que quienes así oraban eran grandes señores incapaces de robar un céntimo?(5) Que nos despojaban sin cobrar comisión a los ingleses ? Allá ellos con su pobreza o riqueza. Lo que al pueblo le interesa es el resultado general de una política, el influjo que ejerce sobre sus condiciones de existencia. La «moral « oligárquica no reputa indigno que un hombre público sea abogado de las empresas extranjeras, como lo fueron Ortiz, cuya candidatura proclamó la Cámara de Comercio Británica; o Fresco, asalariado del ferrocarril inglés; o aquel Guillermo Leguizamón, jefe virtual de la delegación argentina a Londres (pacto Roca-Ruciman), presidente de media docena de ferrocarriles y otras empresas británicas, lo que no le impidió «representar» el interés argentino, decir que nuestra patria era la «joya más preciada» de la Real Corona, y recibir el título de Lord por sus beneméritos servicios.

Frente a esta formidable conjuración de bandoleros (muy de cuello duro, pero bandoleros), qué insignificante aprendiz ese señor Jorge Antonio, sobre el cual se cebó la algazara cipaya de los últimos meses.

Asesor de los ferrocarriles ingleses, Pinedo obtuvo por un simple peritaje 10 mil libras esterlinas oro; Culaciatti, otro «regiminoso», cobraba cientos de miles por cada firma que estampaba en su carácter de abogado de la empresa Puerto de Rosario.

Pero ya volveremos sobre el tema, que desasosiega a las vestales de septiembre.

2. LA INCONSISTENCIA DEL MORALISMO

Nacionalización del robo

No hace mucho, un enemigo del peronismo ha tenido la franqueza de afirmar que Perón «nacionalizó el robo». Esta fórmula, que no aspira a ser cortés, encierra un panegírico.

El sistema que caducó el 3 de junio tenía sumido a nuestro pueblo al peor vasallaje de su historia. Como resultado de improductivas servidumbres extranjeras, el país pagaba anualmente a Gran Bretaña una suma que excedía en muchos millones el valor de nuestra producción de carne. El cuarenta por ciento de nuestras exportaciones se destinaba a pagar la deuda externa, rescatada luego por Perón.

El peronismo -cuya política limitada y vacilante frente al capital extranjero es harina de otro costal- redujo ese drenaje agotador. Hubo enriquecimientos ilícitos; pero la «nacionalización del robo» no excluyó los altos salarios, las conquistas sociales efectivas y el pleno empleo resultante de la industrialización.

Aún admitiendo que los millones rescatados los hubiese acaparado en su totalidad (!) una burocracia ladrona, esa burocracia puso fábricas argentinas, dio trabajo a obreros argentinos, consumió productos argentinos, reactivó el proceso económico. El dinero que se va en libras o en dólares, llena de humo los cielos de Inglaterra y Estados Unidos; y todos sabemos lo que eso significa para el país semicolonial condenado al atraso agrícola-ganadero.

Por eso, mal puede la oligarquía acusar de corrupción al peronismo, cuando ella ha practicado y practica la peor de las corrupciones: la que une al peculado propio la entrega incondicional a la

rapiña extranjera.

No piensan así los miembros de nuestra «aristocracia» de un modo u otro, en estos doce últimos años, ellos han vivido «la tragedia del importador de autos».

La tragedia del importador de autos

El importador de automóviles -uno de los engranajes comerciales del sistema oligárquico— desea, naturalmente, que cuanto dólar obtenga el país se destine a la adquisición de su mercancía para cobrar sobre ella el riguroso treinta por ciento de su ganancia «honorable». No cabe duda que este deseo es perfectamente «moral», aunque signifique anteponer un interés egoísta, de clase, a los intereses generales del pueblo. El honrado importador monta en furia cuando aparece un gobierno que restringe la compra de autos en el exterior para ahorrar divisas destinadas a la industria. Su indignación llega al paroxismo si se entera que «su» ganancia, su robo legal logrado en una intermediación estéril Pasa ahora a un adicto al gobierno que se enriquece con el negocio de las órdenes. Y ya no puede más al saber que «sus» coches, sus queridísimos coches, norteamericanos, serán producidos en la Argentina, dando trabajo a obreros argentinos y ahorrando divisas en un renglón importante de la producción.

Pero el importador no se desanima: busca el lado flaco y lo encuentra. El país utilizó mejor sus dólares. Se ha creado una industria de fundamental importancia. No obstante, he aquí que tales y cuales burócratas se han beneficiado personalmente con esa política. Como Harpagón, nuestro tendero de automóviles exclama: 'Au voleur, au voleur!', cuando en realidad piensa: «Mi dinero, mi dinero (y después, justicia)». Y así, consumido de indignación, sale a la calle en busca de salvadores, financia diarios... y otras cosas, para destruir ese engendro moral que se llama burócrata de los automóviles.

Ni tanto ni tan rápido! No es la moral lo que preocupa a ese hijo de la década infame. Tras el pretexto bulle la enconada oposición a una política nacional que lo deja fuera de juego. Como en política es inatacable (aunque susceptible de sustanciales mejoras), procura descalificarla sin polémica apuntando a su deformación burocrática.

La corrupción es inherente al sistema capitalista

Hemos visto que la oligarquía utiliza el peculado que acompaña a una política intrínsecamente justa, para filtrar sus propios objetivos, que ni son los del pueblo, ni están libres de pesada responsabilidad histórica.

De este modo, conceptos claros se tergiversan, y no Sorprenda que, confundidos los términos, como remedio de males nos propongan aceptar otros peores.

A qué obedece la moderna corrupción burocrática ? Al fraude de los hombres o a la naturaleza de las instituciones? Sin responder con verdad a esta pregunta, mal puede aspirarse a una limpieza a fondo de tantos aprovechados y vividores como hoy pululan en la administración y en los gobiernos.

Quien se tome el trabajo de estudiar los vínculos entre los trusts y el poder político en los países imperialistas, encontrará que en ellos el Estado es sucursal de un puñado de monopolios. Jefes de estas gigantescas empresas ocupan puestos claves en la administración y el gobierno. Inversamente,

los hombres públicos que «han cumplido» obtienen, al retirarse, alguna gerencia que les asegura la vejez. Para decirlo en pocas palabras, las burguesías yanqui-europeas, maduras y rapaces, gravitan decisivamente sobre sus Estados, y convierten la política en cárcel de obreros y flagelo de colonias. La burguesía, en aquellos países, crea el Estado, organizándolo a su imagen y semejanza(6).

A su vez, las naciones oprimidas, para romper o aligerar el yugo que las asfixia, necesitan concentrar al máximo sus energías políticas, económicas y culturales. Carecen de clases nacionales diferenciadas y maduras, y la presión imperialista obra como poderoso disociador. Esto es particularmente cierto en lo que se refiere a las burguesías nativas. En nuestros países existe una política nacional -reacción ante el insoportable vasallaje- antes de que aparezca una burguesía nacional madura. Pero mientras esa política no cuestione la estructura capitalista que, aunque atrasada, predomina en las semicolonias, tendrá un inevitable contenido burgués. De ahí que el Estado nacional, falto de una burguesía sobre la cual sustentarse, se vea en la necesidad de crearla por el doble método del proteccionismo y el aburguesamiento de la burocracia.

Este proceso, en cuanto tiene de corrupción, no es específico. La corrupción es el rasgo típico de todo Estado burgués, por cuanto la sociedad capitalista, basada en la competencia, impele al enriquecimiento privado, no a la solidaridad social. Lo que varía es la forma. En Estados Unidos la corrupción se manifiesta como influjo decisivo de los trusts sobre el gobierno, mediante sobornos, infiltración de adictos y «acomodo» de funcionarios en la industria privada. En las semicolonias el proceso es inverso: el Estado, buscando un apoyo burgués que no existe o es insuficiente, coloca a sus elementos en la jerarquía de la nueva clase de patrones industriales.

« Por censurable que resulte el «sistema» de Jorge Antonio, el capitalismo burocrático es inherente a toda revolución burguesa en un país atrasado. Lejos de atenerse a una pasividad descriptiva, corresponde luchar por formas superiores, proletarias, de organización social. En último análisis, la verdadera lucha contra la corrupción pública, se liga a la conquista de un exhaustivo control popular sobre el Estado, la economía y la cultura. Pero cuando los agentes del gran capital vienen a moralizar contra la administración peronista como pretexto para desprestigiar la bandera nacional y empujarnos nuevamente a la dictadura del dólar o la libra, hay que responderles: «Señores, el pueblo mismo se encargará de barrer con las deformaciones burocráticas; de cruzar los límites, burgueses de la revolución nacional. Pero mientras se elabora una conciencia colectiva a ese respecto (y por que así ocurra somos nosotros los que luchamos, no ustedes), preferimos que nos piquen las pulgas antes de que nos devoren los tigres disimulados de corderos».

El moralismo transforma al hombre en chivo emisario de la burguesía, a la que absuelve

Nuestra aristocracia descubrió que Yrigoyen y Perón eran jefes de funcionarios corrompidos. A su vez, la izquierda oligárquica, canoniza a Yrigoyen y lo presenta como un justo. Unos y otros reservan a Perón el papel de villano. Admirable sorpresa! cómo es que un ladrón y un justo, antípodas morales, llegan a un mismo resultado? Tan irrelevante es la moral individual de los jefes, sobre la que el moralismo erige su tabla de valores políticos? No será que la crítica debe hacerse a los sistemas, objetivamente considerados? Y cuál es el sistema que empuja a la corrupción? El gobierno popular? Ya hemos visto que las minorías «ilustradas» sobrepasaron los peores escándalos del peronismo o el yrigoyenismo; las constantes se anulan, y queda en pie la diferencia entre una política nacional y otra antinacional, entre el saqueo organizado y la defensa económica frente al

capital extranjero.

No es la «tiranía», ni la «demagogia»; tampoco el «intervencionismo» ni el ‘aluvión zoológico», sino que nuestros gobiernos populares, a pesar de serlo, no rompieron el sistema del poder burgués, que aquí como en todo el mundo asocia el ejercicio del gobierno con el fraude administrativo.

La estrechez «moralista» conduce a descargar sobre determinados hombres las responsabilidades de un sistema, con lo cual una saludable dosis de inconformismo, que debió aplicarse a superar por adentro el proceso revolucionario popular empujándolo más allá de su etapa burguesa, pasa a gravitar en el bando opuesto, maniobrada por una oligarquía que no busca liquidar la propiedad burguesa sino afianzarla en sus formas más reaccionarias y parásitas: el capital imperialista y el latifundio.

Este es el más grave cargo que merecen los apóstoles del moralismo, los Frondizi y compañía que nos prometen un gobierno burgués limpio de polvo y paja. ¡Ridícula utopía de ingenuos o de pillos!
(7)

3. BASES SOCIOLOGICAS DEL MORALISMO PEQUEÑO-BURGUES

Subjetivismo idealista

La predisposición de la pequeña burguesía a absorber la propaganda moralista surge de sus propias condiciones de existencia. Tratase, por lo general, de una clase desligada del esqueleto de toda sociedad: la producción. Al revés de lo que ocurre con los burgueses industriales y el proletariado, su actividad se despliega en el terreno de la superestructura. Sin experiencia concreta de las causas y condicionantes reales, tiende a suplantar la consideración objetiva de los fenómenos por «sistemas» ideales. A la sociología antepone la especulación ética. Hemos visto, por ejemplo, que la corrupción burocrática es inherente al Estado burgués. El teórico de la clase media ignora este hecho, y la interpreta como una enfermedad moral, como una libre elección entre alternativas posibles, en el sentido de la más perniciosa.

Esta tendencia al subjetivismo idealista es reforzada por la atomización de las clases medias, las cuales, en contraste con el proletariado, carecen de la estructura y organización colectivas que dan la gran industria y los sindicatos.

La clase obrera busca en la lucha gremial, en la elevación de la clase en su conjunto, satisfacción a los problemas individuales de sus componentes. Su realismo es esencialmente colectivista.

El pequeño burgués finca su elevación en la competencia, es decir, en su actividad individual. Al voluntarismo práctico de la clase corresponde el voluntarismo ético de sus teóricos. Ambas tendencias, la subjetiva y la voluntarista, se conjugan para provocar una visión ética de los fenómenos sociales, envolviendo con la nube del moralismo las fuerzas que condicionan el hacer individual de los hombres, los partidos y los gobiernos.

Pero en el marco de esta predisposición general actúan factores más concretos cuyo análisis es imprescindible.

Inflación

Ninguna semicolonía puede industrializarse sin un proceso inflacionario que entregue a la naciente

burguesía medios adicionales para expandir su industria. El crédito suplanta aquí las formas clásicas de industrialización burguesa. Al mismo resultado se llegaría despojando a los sectores no industriales para respaldar los subsidios. Pero ese camino choca con la garantía constitucional de la propiedad privada. La inflación constituye un despojo indirecto, una expropiación legal.

El gobierno peronista quitó a terratenientes, chacareros, algunos sectores de clase media, etc., parte de las riquezas (mediante la inflación, el IAPI, la congelación de arrendamientos y alquileres, etc.) para crear un fondo de industrialización (malversado en parte por la burocracia) y llevar a cabo una política de altos salarios, base de la estabilidad del régimen.

Por sobre estas medidas, la recuperación y defensa económicas frente al imperialismo dieron un sello de abundancia al proceso en su conjunto. Las sangrías no mataron a ningún paciente. La inflación peronista afectó a ciertos sectores de clase media, especialmente a aquellos de renta fija, los cuales, al par que sufrían un empobrecimiento relativo y hasta absoluto, presenciaban el surgimiento de una nueva «oligarquía» de industriales, y, como subproducto del proceso, el aburguesamiento individual de la burocracia.

Las nuevas fortunas aparecen ante el pequeño burgués como hijas de una formidable dilapidación de dineros públicos y privados; como un atentado directo a su bolsillo; como una subversión general de los valores. En realidad, los «nuevos ricos» son la burguesía industrial, clase más progresista que la terrateniente, que nace al favor de la protección del Estado y del favoritismo de la burocracia nacionalista.

Resentimiento

Por otra parte, un sector importante de la clase media vivió durante décadas como parásito del sistema oligárquico. Cuando el país era una estancia y Buenos Aires su desagüe hacia Europa, algo de la renta nacional derivaba hacia esa clase media de empleados públicos y de empresas imperialistas, pequeños comerciantes y horteras, rentistas, tenedores de cédulas, jubilados del gobierno y de servicios públicos, que constituían el sistema conjuntivo del aparato oligárquico, y que, junto a los profesionales de todo tipo y pelambre, eran la aristocracia barrial de la ciudad-puerto(8).

Lectora de «La Prensa» y «La Nación», admiradora de oídas de cuanto figurón oligárquico circule, inmersa en el «somos un país agrícola-ganadero» y «los ingleses administran mejor», electora a ratos de diputados socialistas, esta clase media entra en el nuevo período sin comprender nada, y observa que sus «privilegios de pobras», su estabilidad relativa en un país que a diez cuadras del centro, en el corazón de Puerto Nuevo, erigía las latas de Villa Desocupación, se eclipsa ante una clase obrera industrial poderosa en política y sindicalmente organizada, que goza de buenos salarios hasta el punto de eliminar los antiguos desniveles.

Celosa de su «categoría», no admite un cuello duro ni un juego de comedor por debajo de sus pies; y lo que más la indigna es ver a un «cabecita» ganando lo que ella, vistiendo dignamente, comiendo todos los días. Si en la nueva burguesía ve una cáfila de aventureros enriquecidos, en el proletariado encuentra a los cómplices políticos del «saqueo».

Este moralismo expresa en fórmulas «elevadas» la sorda indignación por la «falta de sirvientas».

CONCLUSION

El tema del moralismo en la política argentina es parte de la táctica oligárquica de dividir el frente del pueblo, aislando a sus sectores más revolucionarios y consecuentes: el proletariado y las masas pobres del interior, de la pequeña burguesía urbana y rural.

Esta táctica utiliza las inconsecuencias de una jefatura política transitoria, para descalificar en su conjunto al movimiento de las masas, y manchar sus banderas de lucha.

Al mismo tiempo, presenta al conglomerado contubernista como ejemplo de pulcritud moral, espíritu democrático y eficiencia económico-administrativa.

Ya hemos visto cómo la clase media es arrastrada a pactar con la aristocracia y sus personeros, a través de fáciles demagogos como el jefe del radicalismo «intransigente». No obstante, la contradicción entre la pequeña burguesía y el proletariado, por momentos tan áspera, no es esencial sino el resultado de contingencias históricas.

El yugo oligárquico exprime al país en su conjunto, y no es la clase media, por cierto, la que saldrá mejor parada de esta tentativa de imponer a los argentinos una nueva década infame.

Más que las palabras, confiamos en la experiencia colectiva. Más que en nuestros discursos sobre la moral hipócrita y la mentida «democracia» de estos dignos descendientes de la emigración unitaria, son sus actos de gobierno los que se encargan de disipar equívocos, y mostrar quiénes son los amigos, y dónde están los explotadores.

La restauración oligárquica, que agrava sin resolverlos todos los problemas argentinos, producirá su antítesis, en la que los trabajadores tienen la última palabra.

Confiamos en que entonces sabrá elegir la clase media con más acierto que en 1930, en 1945 y en septiembre de 1955.

(1) León Trotzky, «Su moral y la nuestra».

(2) Véase José Luis Torres, «La oligarquía maléfica».

(3) Otto Niemeyer, su real autor, era alto funcionario de la Vickers, trust inglés de armamentos, al cual, como «premio» encargó Justo la construcción del crucero «La Argentina». El ante-proyecto se conoció en Londres antes de que tuviera de él noticia el gobierno argentino.

(4) Comenta Torres: «Hicieron volar con sobornos el Congreso de la Nación, y también convirtieron en ruina moral los tribunales de justicia, encontrándose los miembros de la Corte Suprema entre los primeros en capitular ante la seria ofensiva».

(5) Era curiosa la probidad de estos caballeros. Al investigarse el escándalo de la CADE, «pudo comprobarse con la declaración de Mauro Herlitzka, que él, como dirigente principal del monopolio de la «ANSEC había entregado dinero a tres presidentes argentinos: Justo, Alvear y Ortiz». (J. L.. Torres, 00. cit., pág. 192).

(6) Puede consultarse a Selden («Los amos de la prensa» y «Mil Norteamericanos»), y a Daniel Guerin: «¿Adónde va el pueblo norteamericano?». Para el aspecto teórico: Lenin, «El Imperialismo,

etapa superior del capitalismo» y «El Estado y la revolución».

(7) No se trata de asentar un mecanismo sociológico, una causación absoluta. Pero es evidente que la conducta, individual está condicionada por sistemas y estructuras sociales que responden a leyes propias. o a interpretación voluntarista (y el moralismo es una de sus expresiones más estrechas, pues circunscribe la ética a la moral) equivale, en cierto modo, a las explicaciones animistas de los fenómenos sociales. Pero en uno y otro caso, sólo reconociendo el principio de necesidad es posible desarrollar una auténtica libertad creadora. Aun en su etapa inicial, la burocratización peronista se hubiera restringido de existir un sistema de partidos revolucionarios apoyando independientemente al gobierno, lo que hubiera facilitado el juego dialéctico de las clases «antiimperialistas». En última instancia, la responsabilidad de las «izquierdas», incluido el radicalismo yrigoyenista de hoy, por no haber prestado al peronismo y a la C.G.T. el apoyo que ofrecieron a la Unión Democrática, es decisiva en este punto. Buena parte de los rasgos reaccionarios del peronismo, como partido y como gobierno, son consecuencia de su deserción. Por último, el signo de abundancia bajo el cual transcurre la década revolucionaria, retardó la maduración ideológica del proletariado, y permitió a la burocracia afianzarse en sus posiciones.

(8) Un personaje de Roberto Arlt, muy de camiseta y panzón, discute en una esquina con una lavandera. Menudean los insultos. De pronto, el personaje corta en seco la disputa con estas palabras: «No olvide usted que está hablando con un jubilado!». Se non é vero é ben trovato.